



PODRÁN CORTAR TODAS LAS FLORES, PERO NO PODRÁN DETENER LA PRIMAVERA.

PABLO NERUDA

La gallarda nerudiana, profesora, investigadora y escritora Mónica Echeverría Yáñez, se opone a los que desean detener la primavera en Chile.

Presentamos: "CARA Y SELLO DE UNA DINASTIA ".

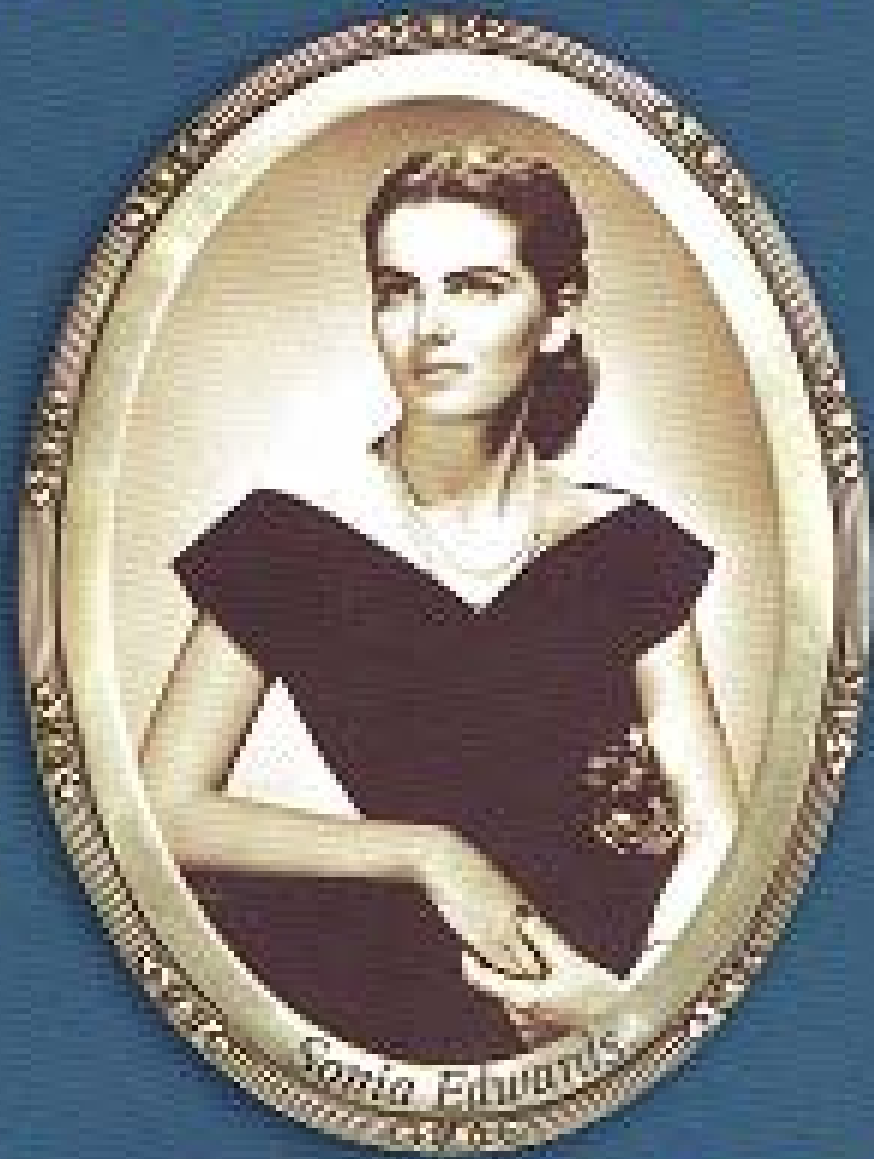
Maestra Mónica, por sus obras, gracias, muchas gracias.

Santiago, 29 Oct, 2008

Para www.rtvneruda.com esta novela con la autorización de publicarla.
Deseándoles el mayor de los éxitos.
Con un abrazo

Mónica Echeverría Yáñez

Mónica Echeverría Yáñez



CARA Y SELLO DE UNA DINASTÍA

Novela de facto

GRUPA I ROTA

Mónica Echeverría Yáñez

CARA Y SELLO
DE UNA DINASTÍA

Novela de facto

Primera edición: octubre 2005

Segunda edición: diciembre 2005

Tercera edición: mayo 2006

©Mónica Echeverría Yañez

© Editorial La Copa Rota S.A., 2005 Merced 280, oficina 71
Santiago, Chile

Impreso por: Quebecor World Chile S.A Av. Los Pajaritos 6920,
Estación Central

ISBN:956-8233-05-9

Diseño de portada e interior: Felipe Raveau D.

Fotografía de portada: Archivo Fotografía de la Biblioteca Nacional, foto de Jorge Opazo

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

AGRADECIMIENTOS

A Oscar Ortiz y Felipe del Solar, historiadores que fueron esenciales en la investigación investigación de los hechos reales que sustentan esta novela.

A Herman Schwember.

A todos los entrevistados que ayudaron a recrear la personalidad de los protagonistas y que prefirieron permanecer anónimos..

A todos quienes me guiaron en la definición de la estructura de este texto y esclarecieron ciertas dudas surgidas durante el largo proceso de creación, especialmente a Armando Uribe.

NOTA DEL AUTOR

Esta novela de facto, con su latido de fantasía, es de ánimo totalmente literario y en cierto modo también una novela histórica que comienza en el siglo XIX y se desarrolla en el XX. Trata de ajustarse a realidades conocidas, imaginando lo desconocido. Y le basta, como a toda literatura, con ser verosímil.

*PARA SONIA EDWARDS,
LA MÁS BELLA,
LA MÁS RICA,
LA MÁS SUFRIENTE,
CUYA VIDA INSPIRO
ESTA NOVELA.*

Sonia, entre la lucidez y el dolor persistente como de un martillo que trata de romperle la cabeza, cae en un sopor de colores y sal. Debe ser el efecto de la droga que me dieron hace un rato, piensa... y el primero de la dinastía, ese joven de 24 años, su tatarabuelo, agita su mano como queriendo saludarla desde alta mar. Desde hace dos meses viene navegando en el bergantín *Skorpius*. No, no, la interpela don José Toribio Medina, el insigne historiador del siglo XIX, se trata de la fragata *Backhouse*, pero qué importancia tiene, doña Sonia, si los dos barcos se encargan de lo mismo, el contrabando, y ambos están a cargo del capitán Bunker, donde es tripulante el que instalará en Chile el clan de los Edwards del cual usted es un engendro. Sí, un engendro que no logra librarse de ese hermano, de ese padre y abuelo y tatarabuelo. Quise demostrar mi independencia, romper los lazos que me unían a esa familia, al destino que me imponían, pero ahora que estoy derrotada, próxima al final, siento que toda esa rebeldía, ese tratar de zafarme han sido en vano. No tengo más fuerzas, soy una piltrafa humana. Sigo atada a esa dinastía y seré enterrada en la tumba de mis antepasados, lo sé, como un descendiente más.

Se queda mirando al joven que en 1804 recorta con presteza la barba del marino. Su oficio es el de barbero, aunque innumerables veces debe cortar un dedo o una pierna, extraer muelas, sacar una daga de un pedazo de cuerpo y coser después con premura la herida aún sangrante. Observa con atención a ese joven, le indica su hermano mayor, Agustín -o Dunny, como lo llaman todos, porque de allí venimos los Edwards. Ella, todavía una adolescente, contempla por largo tiempo el cuadro que cuelga en el salón principal de la casa de su abuela. Ese joven es George Edwards -le explica su hermano, el fundador en Chile de la dinastía de los Edwards, la nuestra, ¿entiendes, Sonia?, y no vayas a creer que era barbero, como dicen los mal nacidos. Era médico. ¡Médico!, vuelve a insistirme. Tan fijado en los títulos, mi hermanito... Él no comprende que en esa época ambas profesiones se confundían y una y otra eran miradas en menos. Recuerdo la rabia de Dunny cuando leyó en una entrevista lo que exclamaba su tío Joaquín, al que llamaban en voz baja El Inútil, la vergüenza de la familia: "Dejemos al antepasado médico para los parientes mediocres, yo seré siempre descendiente del corsario Edwards, que desertó por amor".

Fija la vista en el rostro del cirujano-barbero-médico, en sus ojos azules, en su pelo ensortijado, en un alto y arrogante joven rubio, pero ¿sería así? A ella le han contado, algunos, que tuvo que escapar de Inglaterra por razones de seguridad y que su origen era sefardita y su apellido otro, que se lo cambió para huir de la persecución religiosa de la época. ¿No te has dado cuenta, Sonia, de que los Edwards son de origen judío?, los rasgos de todos los Edwards así lo demuestran -le dijo una tarde un joven de la universidad, así que, por favor, no te pongas racista. Ella no se creía racista, pero esos enanos rojos, como designaba su hermano a sus compañeros de facultad, no dejaban de asombrarla. Pensaban tan distinto, se vestían tan distinto, comían tan distinto. Eran como de otro país y ella se sentía tan a gusto entre ellos, aunque la miraran como bicho raro y la esquivaran y le dijeran al pasar pituca de mierda, zorra, momia. Ella nunca les contestaba y trataba *de* sonreírles. ¡Cómo le habría gustado que ellos fueran sus amigos!

El joven George manipula con agilidad la navaja. Rasura la barba del marino que luce ahora menos frondosa, casi como la de un caballero. Al alba el *Blackhouse* arribará a Coquimbo y todos se preparan para bajar a tierra. Yo, George Edwards, debo conquistar a alguna chilena para reconfortar el cuerpo y el alma. Sí, también el alma, pues fue difícil que mi padre abandonara su apellido, su religión; *de* no hacerlo los religiosos fanáticos nos agarrarían tarde o temprano. El sefardita se transformó en un inglés más de culto anglicano, como lo exigía la Corona. A Sonia le contaron eso sus compañeros de universidad cuando, para molestarla, le gritaron: te creís aristocrática y no eres más que una judía renegada. A ella tener sangre judía le parecía bien, le daba un toque exótico, aunque más bien cree que eso es parte de la leyenda que todos los enemigos y envidiosos del poder y la riqueza de sus familiares inventaron a través de los años. Por lo demás, ¡qué importa! A su hermano, que sin duda tiene rasgos de rabino, le cae mal, muy mal, le da rabia, lo descompone que lo tilden de judío. De ahí su afán de rebuscar en Inglaterra todo lo relacionado con sus antecesores y cuidar la imagen de los vivos, de

los actuales. Cuando los historiadores le entregaron la investigación que él había encargado de su biografía, montó en cólera. Tales rastros no correspondían a sus expectativas y nunca más se supo del origen de los Edwards. Una suma de dinero acalló a los cronistas. Habían descubierto algo que no pertenecía a su linaje. El dinero todo lo compra: el amor de las mujeres, el fracaso de los enemigos, la traición, la desaparición del rival, todo, todo. Mañana la llevarán al hospital y le abrirán su cerebro y le extirparán el tumor. Ha estado bien durante tres años, trabajando en el Hospital Psiquiátrico. Allí ha aliviado a algún loco, que con su voz y sus caricias parece volver a la realidad. La echarán de menos, ella lo sabe. Me sacarán este otro tumor que no es maligno, según me han explicado, pero que no deja de volver a reproducirse y me deja casi inmóvil, sin habla, y persiste el dolor. Pronto entrará mi madre de visita. Se dirigirá a mí en inglés, por supuesto, pues en mi casa no se habló más que en ese idioma. No quiero verla, jamás la quise. Cuando era pequeña la llamaba a gritos, pero nunca llegaba. Cálmate, niña Sonia, exclamaba su nurse, la miss Jenny: tu mamá salió, está esquiando en Farellones, le comunicamos que estabas afiebrada y no querías comer. Dijo que llamará al doctor y te cuidáramos. La Chabela, es una mujer alta y hermosa. Su risa, su voz juguetona, sobresalen entre las de todos esos artistas que la halagan y frecuentan el hogar y beben y comen a costillas de los Edwards. Y las fiestas se suceden una tras otra. Los niños no son parte de esa algarabía. Sus cuartos están en el otro extremo de la gran mansión, junto a sus nurses y sirvientes que velan por ellos. Muchos juguetes, mucha ropa, perros, caballos, pero los padres... A veces los niños bajan al sótano, -que de sótano no tiene nada -, pues allí descansa el piano donde compone el padre, la colección de autos en miniatura y el tren eléctrico que ocupa gran parte del lugar. A ese espacio mágico son invitados los niños a jugar con el daddy. Con él se pasa bien. Allí juntos tirados en el suelo, escuchan su última composición y manejan el tren que pitea al llegar a una nueva estación, recorriendo el mundo con su trepidar monótono. Daddy es tan infantil e ingenuo, murmuran los visitantes.

Agustín Edwards, el papá, el daddy, es considerado un hombre tímido, introvertido, de mirada triste y bastante excéntrico. Odia la ostentación. Ayer llegó al diario El Mercurio -del cual es dueño absoluto- vestido de jeans, con una polera color sandía. No tomó el ascensor, subió por la escala y, por supuesto, el guardia le impidió la entrada a su propia oficina. Siempre fue así, durante toda mi infancia, hasta su muerte.

Mi madre, aunque nunca la llamamos mamá ni mummy, sino sólo Chabela, anunció que vendría a la clínica a verme. Qué lata, no la necesito, no la soporto. Es posible que también se presente mi hermano, el mayor, el que siempre aparece cuando está a punto de sucederte algo. Ese algo suele perjudicar la imagen de los intocables Edwards. A esta hermana hay que demostrarle que ella no es dueña de su destino, que nunca lo fue.

Tampoco a él quiere verlo. Entra la enfermera, le toma el pulso, le pone el termómetro, le da una cápsula. Con esto se sentirá mejor, señora Sonia. Se aleja. Siente que ahora el sopor la invade por completo.

El mar está agitado, pero a George no le molesta. No se marea y ama esa vida ruda de atravesar océanos y recalar en pequeñas caletas para descargar mercancías, escasas entonces en esas tierras, para romper así el monopolio hispano. Hay que evitar toparse con alguna fragata española, que no dudará en atacarlos. España es la dueña de este vasto continente llamado América Española; pero Inglaterra, desde su triunfo contra la Invencible Armada, se puso engreída y pese a los tratados de paz suscritos por ambos países en Amiens, no dejó de hostilizar a las naves ibéricas, confiscando gracias a sus corsarios las cargas de oro y plata o fomentando el contrabando en las colonias ahora desabastecidas. El botín significaba para los corsarios y contrabandistas ingleses de ese entonces, pingües ganancias que no abandonarían fácilmente. Los tripulantes del Blackhouse -contrabandistas, no corsarios- no cesarán en sus propósitos, aunque no estén preparados para enfrentar cañones y aunque no posean más que uno u otro cuchillo o daga. Nada que se llame propiamente armas, pues tampoco sus intenciones son pelear. Su tarea es más sencilla: traer a las colonias todo lo que haga falta y regresar a su patria. Son otras las naves inglesas que asaltan y hundan a los barcos españoles. Antes, los piratas y los corsarios lo hicieron, e Isabel de Inglaterra los llenó de gloria y a sus capitanes los declaró caballeros, e incluso a veces, como proclaman las malas lenguas, los hizo sus amantes.

George no ejerce más que el oficio de cirujano-barbero, oficio que aprendió en Londres, pero que no quiso continuar desempeñando allí por que no solo podía caer en manos de la jerarquía anglicana, que lo andaba investigando, sino también por que la policía lo buscaba por una riña que estallo una noche y se convirtió en pelea campal y varios terminaron mal

Heridos .Pero, sobre todo ,se embarco por que su intimo deseo era huir de la pobreza y la falta de horizontes ,destino eminente de su clase .Su padre era un modesto mueblista ,su madre, Anne Brown , vivía agobiada por la crianza de sus numerosos hijos .Así lo indican Virgilio Figueroa ,Abel Rosales, José Toribio Medina y Crescente Errazuriz ;el primer Edwards que llevo a nuestro país en 1804 fue este George de origen modesto ,nacido en 1779,hecho cirujano-barbero un año antes, en 1803.

Mañana encalaremos en Coquimbo ,anuncia el capitán Tristan Bunker ,y toda la tripulación aplaude .Por fin ,después de atravesar el Atlántico y cruzar hacia el Pacifico sorteando ese mar embravecido del cabo de Hornos ,recalaran en Coquimbo .Cinco mese han transcurrido desde que salieron de Portsmouth y ya podrán pisar tierra firme .Mar afuera descargaremos la mercancía y, después , a pasarlo bien .George, que estuvo en Coquimbo hace un año, en su primer viaje, aprovechara los días de descanso para conocer La Serena .No imagina en ese momento como esa simple visita cambiara para siempre su destino.

Dicen que cuando nací, allá en París, el 16 de Enero de 1930, todos exclamaron ¿es la niña mas linda que hay ¡ y además - agregó mi padre - nace en cuna de oro .Creo que ambas exclamaciones de admiración han sido la causa de todos mis dolores ,incluso de estos dolores físicos que ahora padezco .He demorado toda una vida en tener conciencia de ello y lograr, poco a poco ,superarlos. Es cierto que mi cuna, esa en que se inclinaban los que por primera vez me miraban, era algo muy especial; la copia exacta de la cuna real de los príncipes de Inglaterra, aseguraba mi abuela Olga. Ella había sido por dos períodos la señora del ministro plenipotenciario de Chile y luego embajador en Londres, pero entremedio también había sido una desterrada más por la dictadura del general Ibáñez, lo que no obstaba que aún conservara buenas amistades en la Corte inglesa. Esa abuela había mandado copiar para ella la cuna real; eso sí, con la anuencia del rey, que les tenía a Olga y su marido una especial deferencia. Ese fue su regalo, una joya única para su primera nieta. Por favor, no se acerquen demasiado, no toquen los encajes, no se les vaya ocurrir mecer al bebé. ¡Pobre de mí, desde recién nacida era algo particular, diferente, intocable!

Casi no recuerdo nada de esa primera infancia. Es natural, pues era sólo una guagua: uno, dos, tres, cuatro años y, sin embargo, hablaba dos idiomas extranjeros: el francés, de la nounou, de la calle, y el inglés, que era la lengua en que se comunicaban mis padres entre sí y con los abuelos.

El año 1932, cuando cayó la dictadura de Ibáñez, mi abuelo, Agustín 111, decidió dar fin a su deportación, como llamaban al exilio, y retornar a Chile a sus negocios, a su diario El Mercurio, que se lo devolvieron, y nosotros a una mansión inmensa en la Alameda, que abarcaba casi una cuadra: el portero de librea, salones y salones, lámparas de lágrimas, cortinas y tapices, muchos cuadros. Atravesábamos tomados de la mano de nanny el gran hall de entrada y por una galería vidriada llegábamos a nuestros aposentos, a nuestro mundo de niños. Colgábamos nuestros abrigos y gorros en la percha y partíamos a la nursery. Mi hermano Agustín, el Dunny, era el mayor y con él no chacoteábamos. Sonia, tráeme El Peneca, pásame el block de dibujos, con los lápices, tonta, cómo quieres que dibuje sin lápices. Yo corría de un lado para otro para satisfacerlo y, si tardaba, un slapping peor que los de la nanny enrojecía mi mejilla. La nanny le llamaba la atención, pero ella no lograba imponerse. Por el contrario, la Marisol, mi hermana menor, o Robin, el más chico, jugaban a toda clase de juegos conmigo y gozaban con mis torpezas para acertar con las adivinanzas o colocar las bolitas en su lugar, porque desde chica fui lenta e inhábil en los juegos de inteligencia. En cambio, les ganaba lejos en los campeonatos de natación o como jinete. No sé por qué, pero me avenía muy bien con los animales. Los perros, los caballos, los canarios formaban parte de mí misma, me entendían, me amaban. Cuando tenía como diez años gané el campeonato de niños en piscina de saltos en trampolín, y después, como esquiadora, participé exitosamente en varias competencias. El Dunny era un fracaso en los deportes. Le tomaron los mejores profesores, pero era inútil, y no sólo le ganaba yo, sino también Marisol y Robin. Creo que después de esos fracasos se le puso al Dunny la cara dura y sacó esa voz de mando con que nos dominaba. Aunque, pensándolo bien, no fue cuando recibí la copa como mejor esquiadora, sino mucho antes, la tarde aquella cuando al regresar a casa después de nuestro footing diario y, ya en la galería, sentimos muchas risas y música estridente. Atraídos y curiosos, corrimos al living y vimos desde detrás de una puerta a la Chabela besándose con un hombre alto. Era el famoso director de orquesta rumano, Sergio Celibiedache, según supe después, que la mantenía muy apretada contra la pared, la mano encima de su seno. Todos nos detuvimos y el Dunny lanzó un grito; más bien, diría yo, un alarido, y la Chabela, muy tranquila, desprendiéndose con una caricia de su galán, le dijo a la

Miss que nos llevara a nuestro cuarto. Enseguida apareció mi daddy: le he dicho, miss Jenny, que los niños no deben mezclarse con los mayores ni menos cuando estamos dando una recepción. Es hora de su baño y cena, lléveselos de inmediato, este no es lugar para niños. Y todos partimos y Dunny, que estaba en la pubertad, la edad del pavo y del ganso, como nos explicó mi mamita Dolores, se encerró en su dormitorio dando un portazo a la puerta. Al día siguiente no pronunció palabra. Su cara amaneció hinchada como si todo lo que quería expresar se mantuviera dentro de su boca; desde entonces se puso mofletudo. Con el tiempo se convirtió en un joven muy alto, de estupenda facha, si no fuera por esas mejillas regordetas que le quitaban encanto.

Estoy divagando, lo sé. Cada vez que recobro la conciencia mezclo hechos, fechas. Sin embargo, no olvido por completo. Al día siguiente, la Chabela vino a darnos el nighy-nighty and lovely dreams antes de dormirnos; mi padre la acompañaba, ella traía un vestido largo y un sombrero con una pluma que nos hizo cosquillas al acercarse a besar nuestra frente. Él vestía de smoking. Todo fue tal como siempre hasta que ella se dirigió al cuarto del Dunny. Allí él la empujó, oímos cómo se caía una silla y vociferaba con voz potente: no te acerques, no quiero que me toques, no eres mi mummy, asquerosa, y otras palabrotas que no entendí bien. El daddy: buenas noches pequeños, y nosotros en coro: buenas noches daddy; daddy longlegst; agregó Marisol, que era más atrevida.

Llevo una hora recorriendo La Serena y me detengo ante la fachada de una de las casas más grandes. Las campanas de la iglesia cercana repican y anuncian la misa de la tarde. Se abre el portón y dos mujeres salen. Apresuradamente caminan hacia la iglesia y tras ellas yo intento advertir si bajo el manto que las cubre van dos bellas jóvenes o dos matronas de edad avanzada. Una de las mujeres se da vuelta y me clava unos ojazos negros. Pierdo la cabeza. Nunca antes vi ojos como esos. Fue cosa de segundos, pero instantáneamente supe que esa era la mujer de mi vida. Y así fue. Asisto, hincado detrás suyo, a toda la misa, y soy recibido en su casa al regreso. No sé qué invento para lograrlo, pero mi facha de extranjero y el título de inglés y médico con que me presento, provocan el milagro y puedo contemplarla a mi antojo y aun pronunciar al despedirme: usted, señorita, es lo más bello que ha pisado la tierra.

Esa noche duermo en un banco en la plaza o, mejor dicho, cierro los ojos para empaparme con su visión. Debo regresar al barco, el capitán es muy estricto. Pero soy incapaz de hacerlo y por la puerta trasera de la mansión me deslizo al tercer patio. Horas después, escucho cómo los marinos del Blackhouse exigen registrar la casa, pues creen que uno de sus tripulantes pretende desertar. Al oír los pasos de mi amada, le ruego que me esconda. Ella, con una sonrisa cómplice, me introduce dentro de un baúl que deja entreabierto para evitar que me ahogue. Los marinos pasan una y otra vez delante del lugar de mi escondite, y al fin se marchan.

Largas y solemnes conversaciones con los padres de Isabel se suceden durante varias semanas. Resultado: me caso dentro de seis meses, luego de que reniegue de mi fe anglicana y me convierta al catolicismo, exigencia inapelable para convertirme de por vida en el esposo de Isabel Ossandón Iribarren, una de las más ricas doncellas de La Serena, cuyo padre, don Diego Ossandón, es dueño de la hacienda Peñuelas. Juro por Dios que eso de que era la más rica del lugar no lo sospechaba cuando me enamoré de ella.

Dentro de una hora me llevarán al pabellón. Mi mejor amiga me acaricia la mano. Todo saldrá bien, Sonia, te sacarán el tumor y te repondrás rápidamente. No sé, Mariana, por lo demás, ya me da lo mismo. Volverás a trabajar, tú tienes un don especial para tratar a los enfermos y devolverles las ganas de vivir. ¿Estás asustada? No le tengo miedo a la muerte ni al peligro, tú eso lo sabes. Lo único que me aterroriza es Agustín, el Dunny, ¿está él aquí? No, pero ha llamado por teléfono. Cómo estará deseando que desaparezca para siempre, aunque ahora le cause menos problemas que antes, ¿no crees? Ambas estallamos de risa.

Permanecemos en silencio un rato largo y está la imagen del daddy, allá arriba, en el refugio de Farellones, de regreso de una tarde de esquí, la cara fría, la nieve deslizándose por mis mejillas. Eres la mejor competidora, vamos ahora a tomarnos una sopa bien caliente y a cantar esas viejas canciones inglesas de mi niñez. Mi padre había pasado toda su infancia y juventud en Inglaterra, en el internado en Eton y después en la universidad, en Oxford. Pocas veces el daddy nos contaba de ese tiempo en que su compañero era nada menos que el príncipe de Gales, con quien practicaba toda clase de deportes. Mi daddy... tan tímido, tan poco expresivo, pero que yo sentía tan cercano a mí. Te fuiste tan joven de mi vida, daddy, ¿tendrías 52 ó 53 años? Me haces falta.

Por favor, las visitas deben retirarse, la señora necesita tranquilidad, dice con voz de mando la enfermera. ¡Hasta pronto, Sonia! ¡Hasta pronto, Mariana! Apagan la luz, cierro los ojos. Debiera caer en la oscuridad, pero no, brilla el sol y la nanny: rápido, niños, el profesor de natación los espera junto a la piscina. Todos corremos al jardín; digo todos, pero el Dunny apenas se mueve, concentrado en sus libros, pues al Dunny le fascina la lectura, hasta el día de hoy. Ha crecido demasiado últimamente, ya es todo un adolescente y odia la clase de natación. Prefiero quedarme leyendo, insiste, pero a la nanny no se le puede desobedecer. Estamos en fila arriba del trampolín listos para zambullirnos, uno después de otro, y aparece la Chabela; viene envuelta en una bata fucsia con una gorra de baño llena de flores de colores. Hola, Ricardo, exclama, y abraza efusivamente al profesor, yo también tomaré clases, y Ricardo, encantado señora. No me diga señora que me hace sentir vieja, yo para todos no soy más que Chabela. Está bien seño... Chabela, por supuesto. El pobre Ricardo está acholado, aunque es tan moreno que no se le nota. La clase deja de ser clase con todas las interrupciones de Chabela y el profesor deja de interesarse por nosotros hasta que el Dunny comienza. a ahogarse o a hacerse el ahogado, y Ricardo se ve obligado a sacarlo del agua. Si ya sabes nadar, qué te pasa Dunny y él le escupe en la cara un chorro de agua, y la Chabela: go back to your room, you must be punished, go, go. Perdónelo, Ricardo, este niño se ha vuelto cada vez más insoportable. Es la edad - le contesta Ricardo -, yo era igualito, y se limpia la cara con una toalla. Ricardo desde entonces alojó en la casa y la Chabela no se desprendió de él ni cuando agonizaba. Pasó de acompañante para todo servicio a ser su enfermero de cabecera, sólo él le pasaba la chata o la bañaba cuando estaba totalmente impedida. La Chabela es tan original para sus gustos, murmuraban familiares y amigos. Después de tres años de matrimonio con la joven Isabel es padre de un retoño fuerte y saludable de nombre Joaquín. Pero su estadía ha estado plagada de malos ratos. El capitán Tristán Bunker, pese a su enojo con el desertor, ha continuado en contacto con él. Tras algunos años de la partida del Blackhouse, le asignaron otro barco, el Skorpius, con bodegas más amplias para cargar las mercancías. Recalará en la caleta Guanaqueros, vecina a Tongoy. Traigo de regalo lo que tú me pediste, George, agrega al final de su misiva, y me encantaría verte, hasta pronto.

Es el año 1807. El doctor Edwards guarda la carta en el bolsillo de su casaca, pero antes le escribe una nota al capitán: Estimado Tristán, he sabido que se prepara contra ti una traición. El gobernador, Francisco García Carrasco, es un hombre banal y codicioso, te prepara una celada para quedarse con toda la mercancía que traes, toma precauciones. No obstante, pese a la advertencia, el capitán Bunker no desistió de sus planes y el Skorpius atracó en Guanaqueros. Es atacado allí por numerosos soldados realistas. Los tripulantes y el capitán son asesinados.

Ante la cruenta matanza, la Real Audiencia inicia la investigación acusando al gobernador de Chile como autor intelectual del crimen y a George Edwards como el contacto entre el capitán Bunker y las autoridades. En el juicio posterior, George o Jorge, como se denomina ahora, es además inculpado de ser un informante del capitán. El historiador Francisco Encina concluye la narración indicando que este suceso fue una de las peores masacres acontecidas durante la Colonia, con el agravante de sólo obedecer a la avidez del dinero. Posteriormente, el joven Edwards es procesado y encarcelado y el gobernador García Carrasco, cómplice del atentado, es destituido de su cargo. Meses después, gracias a un indulto real, George Edwards obtendrá su libertad.

Sí, recuerdo muy bien todos estos trágicos sucesos y el escándalo que produjo entre los tranquilos habitantes de La Serena, pero como salí libre y mi suegro era uno de los hombres más respetados y ricos de la ciudad, continué con éxito mi profesión hasta esa noche en que fui a atender al diácono de la parroquia. Golpes cada vez más insistentes despertan en plena noche a los habitantes de la casona de los Ossandón Iribarren. Necesitamos urgente al doctor don Jorge Edwards, el diácono de la parroquia se ha puesto muy mal. George toma su maletín y se dirige a la casa del cura, próximo a la iglesia.

El pobre hombre sufría unas calenturas que lo tenían postrado; le apliqué sangrías y le di una pócima de hierbas, sin embargo, al amanecer don Fermín, el diácono, había exhalado su último suspiro y el párroco estaba indignado. Se trataba de un joven en la plenitud de la vida, me increpó, y usted lo mandó al otro mundo por su incapacidad. A esto se agregaron las observaciones del médico antiguo de la ciudad, que me odiaba porque le había arrebatado a la mayoría de los pacientes. Ambos me acusaron a la Real Audiencia de ser un falso médico. Otro proceso, algunas semanas tras las rejas y el juicio que determinó mi expulsión del país. Felizmente, cuando ya me hallaba en Valparaíso y a bordo del barco, de nuevo la

Intervención de mi suegro logró suspender mi deportación. Regresé a La Serena y, ¡oh milagro!, a pesar del escándalo mis pacientes aumentaron en vez de disminuir. Entretanto, la apacible vida de La Serena se vio alterada con los vientos de la Independencia y la ciudadanía se dividió en dos bandos irreconciliables: los realistas y los independentistas.

Mi suegro, don Diego, es un ferviente realista. Yo, como inglés, me adhiero a la causa de la Independencia y le envío una carta al general a cargo del ejército, don Bernardo O'Higgins: "Deseando ser útil al Estado, y hallándome impedido de manifestar en otra forma por el peso de mi familia, he deliberado emplear mi personal servicio en la asistencia de las tropas restauradoras que guarnecen esta plaza. Pido y suplico se digne aceptarme como cirujano del ejército. Y firmo, Jorge Edwards, abril de 1817". Mi petición es aceptada y durante un año integro como médico el Ejército Libertador. En reconocimiento se me otorga la carta de ciudadanía chilena sin tener que renunciar a la inglesa.

Al terminar la guerra, después de la batalla de Maipú, vuelvo a mi hogar y además de mi oficio de médico pasó a desempeñar el cargo de Alcalde de Aguas, que forma parte del cabildo de La Serena. Estoy feliz, me siento realizado y cada vez más chileno, mientras mi familia continúa creciendo con otros hijos que llegan uno tras otro: Santiago, Agustín y Carmen. Mi mujer, mi dulce Isabel, se ha convertido en una hacendosa dueña de casa. No obstante, Jorge, pese a su enriquecimiento, continúa siendo un aventurero e idealista y decide invertir sus ahorros en la Expedición Libertadora del Perú, organizada desde Chile por San Martín y O'Higgins, con el fin de emancipar a esa nación de la corona española. Cae Lima, la más hermosa ciudad del virrey-nato, en manos de los independentistas. Pero las querellas internas entre los partidarios de Bolívar y los de San Martín sobre el destino político de Perú ocasionan una virtual guerra civil que concluye con la famosa entrevista de Guayaquil entre ambos líderes. San Martín, derrotado en su propósito de imponer un gobierno monárquico, retira sus tropas de Perú y emprende el camino al exilio sin que se le reconozca la inversión monetaria utilizada en esta empresa libertadora. Entre los afectados figura Jorge Edwards, que pierde los ahorros de casi toda una vida. Sin embargo, su tenacidad y la práctica de lo que en esa época se llama habilitación -nombre piadoso para la usura - le permiten recobrar prontamente de la quiebra.

Sí, así fue -exclama Jorge, que definitivamente había abandonado el nombre de George-. Mi afán por el enriquecimiento, más la herencia que recibo de mi mujer, me permiten al poco tiempo recobrar lo perdido. Todo marcha viento en popa. Sin embargo, la muerte de mi suegro don Diego enluta el hogar. Para mí él fue un verdadero padre, tuvo plena confianza en mí y me sacó dos veces de la cárcel. Todos vestimos de negro durante dos años, incluso los niños. Pero la vida continúa y también la llegada de más hijos, pues, ya completa la media docena, al parecer, viene otro en camino. No ejerzo más el oficio de doctor, que se me tornó monótono, y con la herencia de mi suegro decido agrandar la pequeña oficina de préstamos a una gran casa. Me va tan bien que el año 1827 me adjudico la mina Arqueros, en Copiapó, y me convengo de que mi futuro es dedicarme totalmente a habilitador de minas, junto a la adquisición de metales a cambio de productos manufacturados.

En vista de que mi prosperidad aumenta año tras año, me mando construir una mansión de estilo inglés en Copiapó. Para que crean en la veracidad de mis palabras, aquí va la descripción que de ella hace el comerciante alemán Paul Treutler en su libro Andanzas de un alemán en Chile: "Todos los cuartos estaban cubiertos con las más ricas alfombras y repletos de muebles confeccionados con maderas de palisandro. Los sofás y las sillas tapizadas de pesadas sedas estaban colocados desordenadamente. Ricas telas de cortinas y en las paredes costosos cuadros de Rafael y Rubens y vajillas de plata en grandes cantidades. El dormitorio ostentaba una magnífico lecho imperial con corona de oro, rodeado por los más finos cortinajes, y el servicio de lavatorio y bacinica eran de plata maciza".

La ciudad de Copiapó cuenta con diez mil almas y está en pleno auge dada la cercanía de ricos yacimientos de oro y plata. No obstante, la vida de la ciudad no es animada. Existen pocos locales de recreo, una sola cafetería, un teatro, pero sí muchas casas de prostitución. Es que Copiapó es una ciudad de hombres, una California sudamericana, donde no sólo llegan chilenos, sino muchos extranjeros en busca de fortuna, y cuyas principales entretenciones son el juego y las mujeres. También suelen darse grandes y bulliciosos banquetes en casa de los dueños de grandes minas. Simon Collier narra en su Historia de Chile: "Ochocientos invitados, juegos de agua, efectos especiales de iluminación, dos bandas de la guardia nacional de turno, lo más ostentoso estaba allí". Vicuña Mackenna comenta: "Los ricos se hicieron más ricos -mucho más ricos que sus predecesores coloniales. No había mineros millonarios antes de Chañarcillo". Junto a esa ostentación de unos pocos afortunados, Jotabeche, cronista de

Copiapó, describe el horror del obrero minero: "Después de permanecer durante diez horas en las profundidades de la tierra, cuando por fin llega el minero a respirar el aire libre nos figuramos que pertenece a una raza más maldita que la del hombre, nos parece un habitante que sale de otro mundo y que el suspiro que arroja es una reconvención amarga dirigida al cielo por haberle excluido de la especie humana".

Jorge no era hombre de juergas ni de malgastar el dinero. Inclinado a la tacañería -como murmuraban muchos-, prefería la vida hogareña de su bella mansión junto a su mujer y sus hijos. Cada centavo ha sido producto de trabajo y astucia y no estoy dispuesto a perderlo por un vicio pasajero, pensaba. Soy rico y lo seré todavía más.

Desgraciadamente, la prosperidad no va siempre acompañada de la felicidad. La querida Isabel fallece en 1833, abandonando a un marido desolado y a ocho hijos. Durante dos días y dos noches llora Jorge desesperadamente esta partida con la sola compañía de varias botellas de aguardiente para aliviar el alma. Pero no es hombre para resistir la soledad y al año siguiente contrae enlace con Ventura Argandoña, viuda de Garriga, que consuela al atribulado deudo con sus caricias y, en particular, con sus exquisitos manjares culinarios. Así debe haber sido, pues el famoso naturalista Charles Darwin, que venía en una expedición a bordo del barco Beagle, al visitar Copiapó escribe en su diario: "Durante la velada, mientras el capitán Fitz-Roy y yo comíamos en casa de mister Edwards, un inglés de cuya hospitalidad y buena mesa se acuerdan todos los que han llegado a esa ciudad, la tierra comienza a agitarse con violencia...". Darwin se refiere al violento terremoto de 1835. Según cuentan varios cronistas de la época, durante esa catástrofe Jorge Edwards prestó ayuda médica y económica a los damnificados.

Años después, el 5 de marzo de 1848, a los 68 años, murió el que fuera un joven aventurero llegado como un simple barbero a las lejanas tierras de Chile en un barco de contrabando, y que con su habilidad, buen criterio y la ayuda de la usura por añadidura, sería el fundador de la dinastía de los Edwards. Fue enterrado en la tumba de los Ossandón Iribarren, en La Serena, junto a su primera mujer, ostentando el grado de coronel del Ejército Libertador por los servicios de médico que prestara durante la batalla de la Independencia

II

¡Niños, estírense los calcetines, pónganse los guantes y recuerden que no deben meter bulla mientras coman, no olviden que su abuela es muy fijada!, nos indica la miss antes de que los cuatro nietos partamos a Viña del Mar a visitarla. Mi padre y mi madre, con sus disfraces de aviadores color caqui, gorros que les cubren las orejas y gruesos anteojos oscuros, nos dan un beso a la pasada. Parecen felices. Mi daddy ha comprado un nuevo ayión y lo piloteará; a la Chabela le gusta el peligro, la aventura. Bye, bye, nos gritan, be good children. A mí me encanta ir a Viña y la gran casa de mi abuela en la calle Álvarez, llena de escaleras y torreones, me parece fascinante.

Por desgracia, nosotros, los dos mayores, es decir el Dunny y yo, desde hace unos meses debemos almorzar con los grandes y eso es un fastidio, más bien diría un suplicio: ¡síntense derechos, no coman como si estuvieran hambrientos, dejen siempre algo en el plato para demostrar que la comida no les interesa! Por favor, Sonia, si no eres una muerta de hambre, entre bocado v bocado deja los cubiertos bien ordenados, frente a ti, en el plato, por supuesto. En esta familia sobran los cubiertos. Come lentamente, treinta y dos masticadas cada vez, para que no te caiga mal el guiso, el agua manil es para lavarte los dedos cuando comas espárragos. Ustedes tienen sangre inglesa, no son unos rotos cualquiera, ¿con quién han estado compartiendo la cena últimamente? Con mademoiselle Yvonne, le contesta el Dunny, el daddy dijo que debíamos perfeccionar nuestro francés. Ahora me explico sus malas maneras: los franceses sabrán cocinar, pero son unos ordinarios cuando se trata de comer. No sé cómo niños -exclama finalmente- han sido tan mal enseñados con la madre que tienen... La Chabela es más loca que una cabra, llega a El Mercurio manejando una moto y con abrigo de piel, sin Dios ni ley... Mi abuela emite un largo suspiro. El Dunny y yo, boquiabiertos: sí, grandmother; sí, grandmother. Yo, que soy tan dócil, masco pausadamente, cuento treinta y dos, y por supuesto que aún no termino de tragar el segundo guiso cuando me sirven el postre. A pesar de las pesadeces de la abuela Olga no dejamos de admirar su elegancia; el perfume a lavanda que emana del cabello que recoge en un moño con un broche de nácar;

Sus manos blanquísimas, generalmente cubiertas de guantes de encaje o cuero o piel, según la ocasión.

En uno de esos weekends que pasamos con ella, me llama al saloncito de su cuarto de dormir y mientras se balancea suavemente en su sillón de palo de rosa me anuncia que va a regalarme algunas de sus joyas. Eres la mayor de mis nietas y pronto cumplirás 15 años, debes, por lo tanto, comenzar a lucir alguna joya además de ese collarcito de perlas, así que aquí tienes esta pulsera, este anillo, este camafeo, este medallón de la Virgen engastado de diamantes, y dentro de unas cajas de terciopelo me va pasando una y otra joya y me las cuelga al cuello, me las coloca en los dedos, en el escote. Eres muy linda, Sonia, debes causar furor y escoger a un príncipe como marido, y le brillan los ojos y yo recuerdo que la miss me contó en secreto que la abuela cuando era la señora del embajador de Chile en Inglaterra -por los años 38 ó 39- se destacaba como una de las más bellas jóvenes en las fiestas de la aristocracia inglesa; tuvo muchos admiradores y hasta el heredero del trono habría sido su amante. Esos no son más que gossips de una chilena envidiosa, me añadía con las mejillas bien coloradas, y era tan copuchenta la :al señorita que agregaba que a la familia Edwards eso le pareció muy bien, pues así adquirió sangre azul, aunque esta bendición fuera entregada en los lugares más íntimos.

Lo peor sucedió después, me cuesta recordarlo, pero si no lo hago capaz que se me convierta en pesadilla. Muestra lo que te regaló la abuela -me gritan el Dunny y la Marisol- y yo saco las joras y ellos dan gritos de admiración; la Marisol se pasea a lo largo de la habitación con ellas puestas, el Dunny no les quita los ojos de encima. Una semana más tarde, abro el cajón de la cómoda donde las había metido y nada, nada. Allí están las cajas vacías; los brillantes, solitarios, rubíes y demás han desaparecido, corro al sótano a contarle al daddy y él, muy serio, me dice: yo haré que te los devuelvan, el Dunny y la Marisol te los robaron, yo arreglaré este asunto. Poco después, algo descompuesto, me entrega las joyas; las colocaré pronto en el banco, me dice, cuando quieras ponértelas sólo avísame. Durante varias semanas el Dunny y Marisol no me dirigen la palabra hasta esa noche en que el Dunny irrumpe en mi dormitorio y con los ojos saltados me saca de la cama, me arranca el camisón y comienza a colocarme las joyas. Lloro a mares: por favor, Dunny, no me hagas eso y él me arrastra desnuda al medio del cuarto, muévete, baila, puta miserable, ahora estarás contenta, mira cómo el collar le hace cosquillas a tus tetas, y con el camafeo que todavía le queda en las manos roza mi ombligo. Yo, aterrada, comienzo a gritar y la mademoiselle entra al dormitorio: ¿qué pasa aquí, qué estás haciendo con tu hermana, desvergonzado?, y él, con su permiso, mademoiselle, y sale de la habitación muy tieso, como si nada hubiese sucedido. Vas a ponerle llave a tu puerta todas las noches, Sonia, esto no puede suceder nunca más; ven, mi niña, te colocaré el camisón. Y yo, acuéstese conmigo, mademoiselle Yvonne, no me deje sola. Y ella, está bien, y se acurruca junto a mí, me enjuga las lágrimas, me abraza, me acaricia y yo logro por fin dormirme. Creo que desde esa noche me hice adicta a las caricias de las mujeres pues, en momentos de soledad y decepción de algún amante, acudí a Isabel, que me enseñó que las mujeres saben consolar y hacer gozar, a veces, mejor que los hombres.

Señora Sonia, señora Sonia, escucho la voz de pito de la enfermera, despierte, la llevaré hasta su cama, apóyese en mi hombro, son sólo dos pasos, y yo doy un paso y me tambaleo y pierdo el equilibrio. Me han dicho que después de dos meses caminaré como antes y podré hacer una vida normal. No lo creo. Esta mañana me miré al espejo y quedé horrorizada, me raparon la cabeza, la tengo todavía vendada, estoy demacrada, con grandes ojeras, y la cicatriz de la operación anterior cruza el borde de mi rostro, desde la frente hasta la mejilla. Lo único reconocible de la divina Sonia, como me llamaba Carlos, son quizá los ojos, aunque uno permanece medio caído. Nunca he sido pretenciosa, siempre he tratado de pasar desapercibida, hasta algunas veces maldecía mi belleza, mi larga figura estilizada, pero esta imagen de la Sonia actual que apenas logra mantenerse en pie me deprime profundamente. La enfermera me lava, me coloca pañales como si fuera una guagua, me arropa, cierro los ojos, finjo dormir, quiero estar a solas y revivir las migajas de mi vida, aunque aquellas intensas en que me sentía persona sean tan pocas.

Otra vez irrumpe en mi cuarto el Dunny, aunque ahora es en el del hotel Plaza, en Buenos Aires, y han transcurrido muchos, muchos años. Es la época de la Unidad Popular y yo soy una ardiente partidaria de Salvador Allende. He viajado con mis abogados hasta allí con la finalidad de convencer al Dunny de que debe aceptar que el viudo de mi hermana Marisol y yo vendamos nuestras acciones de El Mercurio, con la secreta intención de que posteriormente el gobierno de la Unidad Popular las adquiera; así el diario dejará de manipular las noticias y

De atacar las medidas del gobierno, de mentir a su antojo, aterrando al ciudadano corriente. Desde la proclamación de Allende el Dunny no se atreve a llegar a Chile y de ahí nuestra secreta reunión en el país vecino. Todo parece marchar bien, los abogados están satisfechos. Me acabo de acostar cuando siento unos golpes en la habitación y allí está él de pie, clavándome sus ojos de acero. ¡Qué te has imaginado, idiota! ¿No comprendes que te han lavado el cerebro? Y tú pretendes quedarte con El Mercurio, dirigirlo, con tus ideas comunistas, upelientas. Así que ahora reniegas de tu clase, hundes a tu familia, porque en vez de defender tus bienes nos sumerges en la miseria, nos haces aparecer como traidores. Y continúa y continúa. Tu propia madre, la Chabela, tiene un cáncer avanzado y la cabeza mala, y por tu culpa tendremos que internarla en un asilo, y tu padre, el daddy, cómo se estará revolcando en su tumba, y tu abuelo y bisabuelo y tatarabuelo que se esforzaron tanto para que tú gozaras con la fortuna que nos dejaron, porque no creas que se trata sólo de El Mercurio y nuestros fondos y las empresas y... Ya no escucho más y no es sólo la mirada y los gritos del Dunny, sino también la de todos mis antepasados que martillean mi cerebro. ¡Basta, basta! No venderé mis acciones. Por lo demás, esas acciones que yo creo son mías o de los herederos de mi hermana ¡Marisol, están en manos de Agustín hace mucho tiempo, y un sudor frío recorre todo mi cuerpo y él me lanza un escupo y se retira dejándome a solas. He claudicado, mis ideales a la basura. Sonia la rebelde nunca más podrá mirar de frente a todos esos compañeros que creyeron en su palabra. Sonia, Sonia, eres una cobarde que se vendió al becerro de oro; tú, que desprecias el lujo, odias ojos odias las joyas y se te parte el corazón ante los ojos de un niño hambriento.

De la numerosa familia que dejó Jorge Edwards, quien se hace cargo de la labor especulativa minera del padre es Agustín, el primero, que nació en La Serena en 1815. Desde niño se manifiesta su vocación al acompañar al padre a observar las posibles nuevas explotaciones mineras en Huasco y Vallenar. En 1832 se instala en Copiapó, en la gran casona de su progenitor. Esta mansión será mía, a mis hermanos y a la familia de mi madrastra les compraré su parte de la herencia, pero no me dejaré tentar por la explotación de todos estos yacimientos que parecen emerger en la zona. Soy demasiado inteligente y controlado para eso. Las más ricas minas serán mías sin tener que arriesgarme.

Y así fue. En compañía de Francisco Ignacio de Ossa, Agustín comienza creando una fundición minera. Sin embargo, lo que le reporta mayores beneficios es la instalación de una oficina de préstamos, mucho más importante que la de su padre, donde al poco andar acuden los más grandes mineros y también los pirquineros, por qué no. Agustín empieza entonces a acumular capital, llegando por último a monopolizar el comercio de minerales, controlando así el precio del oro, de la plata y más adelante del salitre y el cobre. Las leyes portalianas de esos años castigaban al deudor con la cárcel. Este Agustín I se aprovecha de eso, es despiadado con el acreedor y la víctima, agobiada, prefiere ceder su patrimonio ante la vergüenza de terminar en prisión.

María Angélica Illanes, historiadora, refiriéndose a este tema informa: "Emblemático fue el caso de José María Montt, uno de los más importantes mineros de la región que Edwards arrastró a la ruina, pues no sólo tuvo que entregarle la mina Esperanza de Chañarcillo, sino también su hacienda, sus estancias y sus acciones del ferrocarril. Todavía más cruel fue el caso de los hermanos Zepeda, dueños de la Fundición de los Minerales de Cobre de Tierra Amarilla, y de propiedades urbanas y agrícolas que, ante el peligro de la cárcel, transfirieron todo su patrimonio a Agustín Edwards". Sólo Nicolás Cousiño se libró de este chantaje imitando en menor medida el papel de usurero de Agustín Edwards. El historiador Ricardo Nazer relata, basándose en el testimonio de Agustín Ross: "Al principio Agustín Edwards proporcionaba dinero y mercadería para el consumo y los mineros le reembolsaban en metales que luego Edwards revendía". Mi sobrino Agustín Ross tiene razón -piensa Agustín I - sobre esta base fue que aumenté mi capital, transformándome en corto tiempo en el más grande empresario del Norte Chico. Para llevar a cabo los préstamos en óptimas condiciones fundo la Casa Edwards y Cía. y su ascendiente es tal que logro promover y -financiar la construcción del ferrocarril entre Copiapó y puerto de Caldera.

Dentro de esta agitada vida de negocios cumpla 36 años y ahora -meditó- ha llegado el momento de formar una familia. Me casare con mi sobrina Juana, de sólo 20 abriles, que parece una joven sencilla y dócil. Ella sabrá adaptarse a este solterón lleno mañas cuya única obsesión es el dinero. Así, en 1851 mis intenciones se convierten en realidad y paso a ser un respetable marido. Dos años después, le regalo a mi mujer una gran mansión en la plaza La Victoria -en Valparaíso. Ella la bautiza como Buckingham Palace. Allí nos instalamos con nuestro hijo recién nacido.

En Valparaíso comienzo por habilitar una pequeña oficina con el fin de realizar operaciones bancarias, como préstamos, hipotecas etc., que me valen el reconocimiento como el primer banco de Chile. En 1867 esta oficina se transforma en el Banco Agustín Edwards y Cía., del cual soy el único dueño. Gracias a este banco exporto grandes remesas de cobre a Europa, rivalizando con las agencias mercantiles extranjeras, como Alsop o Gibbs. Pero en el futuro inmediato la mayor riqueza que se perfila es el salitre explotado en Perú y Bolivia. El precio del oro y la plata, en cambio, se derrumba en el mercado internacional a los niveles más bajos desde los días de Pedro de Valdivia. Mi olfato me indica que en el salitre está el porvenir, afirma Agustín.

Según señala el historiador boliviano Roberto Queregazua Calvo -en su libro Guano, salitre y sangre, el descubridor del salitre, José Santos Ossa, al confirmar la enorme riqueza que significaba tal descubrimiento, contacta a Agustín Edwards con el propósito de buscar capital. Edwards, con la rapidez que lo caracteriza, no accede de inmediato y en 1867 crea, junto a Francisco Puelma, la empresa Sociedad Explotadora del Desierto de Atacama. Explotaremos esta riqueza -decide Agustín - en la caleta Chimba, trayendo a obreros chilenos, habilitando un puerto y extendiendo el ferrocarril. Así surgió en 1872 una nueva ciudad, Antofagasta, en pleno territorio boliviano. Los presidentes de las repúblicas de Perú y Bolivia le cedieron sus derechos a la sociedad, sin mayores dificultades y con sólo uno que otro regalito, por la suma de diez mil pesos durante 15 años. Por supuesto que la tal medida provoca protestas sociales en ambos países y para aplacarlas en 1873 los presidentes Pardo y Melgarejo deciden imponer el estanco del salitre y guano, exigiendo a Chile un impuesto por cada quintal extraído. Nos echan a perder el negocio -exclaman don Francisco Puelma y don Agustín Edwards-, y no sólo el nuestro sino el de Chile; esto es inaceptable. Lo mismo considera el gobierno chileno, presionado por los grandes mineros y empresarios. Gracias a la iniciativa de Chile -exclaman ellos- se ha creado el puerto de Antofagasta y el ferrocarril que trae el salitre hasta ese puerto, y ahora nos exigen pagar por algo que hemos realizado con nuestro dinero y el sudor de obreros chilenos. Así será, replican los bolivianos, pero el salitre se da en nuestro territorio y ustedes se llevan todas las ganancias. Ante la negativa de pagar el impuesto, el general Hilarión Daza, nuevo Presidente de la República de Bolivia, decide embargar la maquinaria e implementos existentes, lo que provoca la ocupación de Antofagasta por tropas chilenas, bajo las instrucciones del Presidente de la República chilena, Aníbal Pinto, dándose inicio a la Guerra del Pacífico de 1879.

Lo que no deja de sorprender es que entre los deudores de Edwards figure también el Presidente Pinto, a quien al dejar el poder -empobrecido y sin posibilidades de cancelar los altos intereses del Banco Edwards y Cía.- sus partidarios debieron ayudar para su sustento y el de su familia. Se dice, también, que misia Juana, apiadada por su condición, pidió que el documento bancario en manos del banco de su marido le fuese cargado a su propia cuenta. Aníbal Pinto es conocido por ser uno de los más honestos dignatarios chilenos; lo que causa rubor es el caso de morosidad en que cayó, también con el Banco Edwards, el Presidente del país enemigo, Perú, Mariano Ignacio Prado.

Pero eso es futuro, pues Agustín, que era diputado por Valparaíso desde 1873 y senador en 1876, al recibir la noticia de la brusca del cobre a 34 peniques sufre el ataque cardíaco del cual nunca se repone y que finalmente le causa la muerte a los 63 años, el 2 de septiembre de 1878, en su Quinta de los Sauces, Limache. Al dar cuenta de su deceso, El Mercurio de Valparaíso -que aún no era propiedad de los Edwards-, anota: "Ha perdido el país una especialidad. Afortunadamente ha dejado establecido su sistema y lo que es más importante, el ejemplo de sus prácticas como norma". En su libro La dominación silencio- la historiadora María Angélica Illanes señala que "Agustín Edwards Ossandón se constituyó en la figura y encarnación del crédito minero del siglo XIX en Chile. La riqueza que a través de esta actividad consiguió lo convirtió en una de las personalidades más importantes e influyentes de su tiempo; se hizo símbolo e ideal del poder".

Durante el período presidencial de Manuel Bulnes, el gobierno, con las arcas vacías, recurrió al Banco Edwards y Agustín 11a sacó de apuro: las barras de oro fueron trasladadas en una carreta, escoltadas por él mismo desde su birlocha. Sí, recuerdo tan bien esa parte del libro que me pasó Dunny para que yo hiera cómo habían luchado mis antepasados para ser lo que eran hoy los Edwards, y yo sonrío ante la imagen de ese tatarabuelo de levita y sombrero hongo, sentado en su coche, sin quitar la vista de sus barras de oro. Era la primera vez que el gobierno ocurría a un préstamo. Varios años después, su sobrino -escritor y periodista - Joaquín Edwards Bello, en sus crónicas de "Los Jueves" del diario La Nación", del mes de

Mayo de 1956, comenta ironizando: "Agustín Edwards el primero, acaparó las ganancias del cobre y se metalizó demasiado y al saber que el cambio había bajado sufrió un síncope que le causó la muerte". Cuando fallece don Agustín, el Times de Londres recordó que había sido el rey del cobre en el mundo. La fortuna que dejó a su esposa era la mayor de Chile y una de las mayores de Sudamérica". Al referirse a la inmensa fortuna de Agustín Edwards Ossandón, el historiador Ricardo Nazer opina: "En un ambiente económico liberal, sin impuestos a la renta y un mercado laboral sin regulaciones, se explica este proceso de acumulación de capital sin par en nuestra historia". Para Werner Sombart, en su libro El Burgués -según cita Nazer: "Al iniciarse el capitalismo, caracterizado por una verdadera pasión por el dinero y el oro, desde esa época (siglo XVI) la codicia fue considerada como propia de la psique del hombre moderno". Resulta evidente que tal pasión fue compartida por Agustín Edwards Ossandón, pues toda su vida giró en torno a la acumulación de capital. Su máxima era: "los intereses son un poder".

De su matrimonio con su sobrina Juana Ross, Agustín I había tenido cinco hijos, de los cuales sólo sobrevivieron Agustín II y Arturo. Este último también murió, de tuberculosis, siendo muy joven, cuando estaba recién casado.

Doña Juana Ross, misia Juana, como la llama el pueblo, la mujer de Agustín I, su sobrina Ross Edwards de origen escocés y 20 años menor que él, pasó no sólo a ser la mujer más rica de Chile, sino también la más popular. De recién casada hizo voto de pobreza y dedicó su vida a obras de beneficencia; usó ropas muy sencillas, de gris y marrón oscuro como los franciscanos, y de negro después de la muerte de su hijo Arturo. Uno de sus sobrinos, Alberto Edwards Vives, cuenta que un día doña Juana iba en un tranvía envuelta en una capa roñosa llena de parches a cumplir su deber de entregar una porción de comida a los más necesitados. Intranquila, le pregunta a su vecino la hora, este le contesta y ella exclama: ¡ay, voy a llegar tarde a la repartición de comida del asilo!; al verla tan afligida, su compañero de asiento le da una limosna creyendo que se trata de una pobre mujer más se dirige a recibir su ración diaria, sin que se le pase por la mente que esa indigente sin sombrero es la más rica y poderosa ora de Chile. Joaquín, su sobrino periodista, escribe en sus crónicas: "Parecía monja jalea. Nunca se puso afeites ni perendengues. Pero para los Edwards tener entre sus antepasados una "santa" les ha permitido pecar sin escrúpulos".

A Sonia va a estallarle la cabeza tratando de recordar sus múltiples obras: la Gota de Leche, los hospitales San Agustín y San Juan de Dios, el Sanatorio de los Andes, el asilo de El Salvador, de Lourdes, de Las Hermanas de los Pobres y los lazaretos durante la epidemia de cólera en 1887, la Catedral de Valparaíso edificada en los terrenos de su Buckingham Palace que se derrumbó en el terremoto de 1906... Allí está su tatarabuelo entregándole a su mujer dinero y más dinero exclamando: ¡la Juanita me abrirá las puertas del cielo que yo por mis méritos no merezco! Y las colas de mendigos harapientos y descalzos hacen largas colas frente a la puerta trasera de sus diferentes mansiones, iglesias y fundaciones a la espera de ser socorridos. Recuerdo la campaña por canonizarla, emprendida por la familia y dirigida por Dunny, poco después de que Teresa Fernández Solar fue santificada.

Aquí los sueños y pesadillas parecen calmarse, pues Sonia, sin querer y aunque hayan sido de bandos contrarios, se siente interpretada por esa antepasada en sus afanes revolucionarios, porque doña Juana, ya viuda, no duda ni un instante en participar con su riqueza en la revolución de 1891 y no sólo fue acusada por los partidarios de Balmaceda de ayudar económicamente a la oposición, sino, también, de ser la inspiradora de un atentado para echar a pique las torpederas y el buque Imperial, por lo que fue desterrada a Perú, adonde partió con su único hijo vivo, Agustín II; su nuera, María Luisa Mac-Clure, y sus nietos. Pero el gobierno continúa indignado y son allanadas su casa de Santiago en Catedral esquina de Morandé, varias propiedades más y el ferrocarril, entre Coquimbo y Copiapó son ocupados por fuerzas militares del gobierno.

Sin embargo, después de ocho meses y tras la derrota de Balmaceda, la familia que tuvo que salir de Chile furtivamente regresa triunfante y es recibida en Valparaíso con honores y salvadas de cañones. Esta excéntrica tatarabuela, que parece guiñarle un ojo a Sonia desde el más allá por su afán de parecer otra de lo exigido por su clase, está convencida de que su tataranieta seguirá ese mismo camino. ¿Quieres que me parezca a ti, súper abuela? Pero no te hagas ilusiones, vieja antepasada, tú no eres más que una beata que cree que con sus obras caritativas se irá derechito al cielo, yo deseo justicia y no tu malentendida caridad. Y la tatarabuela agita las manos reprochándole tanta insensatez. Mi destino será difícil, lo sé - murmura Sonia -, tropezaré incesantemente y por último moriré sola, abandonada por todos.

Sonia, sumergida ahora en un hondo sueño, que a ratos parece pesadilla, asiste al entierro de misia Juana, la gran benefactora que expira en 1813, a los 81 años, y cuyos funerales se transformaron en duelo nacional: "Excelsa figura cuya vida ejemplar y-sin precedentes ha recibido del Supremo Hacedor las palmas de triunfo que son entregadas a los verdaderos cristianos que renuncian a todo halago, comodidad y satisfacciones en favor de los pobres y desamparados", y así continúan las loas sucesivas de obispos, políticos, periodistas. Los elogios parecen no tener fin y yo trato de pasar desapercibida; no obstante, estos personajes que me rodean levantan un dedo acusador contra mí, su descendiente, que no siguió sus consejos por rebelde. Y no sólo se trata de la mirada acusadora de misia Juana, sino de todos esos imponentes caballeros, los Agustinas, que enarbolan sus bastones dispuestos a terminar conmigo de una vez. Caigo al suelo, me tapo la cara y ellos siguen avanzando, me van a aplastar. ¡Ay, ay!

¡Despierte, señora Sonia, despierte! Mire que casi nos da un ataque al corazón con esos gritos destemplados. Sí, debe ser una pesadilla, tranquilícese. Sonia mira a las enfermeras, pero no las ve, pues todavía no logra acallar esas voces autoritarias que la increpan. La abuela Olga le ha contado tantas veces la historia de ese tatarabuelo, Agustín I, y de doña Juana. Hasta cierto punto —piensa— es posible que ese desprecio a la ostentación y ese amor por los pobres me venga de ella, aunque para mí todo fue confuso y difícil.

III

Salí del hospital y desde hace una semana vivo en una parcela en La Reina con mis perros, mis galanes pastores y mis tiernos boxers. Pronto, si logro recuperarme, me traerán a los hijos, podré entonces ir a Las Moscas -mi casita junto a la playa de Reñaca-, acariciar a mis caballos, montarlos y salir a dar una vuelta, siempre que sea al paso, sin galopar, como ordenó el médico. Sé que mi caballo preferido, El Corcolén, comprende mi delicado estado de salud y a pesar de mi fealdad actual sabrá recibirme con un relincho de amante ansioso. Tendida en su silla de reposo, cubierta por una gruesa manta, Sonia contempla Santiago desde la terraza. Por allí quedaba la casa de mi adolescencia; sí, ahí está, transformada ahora en la embajada de Italia. Mis padres decidieron que había llegado la hora de comenzar mis estudios escolares, como todos los niños de mi edad, aunque varios años después de ellos. A las siete de la mañana estamos en pie, tragando el infaltable porridge. Al Dunny y al Robin los matricularon en El Grange; a mí y a Marisol, en el Dunalastair. Nos miran como bichos raros, debe ser por el auto y el chofer con librea que nos va a dejar y a buscar o quizá porque somos más altos que la mayoría de los escolares. A mí me sientan en última fila. Sonia, tan linda con su gruesa trenza que le cuelga por la espalda, bien callada y con muchos problemas con las tareas, cuenta Carmen Johnson, en vez de colación come un pan con una barra de chocolate. Dura poco en el colegio, creo que el Dunalastair es demasiado exigente en los estudios; el hecho es que después de un año a ella y Marisol las cambiaron al Santiago College. Allí -evoca Sonia- fui una más del montón y creo que no repetí curso sólo porque sabía más inglés que las demás.

Cecilia Barros, una de sus compañeras, recuerda: era bastante popular gracias a su simpatía, pero sobre todo por sus continuas invitaciones a su casa con esa piscina inmensa, con esa cantidad de pasteles y helados con que nos rellenábamos a la hora de las meriendas; eso sí, era diferente del montón. Una tarde en que le preguntamos por su mamá, ella muy suelta de cuerpo contestó: Anda de viaje con su último amante, nosotras no teníamos mamás que partieran de viaje con amantes o, por lo menos, si solía suceder, las hijas no lo sabíamos. En cambio, para el Dunny -evoca Sonia sumergida en sus sueños presentes- todo fue difícil, era pésimo para los deportes y se sacaba malas notas, cosa que tenía preocupado al daddy. Aunque no creo que en ese entonces los hijos fuéramos su mayor preocupación, pues lo tenía cabizbajo la Chabela.

¡Chabela, mi reina, la más bella, la más libre y, por sobre todo, la más generosa!, exclaman los que la rodean: pintores, músicos, actores, toda una fauna de extravagantes, muertos de hambre la mayoría, aunque no por eso menos artistas. Ella camina precedida por sus dos

Bufones: Pintulín, el eximio bailarín de salón, y Gualeta, el humorista que lanza sus pelambres pícaros en cuanto se produce un silencio. Carlos Faz, el joven pintor, desde un rincón la contempla agradecido, ella fue la mecenas que le compró dos cuadros y lo ha dado a conocer; Alejandro Jodorowski, el jovencito judío, el mimo que los hipnotiza con sus creencias eróticas religiosas, se ha enrollado en una cortina; César Cecchi, el crítico, yace adormecido en un sofá; la soprano Olympia se pinta sus labios de un rojo escarlata; el mago Iturriaga sacude en vano su sombrero hongo sin que aparezca ninguna paloma. Ayer la velada duró hasta el amanecer, hoy están cansados, pero, después de un almuerzo reponedor, la anfitriona parece más radiante y vital que nunca. Anochece, haremos una competencia que nos permita relajarnos, ¿qué les parece?, propone Chabela con su risa contagiosa. ¡Vamos, vamos, todos en fila, les apuesto que yo gano! Y todos se colocan en orden dispuestos a satisfacer todos los caprichos de Chabela la única, sólo Olympia se niega a participar, yo no uso calzones - explica - y no estoy dispuesta a mostrar mis intimidades. No seas ridícula - le contesta Chabela -, yo me sacaré los míos para que no te sientas impúdica, y rápidamente se desprende de los suyos y agita como trofeo unos pequeños calzones de encaje negro. Han retirado la mesa central, han corrido los sofás, César dará la partida, Gualeta será el juez de llegada, los mozos sirven champaña, pronto comenzará la carrera.

No sé si fue en ese momento cuando daddy, Anthony, Fred y yo irrumpimos en la sala. Acabábamos de regresar de Farellones luego de participar en un campeonato de sky. Fred había ganado la competencia y yo había sido seleccionada como la mejor en la categoría adolescentes. Él, con su brazo alrededor de mi cintura, me dio un sonoro beso en la mejilla. Chabela, encucillada, lista para la partida, se levantó bruscamente, se acercó a mí y me dio una cachetada: ¡qué te has imaginado, mocosa, coqueteando en esa forma descarada, preocúpate de estudiar tus lecciones del colegio! Y usted -le dijo a Fred-, un hombre mayor pervirtiendo a una niña, ¡retírese de mi vista! El daddy: por favor, Chabela, tranquilízate, si no es para tanto, sigan la fiesta, yo voy a acostarme, estoy muy cansado. Me puse a llorar en un rincón y entremedio de los sollozos vi cómo esos mayores, a esos que todos les era permitido, gordos, flacos, viejos, se daban torpemente vueltas de carnero, estirando sus patas, mostrando sus traseros, resoplando. No sé quién ganó, sólo recuerdo que la Chabela permaneció en el suelo, rígida. Gritos de alarma: la Chabela se ha desmayado, no vuelve en sí, corran a llamar a Agustín, algo grave le pasa. Mi daddy entra de prisa: les ruego, retírense, yo sé cómo hacer frente a estas crisis de la Chabela. Y la partida presurosa de los invitados y el mozo y los sirvientes llevándose a la desmayada y daddy: llamaré al doctor, le avisaré a Lala -se refería a mi tía, hermana de la Chabela -, acuéstela en su cama, la señora está enferma, no debe recibir a nadie, no le pasen ningún llamado telefónico, digan que salió de viaje, que no saben cuándo regresará. No quedaba en el living más que daddy y yo en el mismo rincón, pero ahora con los ojos secos. Y el daddy: lo siento, hijita, no debías haber visto todo esto, aunque quizás es mejor que sepas que la Chabela, tu madre, no es una mujer normal, parece tan alegre, tan vital, pero cuando uno menos lo piensa cae en largos períodos de melancolía, sin memoria, al único que suele reconocer es a mí y no siempre; olvida lo que te dijo, ella no se ha dado cuenta de que ya eres toda una mujer y ese Fred le hacía la corte a ella, se puso celosa, ¿entiendes? En el fondo te quiere mucho, pero no sabe ser mamá. Anda, vete a dormir y lovely dreams, darling; por lo demás, el día de hoy con esas canchas de nieve fina en que nos deslizamos como ángeles fue esplendoroso. En la casa reina el silencio y nadie se preocupa de nosotros. Tía Lala hace las veces de dueña de casa, cuida a Chabela, no olvida nunca darnos las buenas noches y pasa largas horas con daddy. El otro día bajé por casualidad al sótano y allí estaba ella junto al daddy escuchando arrobada las composiciones de mi padre. Mi tía no le quitaba los ojos de encima y él interrumpía su melodía y le tomaba con cariño la mano: tú eres la única que me comprende, que me alienta en... No quise seguir escuchando, me pareció una indiscreción. Me alejé en puntillas.

Tía Lala no me cae mal, es lo opuesto a Chabela, no sé cómo pueden ser hermanas; ella es discreta, apenas levanta la voz y se viste formalmente, no posee la belleza ostentosa de Chabela, pero tampoco es fea, con su nariz respingada y sus ojos color miel. Ahora comprendo por qué la abuela Olga insiste en que daddy se equivocó en su elección. Pero ahora es tarde para remediar el equívoco, tía Lala está casada, tiene hijos y para peor el marido también lleva el apellido Edwards.

El Dunny decidió viajar a Europa, ya terminó el colegio y se cree artista: músico o escritor. Ha sido siempre un lector voraz y tiene una colección de libros desparramados por su cuarto. Escuché a la abuela y al daddy hablar sobre este asunto: creo -sentenció la abuela - que lo mejor será que se dé una vuelta por Italia, Grecia y Yugoslavia; a esta edad los jóvenes

Necesitan independencia, ya verás que cuando regrese se le habrán olvidado todas esas leseras y partirá entonces a Estados Unidos a estudiar economía, como le corresponde a todo Edwards, pues todavía en Chile estamos en pañales. Quizá tengas razón -le contestó el daddy - por lo demás a mí no me hace caso en nada Y la Chabela, tú sabes...

Ayer se fue el Dunny y regresará sólo para mi estreno en sociedad, dentro de un año. Me siento libre y decidí cambiarme de colegio y cursar el último año de estudios en el Liceo Manuel de Salas, algo insólito para mi clase social que estima ese liceo como un antro comunista. Espero que la abuela, que ahora decide hasta lo que debemos comer, no se entere de nada. Creo que este acto libertario se lo debo a mis dos amigas de origen judío que me convencieron de que si yo entro a ese liceo podré dar exámenes válidos, seguir después una carrera universitaria y además, agregaron, llenas de picardía, es mixto, estaremos rodeadas de compañeros hombres. A mí me pareció fascinante la idea y entre beso y beso conseguí la autorización del daddy, que tiene demasiados disgustos con la enfermedad de la Chabela, el mal carácter del Dunny y los problemas de sus empresas como para preocuparse de un colegio así o así.

Todas las mañanas parto en bicicleta al liceo, que es mucho menos estricto que el anterior. Nadie se fija en si se te ha caído un calcetín o si te teñiste el pelo, y se estudia sin memorizar nada; eso sí, no se puede soplar ni copiar y el saber es considerado sagrado. Sé que no soy de las más aplicadas y que me cuesta entender, pero todos parecen aceptarme tal cual soy y los compañeros de clase me echan unas miradas que me hacen cosquillas, aunque nunca se han sobrepasado, parece que esto de estar todos juntos hombres y mujeres los vuelve respetuosos. Los weekends los dedico a la equitación. Tengo una profesora, Isabel, que no sólo me enseña a montar y a saltar, sino también a cuidar y amar a estos maravillosos animales, y cuando hay algún campeonato de polo las dos asistimos y a ella le he confesado mi secreto amor por el polero más bello, Jorge, aunque sospecho que él no sabe cuánto lo quiero. ¡Ojalá la Chabela siga enferma, mi daddy dedicado a sus juegos, deportes y discreto amor, mis hermanos menores a sus cosas, y el Dunny, lejos, lejos!

Entran y salen las sirvientas con jarros de agua hirviendo. La joven Juanita va a parir; su marido, que no está acostumbrado a sus 37 años esos quehaceres, se pasea nervioso. Hasta ahora todos sus deseos se han cumplido, sólo le falta un heredero que desde hace horas parece no querer nada con este mundo, hasta que se callan los gritos desgarradores de la parturienta y el doctor Guillaré, el facultativo más importante de Valparaíso, da la buena nueva: tiene usted un hermoso varón, don Agustín. Y así fue como Agustín II, Cucho -como lo llamaron sus familiares y amigos -, llegó el 3 de febrero de 1852 a este mundo. No se imaginaron los padres que a pesar de todos sus deseos de tener una larga familia él sería el único sobreviviente, ni que este Edwards manejaría con habilidad la enorme fortuna derivada de sus empresas y ordenaría las rentas de sus bienes raíces. ¡Tantos!, más de cuarenta en Valparaíso, seis en Santiago, tres en Copiapó y dos más en Caldera y Chañaral, y también se preocupó de la administración de sus haciendas y fundos, trece que heredó producto de deudas no canceladas, y otros cinco aún más valiosos, adquiridos luego por doña Juana viuda y por él mismo. A este Agustín le agradaría el trabajo agrícola y pasar largos veraneos en alguno de los fundos. Pero, sobre todo, su poder abarcaría la política, al crear un medio de comunicación que se convirtió con el paso de los años en el más importante de Chile, el diario El Mercurio.

Es un error creer que Agustín II es el fundador de El Mercurio -le indica su compañero más destacado de la universidad, Sergio Yuris, a Sonia -; este periódico existía desde 1827 en Valparaíso y se considera el diario más antiguo de América Latina, según lo constató Raúl Silva Castro. Su primer dueño fue Pedro Félix Vicuña y enseguida Recaredo Santos Tornerio. Sin embargo, el periódico económicamente vivía endeudado y tuvo que echar mano de créditos. Imagina de dónde Sonia. No sé, no sé, todo esto es nuevo para mí -le contesta Sonia. Pues - replica Sergio- del Banco de Agustín Edwards y Cía., de manera que fácilmente pasó a manos de su nuevo dueño, tu bisabuelo, el año 1884.

El nuevo Agustín tenía una vocación natural para el periodismo empresarial: incorporó los avisos clasificados, que son una especie de patrimonio para el periodismo del llamado "decano de los diarios chilenos". Además proveyó de la información portuaria y mercantil y adquirió servicios informativos telegráficos, desconocidos en Chile, que le dieron lustre a El Mercurio como uno de los periódicos más influyentes. Con esta nueva arma en el ristre -¿te das cuenta, Sonia?, le insiste Sergio-, Agustín Edwards Ross comenzó a golpear con energía en la escena política. Por lo pronto quiso impedir que el Presidente Domingo Santa María diera el pase a su ministro del Interior, José Manuel Balmaceda, para postular al más alto cargo de la República.

A los conservadores, que representaban los intereses bancarios y empresariales, tampoco les daba confianza este hombre aristocrático, pero político progresista, y sólo aceptaron a regañadientes con la condición de que el futuro Presidente nombrara a Agustín ministro de Hacienda. Al asumir Edwards como ministro, el diario El Mercurio, sin ningún pudor, le dedica loas desmesuradas en un editorial de noviembre de 1886: "El señor Edwards al frente de la delicada labor del Ministerio de Hacienda es uno de los más justos motivos de complacencia, sobre todo por la feliz contratación del nuevo empréstito internacional de la casa Rothschild, que dejará satisfecha a la opinión pública". Sin embargo, cuando el Presidente Balmaceda se dio cuenta de que las más importantes oficinas salitreras estaban en posesión o a punto de pasar a manos de los ingleses se opuso con todo su poder a esta exacción del patrimonio nacional y Agustín Edwards tuvo que renunciar. El historiador Hernán Ramírez Necochea (Historia del imperialismo en Chile) sostiene que Agustín Edwards Ross fue quien sirvió como intermediario en diversos traspasos de propiedades salitreras a capitales anglosajones. Balmaceda comenzó entonces su batalla, no sólo contra el Congreso sino también contra los intereses financieros y mercantiles internacionales que se apoderaban de las riquezas básicas del país.

El Partido Liberal abandonó el gobierno al poco tiempo y el Presidente Balmaceda fue víctima de feroces ataques de la prensa, no sólo de El Mercurio, sino también de La Época de Santiago, adquirida por Edwards poco antes que El Mercurio. El diario La Época, creado sólo con fines literarios, tuvo vasta circulación, pero efímera existencia, y tuvo el honor de contar entre sus colaboradores a Rubén Darío, quien dio a conocer allí sus primeros poemas de Azul. Ahora la crisis política exigía dejar a un lado lo literario y volcarse con fuerza a lo político. Lo más urgente: derrocar a Balmaceda, y el literario periódico no dudó en transformarse en virulento enemigo del Presidente. Uno de sus párrafos, del 12 de marzo de 1890, dice: "En vano la prensa de palacio levanta nubes de cieno desde el charco en que se ahoga para desviar la ruta del objetivo que se persigue; todo lo que se haga no conseguirá destruir la montaña abrumadora cae sobre esta demencia o locura presidencial". Como a los editores de La Época les pareció insuficiente, el 31 de mayo publican estos inspirados conceptos: "Balmaceda es un insaciable sacrificador de hombres, un padre cruel que vive de la carne de sus hijos". Sonia escucha con atención la clase de historia que le da su compañero, a ella nunca le habían contado sobre las actuaciones de este bisabuelo. Meses después -continúa Sergio Yuris - un Chile convulsionado se hacía ingobernable y la pugna entre el Congreso y el Ejecutivo explota virulentamente en enero de 1891, ocasionando la Guerra Civil. El ejército apoya al Presidente, en tanto la Armada defiende al Poder Legislativo.

Agustín Edwards proporciona los fondos a favor de los conjurados y observa con prudencia desde la clandestinidad los acontecimientos, y semanas antes de la caída de Balmaceda logra negociar su salida y la de su madre hacia Perú. En las memorias de los banqueros Agustín Edwards, Agustín Ross y Agustín Matte, tiempo después ellos explican los sucesos: "Los gastos hechos en Europa durante los primeros meses de la revolución en servicio de la causa del Congreso fueron atendidos por nosotros con fondos del Banco Agustín Edwards y Cía. con la condición de que se nos reembolsara tan pronto fuera restablecido el régimen legal en Chile". Ante esta situación el Presidente Balmaceda interviene el citado banco. Tras la caída del gobierno, Edwards regresa de Perú y al asumir Jorge Montt la Presidencia de Chile, le es devuelto el préstamo y se hace cargo del Ministerio de Industria y Obras Públicas. En 1897 se retira de la actividad pública, muriendo ese mismo año a la edad de 45 años a causa de una tuberculosis contraída en Perú. Junto a su actividad política, Cucho mantuvo una intensa vida social. Muy joven se casó con María Luisa Mac-Clure, hija del banquero y dueño de varias salitreras, Adolfo Mac-Clure, con la cual tuvo nueve hijos. El escritor Luís Orrego Luco describe muchas veces en sus Memorias del tiempo viejo la personalidad cordial y generosa de este Agustín: "A Cucho sus numerosos amigos le sacaban partido a su 'manga ancha' en largas traspasadas en el Club de la Unión y en el Club Hípico. Pero no sólo estos aprovecharon su cuantiosa fortuna, sino también su partido político, el liberal".

Doña Juana Ross, pese al dolor de ver morir a todos sus hijos, era una estoica y, dándose cuenta de que su nieto de 21 años, después de la muerte de su padre Agustín II, sería ahora el jefe de la dinastía, le escribe una larga carta: "... te has hecho acreedor a las consideraciones y cariños de todos los que han podido ver en ti el deseo de hacerte digno del nombre que llevas, el que, a Dios gracias, has hecho hasta ahora cumplir con honor, y en él confío que lo harás siempre". De su madre recibió la misión de administrar todos los bienes de la familia, es decir, los de ella y de los demás hijos. También debe hacer crecer el patrimonio común y aumentar la fortuna heredada de su padre. ¡Pesada y desafiante tarea la de este joven!

Sonia, dentro de su desvarío, ve que algo extraño sucede ante el cuadro del retrato de Agustín 111, en que su figura alta y casi de cuerpo entero, luce imponente expuesta en el salón de su abuela. Granny, entiéndame -le suplica Dunny -, esa pintura me pertenece, él es mi verdadero padre, mi granpá y necesito verlo todos los días, empaparme de su personalidad, yo seré en el futuro Agustín V, a él es a quien admiro, y su visión política y de periodista renovador es la que necesito para continuar, cuando me corresponda, con la dinastía de los Edwards; usted tiene tantas fotografías y pinturas de él, yo quiero esta. La abuela Olga trata de disuadirlo; a Sonia se le escapan las palabras exactas, pero el Dunny con su voz de seductor la envuelve y la imagen del abuelo, días después, aparece colgada en su cuarto, frente a su cama, y cuando él se convierta en Agustín V presidirá en su oficina todas las discusiones y resoluciones que se dirigirán en torno al diario más importante de Chile, El Mercurio. Y así fue -piensa Sonia - como la vida de este abuelo, el granpá, como lo llama hasta hoy Dunny, fue parte mía y llegué a admirarlo, aunque más adelante también comprendí que sus ideales discrepaban de los míos y que él sólo había sido un gran servidor de las causas de la derecha económica y política.

Agustín Edwards III nace el 17 de junio de 1878 y comienza su vida escolar en el Colegio Sagrados Corazones de Valparaíso. Su vocación por el periodismo se manifiesta en plena guerra civil de 1891, cuando junto a su primo Alberto Edwards Vives, ambos de sólo 13 años, imprimen clandestinamente un periódico titulado La Causa Justa. Después de su corto exilio en Perú, la familia regresa a Santiago y el joven Agustín concluye sus estudios en el colegio San Ignacio, recibiendo de bachiller en humanidades y filosofía en 1894, y tras un breve lapso en el Banco de Chile se titula de técnico bancario.

Tengo 21 años y una inmensa responsabilidad pesa sobre mi destino, pero no defraudaré ni a mi abuela ni a mi madre. Me haré inmediatamente cargo de El Mercurio de Valparaíso, pero ahora la verdadera capital política de Chile es Santiago y fundaré allí, sin tardanza, otro El Mercurio -anota Agustín III en su diario de vida. Y así fue, pero antes hizo un corto viaje a Estados Unidos para aprender bien el oficio con el maestro de la prensa amarilla James Gordon Bennett, editor de The New York Herald.

El 1 de junio de 1900 sale a luz pública este nuevo El Mercurio que hasta el día de hoy tiene un inmenso peso político y financiero en Chile. Su sede se inaugura en la capital, en Compañía con Morandé, en un bello palacio construido en 1872 por la familia Larraín Zañartu. Agustín III también se interesa -manteniendo la tradición familiar por los negocios mineros, agrícolas, industriales, comerciales y de bienes raíces; crea nuevas empresas y es elegido diputado por Limache y Quillota, una especie de parroquia familiar, y se afila al Partido Nacional. No obstante, el periodismo es su vocación preferida: funda en 1902 Las Últimas Noticias, en 1905 inaugura la revista ilustrada Zig-Zag, para la cual adquiere maquinarias modernas; luego, El Mercurio de Antofagasta, en 1906; La Estrella de Valparaíso, en 1921, La Prensa de Tocopilla, en 1924, y La Segunda, en 1931, todos los cuales continúan circulando. Instaure nuevas técnicas de trabajo y divide la cobertura periodística en sectores a cargo de los cuales designa especialistas en cada tema, estableciendo además un equipo de editorialistas próximos a la dirección. Se preocupa, asimismo, de difundir la actividad literaria, científica y artística, contratando a escritores a los cuales paga mensualmente, actitud impensada en esos tiempos cuando los intelectuales escribían en los cafés y se consideraban satisfechos con sólo ver publicadas sus cosas. Es decir, junto con La Nación de Eleodoro Yáñez, que es el único diario de esos años que le hace competencia, profesionaliza el periodismo.

Pero a Agustín III no le basta con ser dueño del poder periodístico, debe además acrecentar su riqueza financiera. Con ese fin, meses antes del terremoto de 1906, forma la compañía de seguros La Chilena Consolidada, la primera que asegura accidentes personales e inmuebles. Su existencia se pone a prueba durante la catástrofe que destruye 53 manzanas de edificios, entre otros el famoso Palacio Buckingham, de su abuela. Casi la mayoría de esos inmuebles ya han sido asegurados, lo que significa cuantiosas pérdidas económicas para la compañía pero que, sin embargo, Agustín III logra enfrentar. Paralelamente a su labor periodística y financiera, Edwards Mac-Clure es requerido durante los gobiernos de Germán Riesco y Pedro Montt para ocupar los ministerios de Relaciones Exteriores y de Culto y Colonización. Con posterioridad es nombrado ministro plenipotenciario en Italia, España y Suiza e incluso es nominado candidato a la Presidencia de la República. Durante la elección de 1920 apoya fervorosamente al candidato Arturo Alessandri y tras su elección este lo designa delegado chileno ante la Liga de las Naciones, siendo en 1922 presidente de ella. Durante ese período será el gestor ante Chile y Perú en torno a un plebiscito que culmina años más tarde con la

Entrega de Tacna a Perú y de Arica a Chile. Al caer Alessandri por la presión militar, Edwards renuncia a su cargo y retorna a Chile.

Hasta ahora Agustín III ha sabido trazar exitosamente sus ambiciosos proyectos. Pero durante los años siguientes Chile sufrirá toda clase de trastornos políticos: golpes militares, caída y auge del Presidente Alessandri, nueva Constitución política, nuevo golpe y dictadura. Agustín esquivo, enfrenta, y aun en momentos cruciales entrega su cooperación como mediador entre golpistas y demócratas, sabiendo que su costo final será el exilio. Así, recibe con su tranquilidad habitual la orden de destierro y parte a Francia con Olga, su mujer; su hijo Agustín IV y su nuera, Chabela Eastman. No tiene tampoco por qué amargarse: es dueño de una inmensa fortuna, su exilio será dorado. Durante los cuatro años en que se extiende la deportación nacen en París tres nietos: Agustín (Dunny), Sonia y Marisol.

Sonia, convaleciente, en su delirio habitual medita: yo nací en el exilio, mi abuelo fue un exiliado, quizá por eso yo he sentido tanta complicidad con los perseguidos de la década de los 70, ese abuelo debe habérmelo soplado.

Sin embargo, este prestigioso Agustín, considerado un hombre ejemplar, aplaudido por todos, se transformará con el pasar de los años en uno de los hombres más atacados por la izquierda. Don Agustín -exclama su secretario Alfredo Nenci -, usted es un hombre tan afortunado. Lo sé, lo sé, pero debo confesar -anota Cucho en su diario - que esta vitalidad creadora suele repentinamente interrumpirse y caigo en períodos de apatía que los médicos diagnostican como neurastenia; sólo logro superarla aislándome por algunos meses en algún lugar tranquilo del viejo mundo.

Edwards Mac-Clure se casó muy joven con Olga Budge Zañartu, estimada una belleza por la sociedad, de tipo rubio y cutis de porcelana. Sus banquetes y fiestas fueron la habladuría de las páginas sociales de las cien familias privilegiadas de Chile y también en Londres, cuando su marido era ministro plenipotenciario. Olga, viuda y de edad avanzada, publicó su libro La buena mesa, considerado esencial para toda dueña de casa que tuviera el dinero suficiente para comprar los exóticos ingredientes que requerían sus recetas. Sólo tuvo un hijo, llamado - como es de suponer Agustín.

Se ha oscurecido, pronto me llevarán de regreso a mi cuarto, mis cinco perros me rodean y agitan sus colas, el Blacky y Dickens saltan desesperados alrededor mío y sus lenguas húmedas acarician mis piernas; Nerón, que es el más alto, salta hasta mi rostro y yo lo beso en la boca, él sabe que tiene ese derecho por ser el guardián; en cambio, Morocha y Sopaipilla, menos atrevidas y más regalonas, ladran risueñas, pues ellas tendrán el privilegio de dormir conmigo en la cama. Me entiendo tan bien con todos ellos, no tengo que esforzarme en parecer inteligente. Con mis caballos fue la misma cosa. Cuando mi gran amiga Isabel me enseñó equitación, comprendí que los caballos respondían a mis caricias y agitaban entusiasmados la cola si los besaba en el hocico y cuando les daba de comer cerraban sus ojos en demostración de agradecimiento. Si hasta mi canario encerrado en su jaula dorada me demostró más cariño que cualquier ser humano: todas las mañanas me despertaron sus hermosas canciones y cuando un día decidí dejarlo en libertad y le abrí la puerta partió volando, pero dos días después estaba de vuelta; entonces, agradecida, le compré a una compañera y allí sus dúos me demostraron que eran felices, hasta que un día cualquiera la coqueta Marlén amaneció muerta y Perico enmudeció; a la semana siguiente yació inmóvil en un rincón de la jaula: la vida sin ella no tenía sentido. ¿Habrían sido capaces de tal acto algunos de mis amores? ¿Esas demostraciones de ternura incondicional que me han demostrado mis animales las sentí alguna vez con maridos o con amantes? Creo que estoy exagerando, porque con una que otra mujer las relaciones fueron mejores, pero ellas fueron alejándose, unas porque su destino así lo exigía, otras porque se cansaron de mí, las aburrí con mis eternos monólogos, fui una egoísta; cuando Vilma, la gran psiquiatra, me acogió con el fin de ayudarme en el hospital de locos y siendo mi mejor amiga sufrió años después la muerte de su marido, nunca me preocupé de su dolor, y sólo hablé y hablé sobre mis propias desgracias. Si se alejaron fue por mi culpa; ellas también tenían sus penas, sus problemas. Con el tiempo he logrado comprenderlas, me aferré demasiado a ellas. Y así continué arrastrándome de fracaso en fracaso.

Ocúpate más de tus hijos, no estás nunca en casa -me increpaba furioso mi primer marido, Jean Louis, cuando mi único afán era la universidad; trata de madurar, de ser persona -me decía Sergio, el compañero de clase más culto -; eso te lo explicamos y tú ya lo olvidaste -me señalaba Mariana, la más responsable del curso, así no lograrás nunca ser una buena psicóloga; no sé por qué me esfuerzo tanto en hacer de ti una militante culta, no retienes nada, creo que estoy perdiendo el tiempo -me interpelaba Gladys, cuando yo había decidido

Pertenecer a un partido de izquierda y jugar un papel en política. Y así sucesivamente fui perdiendo maridos, amantes, amigas y descuidando a los hijos.

Esta tarde de otoño, contemplando el atardecer gris, me he vuelto triste. La enfermera me arrastra a trastabillones a mi cuarto. Ahora estoy en cama y me han dado la píldora para dormir que no voy a tragarme, porque prefiero seguir arrancado pedazos de mi vida, quizás así logre algo de paz. Arropada en mi lecho con mis dos perritas regalonas acurrucadas a mi lado, retorno a ese día de mi estreno en sociedad.

No se mueva tanto que todavía no he logrado peinarla, un suave colorete en sus mejillas, se le ha desabrochado un botón, luego los largos guantes y estará lista. ¡Qué linda está! ¡Sin duda será la debutante más esplendorosa!, exclaman sirvientes, modistas, peluqueras, manicuras. Ahora pueden entrar a verla sus padres y hermanos. Yo me miro al espejo y me siento horrible, ridícula con ese vestido largo e incómodo. Yo, que no me pongo más que jeans o pantalones de montar, que ando siempre con el pelo suelto, sin maquillaje, con ese vestido de fiesta, el pelo recogido en un moño, esos zapatos de taco aguja con los que no puedo caminar. Me pongo a llorar. ¡Señorita Sonia, señorita Sonia!, exclaman en coro todas las asistentes, ¡se le van a hinchar los ojos, se le va a correr el maquillaje, si está preciosa! Don Agustín, entre por favor. Él me dice: no seas tonta, Sonia; vamos, mi niña, si eres la más hermosa, bailarás toda la noche, tendrás cientos de pretendientes, apóyate en mi brazo. Entra el Dunny, elegantísimo, él sí que sabe llevar con dignidad el frac de los caballeros. Me mira con atención. Está bien, pontifica pasados unos minutos, tente derecha, la cabeza en alto, eres el mejor partido de Chile, supongo que por lo menos tendrás conciencia de eso. También revolotean alrededor mío Marisol y Robin, a quienes no les permiten entrar al baile y sólo podrán atisbar el gran acontecimiento desde detrás de las puertas. ¿Y la Chabela está lista?, pregunta el daddy que es maniático de puntual. Dice que ella llegará más tarde, que no la esperen, advierte la sirvienta.

Y partimos a la gran casona de la abuela Olga en Victoria Subercaseaux, al borde del cerro Santa Lucía. Ella se ha hecho cargo de la fiesta en honor de su nieta y, sentada en un sillón que parece trono, espera el besa mano de la concurrencia. A su lado está el Dunny, que como nieto mayor será el heredero de la dinastía de los Edwards. El jardín está todo iluminado y varios mozos provistos de candelabros dirigen a los invitados. Ponte al lado mío, me indica el daddy junto a la puerta de entrada. Y saludamos y saludamos y yo me siento cada vez más desgraciada. Entonces hace su aparición la Chabela; trae puesta una larga estola de armiño blanco, sé la saca y se exhibe ante la concurrencia, todos quedan encandilados con el vestido rojo escarlata. Luce despampanante, las miradas se dirigen a ella, que levanta los brazos, lanza besos a la concurrencia, todos aplauden. La Chabela es la reina de la fiesta. Ninguna de las madres o abuelas invitadas, aunque se han puesto sus joyas, visten más que de color gris o de negro, las viudas. Mi abuela está furiosa Y desde su trono continúa expresando su desagrado. ¡Qué se imagina esta descarada, esta fiesta es en honor de mi nieta y yo soy la propietaria de esta casa! Tiene más de 40 años y sigue creyéndose de 20. ¡Cómo no comprende que ahora es el estreno de su hija! Dile -le dice en voz baja al Dunny- que yo le pido que se retire. Nunca se supo si alguien se atrevió a darle tal orden, el hecho fue que Chabela no dejó de bailar durante toda la noche.

Yo también bailé toda esa noche, aunque no era yo, sino un muñeco sin conciencia que se movía y sonreía a todos esos jóvenes que me piropeaban. Pero Jorge, con el único que me hubiese gustado bailar y que me estrechaba entre sus brazos, no estaba allí. Mi abuela y el daddy, al enterarse de mi inclinación por él, lo tacharon de la lista de invitados. Ese joven, aunque sea un eximio polero, no es más que un playboy, un inútil que no sabe más que pegarle a la pelota. Nunca permitiré que mi hija se case con él. Y cuando el daddy daba una orden, que rara vez las daba, estas se cumplían. Así se le cerraron las puertas de la casa al Jorge de mis sueños, y sólo logré verlo a escondidas en una u otra competencia en el Club de Polo.

Esa noche, el daddy y yo regresamos a casa pasadas las dos de la mañana; Chabela y el Dunny se quedaron hasta que se fueron, los últimos trasnochadores. Pese al cansancio, me costó mucho dormirme y entonces, como hoy, el vestido rojo escarlata de Chabela aparece y desaparece queriendo envolverme. Sofocada por ese ropón, me revuelco en la cama, agito los brazos y me ahogo, me ahogo sin poder librarme de esa mortaja. Creo que por eso nunca he podido comer ni usar algo de ese color.

La Universidad Santa María es un hecho -comenta en un periódico Emilio Rodríguez Mendoza - y al recorrer con el rector Francisco Cereceda cada pabellón, cada gabinete y cada sala de la universidad en ese verano de 1945, charlamos sobre cómo esta gran obra, el mayor legado

Hecho en Chile y en la América del Sur, se debe a la última voluntad de don Federico Santa María, el llamado mago de las finanzas o Napoleón del azúcar. Usted sabe, señor Mendoza, que don Federico era tacaño, bajo, rechoncho y solterón, y jamás se le conoció un acto de altruismo, pero cuando a los 64 años se percató de que le quedaban pocos años de vida, decidió crear una fundación que "brindara a los desvalidos de su patria una escuela de Artes y Oficios que pusiera al alcance de ellos fórmulas para llegar al más alto grado del saber humano". Sí, algo me habían contado al respecto -le contesta con su voz pausada el rector -, esa fue la intención que dejó expresada en su testamento, escrito de su puño y letra, en el consulado de Chile en Londres, ante el cónsul Manuel Amunátegui del Solar y el embajador Agustín Edwards Mac-Clure. Desgraciadamente, el espíritu y propósito de la voluntad de don Federico fueron desvirtuados. Le ruego, señor periodista, no haga pública esta aseveración mía, podría perder mi cargo. Pero, ¿por qué sucedió esto?, replica Rodríguez Mendoza. ¡Ay, amigo, porque los Edwards saben moverse con una astucia que ojalá usted o yo tuviésemos! Tras la muerte de Santa María, Edwards Mac-Clure se las arregló para quedar como único albacea y con ese poder dispuso que esta escuela al servicio de obreros artesanos, como lo disponía el testamento, pasara a ser una universidad técnica profesional de estudiantes clasificados -me contesta Cereceda, guiñándome un ojo -, pues es posible que don Agustín considerara peligroso o poco digno de un caballero darle oportunidades a quienes Santa María llamaba en su testamento "proletariado de la patria".

Silencio total durante años sobre la tergiversación de la voluntad de Santa María, al comienzo debido a la censura de prensa de la dictadura militar de Carlos Ibáñez y en las décadas posteriores posiblemente debido a que se trataba de un hecho sin importancia para la derecha en el poder. Sin embargo, con el tiempo se alzaron algunas voces a favor y en contra, demostrando la gravedad del asunto para la memoria de Santa María y el desarrollo e la educación de los postergados. Entre ellas destaca la del abogado Carlos Vicuña Fuentes, quien intenta explicar el hecho en su libro *La tiranía en Chile*. Apunta: "Agustín Edwards cayó en desgracia ante el ministro de Hacienda de Carlos Ibáñez, Pablo Ramírez, por un desaire que Agustín le hizo, propio del desdén que los aristócratas se gastan con los siúticos y que estos se tragan en silencio pero nunca olvidan, por lo cual Ramírez impugnó, sin pruebas suficientes, el testamento de Santa María declarando que Agustín Edwards no era su heredero, sino sólo uno de sus albaceas". Más adelante, agrega Vicuña Fuentes: "Pablo Ramírez —aprovechando que Edwards cumplía su destierro, ante la acusación generada por el mismo Ramírez, de haber estafado al Estado en la venta de la Legación de Chile en Londres— instó al dictador Carlos Ibáñez a desconocer el fallo favorable de los Tribunales a favor de Edwards y declararlo nulo". Fallo cuya vigencia duró hasta la caída de Ibáñez. Joaquín Edwards, el sobrino díscolo y sarcástico, publica en su habitual crónica: "Interpretación bruja del legado, los roedores de testamentos o la malicia de los jurisconsultos, manipulan la pérdida momentánea del testamento del Ministerio de Relaciones y como resultado la Escuela se convierte en Universidad". Este mismo sobrino en otro artículo extraído de su archivo personal escribió a pie de página: "Entre los grandes escándalos chilenos este último (el testamento) es, sin duda, el mayor. Tratándose de un legado de 200 millones para el puerto de Valparaíso, el testamento estaba guardado en La Moneda. Algún alto empleado robó la carátula, por lo cual se pudo pedir la anulación, cobrando los abogados y la familia una suma cuantiosa. Después de entregar ese monto reapareció la carátula. ; Quién la robó en La Moneda? No se sabe".

Agustín Edwards Mac-Clure, a pesar de los escasos rumores negativos sobre su integridad moral continuaba siendo para la mayoría de los ciudadanos el hombre intachable hasta que en su más importante misión diplomática, como embajador ante la Liga de las Naciones, desencadenó una masiva reacción de repudio, pues en plena Guerra Civil de España intentó que el gobierno republicano fuera rechazado como miembro en ese organismo.

Chile, en víspera de las cruciales elecciones de 1938 en que sería electo por el Frente Popular Pedro Aguirre Cerda, vive gran efervescencia política. La prensa de izquierda y centro izquierda acusan en sus portadas al delegado chileno, al honorable don Agustín Edwards de "traidor a la Patria", "enemigo de la democracia", "cómplice del fascismo"; "Hoy llamamos a tres concentraciones de repudio a Edwards"; "El Frente Popular condena la actitud de Edwards", etc. Las manifestaciones y los titulares y artículos de los periódicos no cejan en contra del representante en la Liga de las Naciones hasta que asume el Presidente del Frente Popular y Agustín Edwards se ve obligado a renunciar a su cargo.

Poco después, en abril de 1940, en *La Opinión*, diario independiente de ese período, aparece un titular: "El Fisco retiró todos sus fondos del Banco A. Edwards. Alcanzaban a 22 millones", y

Señala la nota: "Dicha institución hacía sus mejores negocios con el dinero del Fisco, suma que era superior a la mitad del capital de dicho Banco. Esta disposición del Ministro de Hacienda, Pedro Enrique Alfonso, ha sido muy celebrada, porque se considera que no es posible que con dineros fiscales negocien instituciones particulares que, por otra parte, no cooperan a la acción del Gobierno y cobran un subido interés al público".

Sonia está perpleja. Nunca en la familia me contaron eso, ¿no estarás exagerando, Sergio? Puedo llevarte a la Biblioteca Nacional y allí revisaremos juntos los diarios de esos años. Te creo, lo que no entiendo es que el Dunny, que ha leído tanto, nunca se haya referido a ese suceso. Tu familia sólo acepta lo que le conviene y prefiere omitir eso que le molesta, por lo demás, no sólo apareció en los diarios su actitud antidemocrática ante la existencia de un gobierno como el republicano español, que había sido elegido en una elección libre, sino que también acusaron de sinvergüenza a Agustín Edwards Mac-Clure por los gastos excesivos que mantuvo como embajador y por evadir los impuestos que le cobraron cuando al regreso de Europa trajo todo un barco cargado de muebles, tapices, cuadros y hasta un automóvil Buick. Al respecto logré sacar algunas copias de los periódicos de esa época y Sergio lee con su voz pausada: "Que devuelva las libras esterlinas": "Nuestro Embajador en Londres ha vuelto a pedir al gobierno dos mil cuatrocientos cincuenta libras extras. Ya sabemos que al Embajador le gusta vivir bien, pero no es la primera vez que el señor Agustín Edwards pide al Ministerio de Relaciones esas sumas exorbitantes, ya lo hizo con frecuencia cuando desempeñó igual cargo hace años. ¡Cómo es posible que tales caballeros, porque existen muchos otros, no se den cuenta de la pavorosa miseria chilena!" y, ¿sabes Sonia, quién escribió este artículo en La Nación?, pues nada menos que tu díscolo tío Joaquín; pero escucha ahora este otro, aparecido en El Trabajo (diario del Nacional Socialismo), en pleno gobierno de Arturo Alessandri:

"Descarado contrabando permitido al Embajador Agustín Edwards: 34 baúles, 73 maletas, 31 bultos, un lujoso automóvil, es decir, el equipaje de un sultán". No quiero cansarte con más datos y no creas que te he contado toda esta historia para molestarte, pues dentro de todos los abusos que esta clase privilegiada, a la cual tú perteneces, cometió en Chile, tu abuelo fue de los menos pillos y su oratoria, su respeto a la cultura y su habilidad para los negocios, en particular los periodísticos, son dignos de admiración. Por ahora se acabó la lección, querida Sonia -me expresa Sergio - y de despedida me da un casto beso en la mejilla. En la sala de clases de la universidad, el profesor Mario Góngora describe el período del Frente Popular. Me he inscrito en este curso, pues mis compañeros me han dicho que no sé nada sobre la historia de mi país y que muchas de las enfermedades mentales con consecuencia del ambiente social y político que pesa sobre el individuo. Yo tomo apuntes; tengo muy mala memoria y necesito releer varias veces lo expuesto por el profesor para entenderlo, pero soy toda oídos cuando comienza a relatar el encono con que El Mercurio ataca despiadadamente al Presidente Pedro Aguirre Cerda durante los días posteriores al terrible terremoto de 1939, pues ahora se trata de mi familia. "Deseo que ustedes comprendan lo que significaba para la oligarquía haber perdido el poder que desde hacía cien años les pertenecía y cómo -pese al pánico de las primeras semanas- ahora debían prepararse con astucia al desprestigio de este nuevo gobierno que podría atentar contra sus intereses. La destrucción de vidas humanas, ciudades y campos agrícolas a las que tendría que enfrentarse Aguirre Cerda daba la oportunidad a la derecha para atacarlo."

Agustín III, recién retornado al país tras su destitución intempestiva, utiliza El Mercurio, del cual es dueño, para destruir la popular imagen del mandatario: "La ayuda exterior para los damnificados inexplicablemente se perdió"; "A la catástrofe del terremoto se suma la inoperancia del actual gobierno"; "Cuántas vidas podrían haberse salvado si contáramos con un gobierno eficaz"; "Graves sospechas sobre el destino de la gigantesca solidaridad material enviada por la comunidad internacional". Para un ciudadano común estos ataques de un diario considerado liberal y veraz dañan certeramente la capacidad y honestidad de esta primera experiencia de gobierno de izquierda. Pienso -señala el historiador Góngora para terminar- que pese a los cuarenta años en que El Mercurio trató de dar una imagen de diario imparcial, porque no olvidemos su responsabilidad en la caída del Presidente Balmaceda, ha vuelto a sacarse el velo y a manipular la opinión de la gran masa anónima del país.

Sofía Correa, en su libro Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX, refiriéndose a la fundación de la CORFO indica que esta surgió con el fin de reconstruir las zonas devastadas por el terremoto de 1939, considerado el mayor logro del Presidente Pedro Aguirre Cerda, y obra de la derecha, "lo que desmiente las versiones que la vinculan a un propósito desarrollista y progresista del Frente Popular", agregando más adelante: "pues fue

Una institución que contribuyó sustancialmente a la consolidación y expansión de la industria de propiedad privada, fortaleciendo así al empresariado".

No sé por qué en los sueños se saltan años y períodos, tampoco Freud parece haberlo aclarado, el hecho es que ahora trato de incorporarme, no quiero seguir con ese sueño, pero no puedo y sólo me doy vueltas y los recuerdos se amontonan. Debo haber tenido alrededor de 13 años, pues todavía cuelgan de mi espalda dos gruesas trenzas, cuando el daddy irrumpe en mi dormitorio y le dice a la miss Jenny: que los niños se vistan de negro, pues acaba de morir su abuelo y sus restos serán velados en su casa. Largas horas estuvimos sentados alrededor del ataúd y por primera vez me pareció que el Dunny se sentía abatido, era el regalón del abuelo, el hombre ejemplar que guiaría sus pasos en la vida.

En la prensa del 19 de junio de 1941 se destaca: "Murió don Agustín Edwards Mac-Clure, chileno de relieve mundial";. Agustín a la edad de 63 años, falleció de una dolencia cardíaca el insigne don Agustín Edwards, cuyos incontables servicios prestados al país lo señalan como uno de los más notables pro - hombres de la patria". Se informa: "El día anterior, rodeado del afecto de sus familiares y amigos, había celebrado su cumpleaños en su casa de la Alameda 1656 y había expresado: 'Cumpló hoy 63 años, la edad en que murió mi madre'. Ayer en la tarde el señor Edwards dio su paseo en automóvil por la ciudad y con la lucidez de su época más intensa de trabajo, dictó una vez en su casa dos cartas de agradecimiento, una en castellano, al director del diario El Imparcial, y otra en inglés, al secretario de la embajada norteamericana. Enseguida se retiró a sus habitaciones y, cuando nada hacía esperar, se inclinó levemente y expiró. Eran las ocho cuarenta de la noche. Lo acompañaban su esposa, señora Olga, su hijo Agustín y otros miembros de su familia. Tan pronto como se advirtió la crisis fatal, se pidieron auxilios religiosos y rápidamente llegó junto al lecho del extinto el sacerdote Armando Uribe, quien le administró los últimos sacramentos."

Al día siguiente se verifican las exequias que adquieren dimensiones apoteósicas. El Mercurio señala: "En el momento que los deudos conducían el ataúd hasta la carroza, el Presidente Pedro Aguirre Cerda se hizo presente brevemente. La columna fúnebre se puso en marcha encabezada por las cinco carrozas cubiertas de coronas. A continuación tomaron colocación los estandartes de diferentes instituciones sociales. Luego venía la carroza que portaba el cuerpo, y el cortejo avanzó hasta El Mercurio donde se le rindió un homenaje y continuó su marcha al cementerio. A la entrada las Fuerzas Armadas presentaron armas. Frente al mausoleo ocuparon la tribuna, entre muchos, el ex Presidente Arturo Alessandri, Barros Borgoño por el Partido Liberal, Miguel Cruchaga por el Partido Conservador y a nombre del gobierno Juan Bautista Rossetti".

IV

Estoy desorientada y dentro de mi ingenuidad se me ocurre la mala idea de preguntarle al Dunny si sabía que el abuelo Agustín había sido tan atacado por los diarios. ¿Qué estás insinuando?, me contesta. ¿Así que los enanos rojos se dedican ahora a desprestigiar nuestra familia y tú te tragas esas calumnias?, te dije que no entraras a la universidad, si ese es un antro de comunistas, y se da media vuelta, pálido de ira.

No sé si mis compañeros son comunistas, no entiendo nada de política, lo que sé es que en la universidad me siento persona y cada día aprendo nuevas cosas. Mañana vendrán a estudiar a mi departamento Mariana Chadwick, Sonia Herrera y Sergio Yuris, todos son mejores alumnos que yo, pero no me miran en menos, al contrario, ellos tratan de ayudarme. A los niños los acostaré temprano. Jean Louis cada vez pasa menos en casa. Hace un tiempo solía entrar bruscamente a nuestra sala de estudio, apenas saludaba y se marchaba sin decir palabra. Sé que no le agrada el nuevo rumbo que ha tomado mi vida y que mira muy en menos a la gentuza de medio pelo, como llama a mis compañeros, pero a mí eso me tiene sin cuidado. Yo, en cambio, los admiro y aunque son todos más jóvenes que yo (vienen saliendo del liceo), y ninguno por supuesto está casado -con excepción & Marie Claire Delgueil (francesa que tiene mi edad y como yo, dos hijos)- los considero superiores a mí. Acaban de despertarme y sigo medio dormida. Este sueño ha sido tranquilo, claro que me he saltado años, pero así es mi estado actual, las vivencias van y vienen. Señora Sonia, ya ha dormido suficiente,

Enderécese, tome su desayuno que se le enfría. Bebo lentamente la taza caliente de chocolate con leche y mordisqueo una tostada, la Morocha y la Sopaipilla se tragan golosas el resto y salen corriendo al jardín a hacer sus necesidades. Yo me vuelvo a dormir, es decir, vuelvo a caer en el mundo del insomnio, en el juego del recuerdo.

Me siento tan importante rodeada por el director francés de cine, Fred Matter, y la actriz Nieves Yancovic filmando en la cordillera El paso maldito. No sé si el guión es bueno, si el director es talentoso o si la película tendrá éxito, pero me gusta participar en esta nueva experiencia creativa, aunque debo confesar que ser actriz de cine es muy aburrido, prefiero mil veces el vértigo que produce un salto a caballo o un campeonato de esquí, Mis amigos y familiares asisten al estreno que se verifica en un salón privado de mi casa, los comentarios no son excesivamente elogiosos: no tiene interés; sólo algunas imágenes de la cordillera valen la pena; Sonia sale muy bella, pero como actriz no sobresale, tan tiesa y poco emotiva. Aunque nunca más repetiré esta experiencia, lo cierto es que tras esa mujer tiesa y fría existe una mujer apasionada, pues todo mi cuerpo y alma arden con sólo la imagen de mi obsesión, el bello indiferente polero que, pese a mis insinuaciones, hasta ahora parecía un témpano de hielo que inesperadamente se deshace. ¡Por fin hoy en la tarde Jorge me besa! Es la gloria. Sentir sus brazos alrededor mío, escuchar sus murmullos junto a mi oído: Sonia, Sonia, eres la más bella, te quiero, serás mi novia, nos casaremos, y él me come a caricias. En la familia no te aceptan, no trates de convencer al daddy, él no dejará nunca que esto suceda -murmuro yo desconsolada. Escucho entonces la voz ronca de Isabel, mi amiga y profesora de equitación: ¿dónde te has metido?, recuerda que debes ir al bailoteo en casa de la Toya Izquierdo, vas a llegar tarde, debes cambiarte de ropa. Ya voy, le contesto, y a Jorge le digo: anda a buscarme, trataré de escaparme de esa lata de fiesta. Le doy la dirección, parto a casa y me coloco uno de esos vestidos ridículos para la ocasión y aquí estoy bailando desgadamente con uno de esos jóvenes de quienes pretenden que me enamore. Una hora después huyo del bailoteo y subo al auto de Jorge que me espera en la esquina. Quince días practico en los lugares más adecuados toda clase de toqueteos semieróticos, pues yo sigo virgen y Jorge, de malas pulgas, hasta que él exclama ¡basta! o te pido formalmente en matrimonio o me mando cambiar, y yo para calmarlo le propongo que nos escapemos para gozar plenamente de nuestro amor. Y una mañana al alba, cuando todos duermen en casa, parto con un maletín a Viña del Mar.

Cuando en la familia se dan cuenta de que yo he desaparecido se arma un escándalo, aparece mi retrato en el diario y las radios advierten sobre mi ausencia. Llevamos una semana en riña, cambiando todos los días de pensión y la mayor parte del tiempo metidos en cuartuchos de baja monta, tirados en camas de colchones dudosos, con las cortinas corridas. Jorge, aterrado, ha perdido el gusto de iniciarme en el placer y la pasión se transforma en susto.

Apenas he alcanzado a perder la virginidad cuando, sin consultarme, decide devolverse a Santiago y me dice adiós con un beso que apenas roza mi mejilla, depositándome en la plazoleta de Isidora Goyenechea, cercana a mi barrio.

Allí me encuentran deshecha en lágrimas y se forma un cónclave familiar al que asisten la abuela Olga, el daddy y la Chabela, que no abre la boca. Por suerte Dunny está en la Universidad de Jersey, en Princeton, donde acaba de titularse de periodista con la memoria "Anarquía y autocracia" que colocaron en mi velador hace meses y que yo, por supuesto, no he leído. No sé si hubiese podido enfrentarlo ahora que me siento tan poca cosa y me acusan de loca emputecida. Hemos decidido -pontifica la abuela - que te vayas a París, allí te alojarás donde tus tíos y olvidarás rápidamente a ese inútil de Jorge, que tendrá buenos apellidos, pero lo único que persigue es tu fortuna. Yo quiero casarme, contesto tímidamente. ¡Con ese pelafustán!, exclama la abuela, ¡con ese inútil y caza fortunas!, clama el daddy, y todos en coro: ¡jamás! Y me embarcan rápidamente a la ciudad luz.

En París, los tíos me reciben con los brazos abiertos. Aquí lo vas a pasar fantástico -expresan - te hemos comprado un trousseau que estará a tu altura, vestidos de las grandes casas y ropa de sport, y te presentaremos a la elite de jóvenes casaderos. Yo me niego a salir y rechazo todas las invitaciones, estoy todavía demasiado choqueada con mi última aventura.

Permanezco varias semanas encerrada en mi cuarto, pero una mañana, al abrir el balcón de mi habitación y escuchar el bullicio de la avenida de los Campos Elíseos y ver la belleza de los árboles y a lo lejos el Arco de Triunfo, me siento llena de vitalidad. Acabo de cumplir 19 años y la vida todavía puede ser bella.

Comienzo entonces a salir.

El barón Rothschild pasa a ser mi más asiduo pretendiente; los tíos, felices, y yo más o menos. Acepto sus invitaciones a restaurantes y boîtes de noche, pero él me parece aburrido,

Poco atrayente y me resultan bochornosas las miradas de admiración que causa mi paso por esos lugares. Es que tienes un tipo peculiar, esas cejas negras espesas, ese pelo oscuro, ese cutis blanco y tu estatura... Desde los años locos en París han estado de moda las mujeres exóticas; la María Felix, por ejemplo, o la bailarina negra, Josephine Baker, aunque yo con una negra no me metería jamás. Tú, en cambio, eres única, pero conservando el estilo aristocrático -me dice. Yo, apenas lo escucho, y hubiese preferido mil veces pasar desapercibida. Pero cuando ese invierno me invita a pasar una temporada en Chamonix, un lugar de moda para esquiar, acepto encantada, no se trata de convivir con él, sino de practicar uno de mis deportes favoritos, eso sí que me gusta.

Llevo diez días en la montaña. Durante el día me deslizo por esas canchas llenas de pinos y en las noches, junto a la inmensa, chimenea, bebo un chocolate caliente. Me siento feliz, pero no sólo por el transcurrir del día, sino también porque me he vuelto a enamorar, no del barón por supuesto, sino de su secretario, Jean Louis Berthet, que me parece encantador. Es muy alto y esquía mejor que yo. Cuando corremos cerro abajo y dejamos muy atrás al torpe Rothschild, que ha vuelto a sufrir una caída, ambos nos sentimos privilegiados, únicos. Tanto el barón como el conde, que es el título de Jean Louis, me han prometido visita a Chile cuando regrese dentro de un mes.

Estoy locamente enamorado de Sonia -le confiesa Rothschild a su secretario Jean Louis-; yo también -le contesta este. En Chile ambos le declararemos nuestro amor, ella dirá si te prefiere a ti o a mí. Creo que Agustín no se opondrá a nuestra proposición matrimonial, él es amigo mío y de la familia desde hace tiempo; a ti no te conoce, pero si pierdo la partida seré tu padrino, te lo prometo.

Y así fue. Rothschild perdió con gran decepción de mi familia y yo me casé con el conde Berthet, aunque algunos familiares insistían en que era duque. Pero en realidad nunca supimos cuál era su título, si es que lo tenía. De los meses previos al gran acontecimiento no conservo más que recuerdos confusos: una salita próxima a mi cuarto llena de sábanas de hilo con nuestro monograma bordado por las niñas del Buen Pastor, una camisa blanca de seda y encajes para la primera noche, blanca, por supuesto, porque yo era virgen, y otras rosadas o malvas para los días siguientes con mañanitas de piel de conejo, y vestidos y trajes de todas las estaciones, más un abrigo de visón. En otro salón del primer piso, los regalos: muebles, cuadros de grandes pintores, servicios de loza limoges con nuestro monograma grabado, cuchillería Christophle, innumerables bandejas de plata, alfombras, y expuestas -tras una vitrina cerrada con llave - las joyas. Es que son valiosas y una que otra pueden desaparecer sin que nos demos cuenta, también existen ladronzuelos entre nuestra gente -explica el daddy.

Para mí todo ese alboroto y las exclamaciones de admiración mezcladas con los pelambres ante un regalo de poca monta me tenían sin cuidado. Comenzaría una nueva vida en un departamento en pleno centro de Santiago, regalo de mis padres, con un hombre que me parecía atrayente, pero con el cual nunca había convivido. ¿Cómo sería hacer el amor con él? ¿Aceptaría mi inmadurez? Era tanto menor que él y tan insegura... Entre nosotros nos comunicábamos sólo en francés, el español lo manejaba mal, pero ahora viviríamos en Chile, ¿se acostumbraría él a este país tan poca cosa? El daddy le había exigido separación de bienes, mi fortuna seguiría en manos de mis padres. Les depositaré una mesada en el banco, pero los cheques deben ser firmados por Sonia y usted. Yo no me caso por dinero, sino por amor, le contestó Jean Louis.

Hasta aquí el sueño tiene cierta coherencia, pero después, no sé si será porque amanece y el despertar de aves y animales de la chacra rompe el silencio de la noche, pero las imágenes y personajes se mezclan en un suceder sin coherencia alguna. Entrada a la iglesia de San Ignacio del brazo del daddy, el arzobispo que nos coloca los anillos, demasiado olor a flores, no me siento bien, creo que me voy a desmayar, larga salida tomada del brazo de Jean Louis que saluda a derecha e izquierda, yo apenas sonrío.

De la fiesta en la casa de mis padres en Miguel Claro, que después me contaron que fue única, sólo guardo una bruma de colores y las risas y murmullos de muchas voces. De fondo, no escucho los boleros o mambos, sino, persistente, la melodía que compuso mi daddy especialmente para mi boda. Meses antes lo contemplé absorbido ensayando esta nueva creación que sería mi gran regalo de bodas, el que nunca olvidaría, aun ahora en mi vejez, allí está meciéndome con sus acordes melódicos e interrumpe el coro, porque también era coral, y surge el daddy inclinado en el piano y de pie, junto a él, Juan Orrego, el gran compositor, apoyándolo, criticándolo. Se trata de un motete, me explica el daddy, una composición que se canta en la iglesia con una y otra palabra de la escritura que yo intervine

- Perdónenme los evangelistas -, con mi declaración de amor por ti, mi despedida de la niña rebelde y triste que ahora se va. ¿Qué edad tenía el daddy, entonces? Un poco más de 50, 52, 53.

Bajo la ensoñación en que me tienen sumergida la cantidad de remedios o más bien drogas que me dan los médicos me pongo a releer los recortes de diarios antiguos y los apuntes que me entregó mi abuela Olga sobre su único hijo. Sí, porque el daddy nació en Valparaíso el 1 de agosto de 1899 y quisieron hacer de él un hombre arrogante. Imagínense, educado de niño en Eton; luego en Oxford, donde fue condiscípulo, ayudante y amigo del duque de Gales o, tan cercano a él que cuando estuvo en Chile se alojó en el palacio Edwards que había construido su padre en la Alameda; titulado de abogado en Londres y aprendiz en el Banco Morgan de París; heredero, además, de una inmensa fortuna.

Pero Agustín IV, el privilegiado, que debiera haber sido altanero, seguro de sí mismo, se caracteriza por ser un hombre tímido y reservado, que sólo parece feliz practicando algún deporte o tocando música. Su destino, sin embargo, no le permite más que en breves ocasiones - que él alarga escandalosamente - dedicarse a lo que ama: esquiar, jugar golf, correr en moto y auto, pilotear su propio avión, crear Farellones construyendo el primer refugio cordillero, edificar a orillas del lago Petrohué una lujosa cabaña, importar el primer jeep, coleccionar trenes en miniatura y dedicarse en las noches a componer música. En varios de esos quehaceres también aparece participando Chabela, su mujer, que pese a ser considerada una esposa infiel, goza con el espíritu aventurero de su marido.

No obstante, Agustín IV, como mencionan algunos recortes de prensa, no olvida del todo su misión de custodiar el patrimonio de la dinastía de los Edwards, pues tuvo el olfato de conectar las numerosas y diversas empresas en una sola matriz, que traspasó del capital británico a los intereses norteamericanos, dando así pie a la modernización económica futura. Durante el segundo gobierno de Ibáñez tuvo activa participación en el intento de detener la inflación descontrolada. Y bajo esa orientación contribuyó a que el Estado contratara la asesoría técnica de la misión norteamericana Klein Sacks, que logró frenar momentáneamente los precios. Agustín IV era contrario al poder del Estado en la dirección económica y atacó a través de numerosos editoriales a la CEPAL y la Facultad de Economía de la Universidad de Chile, por su inclinación izquierdista y populista. Él auspiciaba la privatización, la reducción del poder económico del Estado y asignaba al mercado un papel fundamental, siendo de los primeros en difundir el planteamiento neoliberal de las transnacionales.

Hoy día -medita Sonia tantos años después - pienso con estupor que mi daddy influyó en el éxito de la aplicación del modelo traído a Chile por los Chicago - Boys durante la dictadura. Leo y releo estos artículos y comentarios tan ordenadamente guardados por la abuela, pero yo los encuentro incompletos. Para mí ese daddy es un producto de la dinastía, pero el verdadero fue otra cosa que poco a poco he logrado entender. El libro que escribió mi abuelo Agustín 111 para su único hijo nadie lo menciona, pero para mí Aventura de Juan Esparraguito o el Niño casi legumbre, en que el daddy es el protagonista, encierra su auténtica alma, y es parte de los cuentos con que el daddy alimentó nuestra imaginación, revelando su frustración, la vida de sueños y fantasías en que se refugió. Mientras transcurre la primera etapa de mi vida de casada en París me llega un parte de matrimonio. Quien se casa es nada menos que Dunny, al que le agradaba tanto su soltería de joven rico. ¡Parece que por fin lo atraparon! La novia es Malú del Río, a la que recuerdo vagamente, pues formaba parte de las niñas de mi edad que frecuentábamos. Aunque con ese hermano no mantengo ninguna relación, tendré que asistir al evento; la familia no perdonaría mi ausencia.

Agustín ha tenido numerosas enamoradas. Es un seductor -exclaman varias mujeres de ese entonces -, nos llena de regalos, cosas que para el Chile de esa época son inalcanzables: tocadiscos último modelo, filmadoras, joyas, obsequios que siempre acompaña de ramos de flores, y nos invita a restaurantes con cenas exquisitas, a la luz de largas velas sostenidas por candelabros que terminan por encandilarnos.

La abuela Olga, un poco preocupada por el futuro de este nieto que será el representante de la dinastía, lo cita en el salón privado de su casona en Viña del Mar: debes sentar cabeza, Dunny, y casarte -le indica con voz autoritaria. Eso sí, elige con cuidado a tu próxima mujer, una niña de la sociedad, por supuesto, de familia tradicional conservadora y rica, que no persiga tu fortuna. Sé que eres un hombre criterioso y no cometerás el error de tu padre de embarcarte con la primera que se presente.

Dunny era muy amigo de las hijas de René del Río, que además de corredor de propiedades agrícolas había establecido las ferias ganaderas de Cauquenes, Rengo y Chimbarongo, y poseía un hermoso fundo con una casona colonial en la Sexta Región. Era casado con doña Zulema

Fernández y tenían varios vástagos. Ninguna de las tres hijas se había interesado mayormente por él, pero era cuestión de tiempo y de que usara sus dotes de conquistador. La que a él más le gustaba era Teresa, la segunda, la más bonita, coqueta y sensual, pero con ella se corría peligro, pues no representaba a la niña tranquila y dócil a la que se refería la abuela. En cambio, la tercera, Malú, parecía más juiciosa y tímida, claro que ella estaba enamorada de otro, pero don René, el padre, se oponía a esa relación. "Este joven demuestra demasiada inclinación por los buenos mostos; sin duda será un alcohólico, no permitiré que mi hija sufra esa desgracia -dictaminó don René -, y la autoridad paterna se impuso y la joven Malú debió romper su noviazgo. Aún apesadumbrada por esta desgracia, la decepcionada Malú cayó fácilmente en brazos del seductor y excelente partido que significaba este nuevo novio. Un mes después del asedio amoroso, Dunny llegó a su casa acompañado de sus padres en el majestuoso Alfa Romeo, que conducía un chofer de librea y guantes blancos, con el fin de formalizar el matrimonio. Dunny daba las indicaciones: aquí comienza el parque, pero la entrada a la casa es allí, doble a la derecha. Pero don Agustín, allí hay un prado de azucenas en flor -replicó el chofer. ¡Qué importancia tiene eso, pues hombre, pase usted por encima! -ordenó Dunny. ¿No pretenderá que mis padres caminen desde aquí hasta la entrada y se ensucien los zapatos? Y el Alfa Romeo avanzó implacable destrozando la colección de azucenas. Esa fue la anécdota que saboreó la sociedad del momento luego de que don René contara indignado cómo esos Edwards serían muy importantes, pero eran unos atropelladores. La boda se llevó a efecto en Viña del Mar en 1954 y la descendencia no tardó en llegar. La abuela suspiró satisfecha: las agustinas tienen para rato, nuestros bienes están asegurados. No puedo seguir dándome vueltas sin ton ni son por mi departamento. Mis hijos hacen rato se durmieron. La tierna y dulce Dominique - mi Dodó, como la llamamos -, es la niña modelo, nunca da que hacer, no llora de noche y come lo que le den. En cambio, Nicolás, el Nico, es el típico niño difícil que causa problemas por cualquier cosa, pero los dos son lindos, traviesos y muy sanos. Se supone que yo debiera sentirme totalmente realizada: tengo marido, he formado una familia y el dinero me sobra con la mesada que me pasa el daddy; no obstante, despierto cada día con una sensación de vacío, sin ganas de levantarme, todo lo que hago me parece sin sabor y Jean Louis es lo más insípido de todo. Lo peor es cuando -una vez por semana - decide hacerme el amor o cuando reclama porque considera que tiene poco dinero; entonces se pone insoportable, así que cuando me pide vender alguna pintura o mueble del departamento para tener más dinero líquido, yo asiento. Creo que tampoco es feliz y está harto de Chile, de mí, de los hijos.

Durante nuestra estadía en París con los dos niños pequeños lo pasamos bien. Volví a encontrarme con Isabel, mi amiga de la adolescencia, la que me enseñó a comunicarme con los animales, con la cual compartíamos secretos y ternuras un poco exageradas, pero que me producían bastante más placer que las de mi marido. París era una fiesta diaria: los cafés donde se discute, las canciones de Juliette Greco, las caves donde a la espera de la bomba atómica se bebe, se baila, se ama y se duerme. Mis dos hijos también parecen felices allí. Tienen una nounou encantadora y las mañanas se las dedico a ellos. Como mi departamento queda cerca del parque Monceau, vamos en general a pasear a él.

Al regresar a Chile toda la alegría se esfuma. No sé, no sé qué va a ser de mí. Una mañana descubro mi diploma de bachiller y decido que debo continuar mis estudios, todas mis compañeras del Manuel de Salas lo han hecho, ¿por qué yo no? Sin decirle nada a Jean Louis me inscribo en la Universidad de Chile, en la Facultad de Psicología, que acaba de abrir sus puertas. Deposito a mi hija Dodó en su primer día de clases, ella ingresa al colegio segura de sí misma, mientras que a mí me tiemblan las piernas cuando me dirijo a la sala que me ha sido asignada en la universidad.

En cuanto Sonia entra a la clase todos nos damos vuelta a mirarla, como que no pega en el curso, no es que fuera vestida rara, pero su ropa huele a pituca, sus jeans, su chaqueta de cuero, su chaleco de cachemira y hasta el poncho que trae puesto encima con el que trata de ocultar lo demás, pero asoman las botas de cuero auténtico, la gran cartera. Además es tan hermosa... Dos chiflidos acompañan su paso y se sienta en el último asiento. No levanta la vista. A pesar de ello, expresan sus compañeras Mariana Chadwick y Sonia Herrera, nos hicimos amigas. Sonia era enferma de timidez y se esforzaba mucho en estudiar, se compraba todos los libros indicados por los profesores y varios otros que adquiriría en la Librería Inglesa, exclusiva en textos extranjeros finos, fuera de nuestro alcance económico. No se encerraba en la biblioteca como nosotras, pero después los compartía y con su media lengua, porque se notaba su acento inglés, nos pedía una que otra explicación y subrayaba los libros con regla, le costaba el doble que a nosotras entender.

Marie Claire Delgueil, otra de sus compañeras de curso de origen francés, también casada y mamá de dos hijos, comprendió que tenían algunos rasgos en común, como el acento extranjero delator, y pasó a ser su consejera. Sonia invitaba a muchos de sus compañeros a Reñaca, a su parcela Las Moscas, y todos nos subíamos a su furgón, felices de compartir con ella las comodidades y belleza del entorno. La gran casa del Dunny quedaba al frente de la suya, rodeada de un parque, pero allí no entrábamos. ¡Qué bien lo pasábamos! Sonia era increíblemente generosa, sus tenidas de playa, sus abrigos, todo lo regalaba con cierta vergüenza, como pidiendo disculpas. También fuimos a su refugio en Farellones. Una hermosa casa en la cordillera, donde aprendimos a esquiar, aunque éramos unos torpes. Ninguno de nosotros había tenido la oportunidad de practicar ese deporte, sólo al alcance de los ricos. Ella se deslizaba por los faldeos de la cordillera con una tenida de blanco o más bien volaba como una gaviota, por encima de la nieve tan blanca como su figura. En las tardes nos metíamos al refugio y sentados alrededor de la inmensa chimenea saboreábamos tortas, pasteles y varias botellas de champagne. Mis padres andan de viaje, así que aprovechemos su ausencia -exclamaba con su risa contagiosa -, y los intrusos no nos hacíamos de rogar. Sonia está preocupada. Creo que pasaré con dificultad de año, me cuesta tanto retener lo esencial de los textos y se me arma toda una confusión de lo que explica el profesor. No sé qué sería de mí sin mis grandes amigas y ese compañero, Sergio Yuris, que dedica horas aclarándome lo sustancial de la materia. Por mí que todos vivieran conmigo, pero Jean Louis me grita: ¡para qué estudian las mujeres! ¡No soporto a esa tropa de indeseables con que te rodeas! Ayer me dio una bofetada que me dejó el ojo en tinta, tuve que ir a la universidad con anteojos negros para ocultar el moretón, pero Marie Claire lo descubrió y me aconsejó que me separara de Jean Louis; yo no me atrevo a decirle nada ni a contarle mis desventuras al daddy. Mi padre es cariñoso, pero distante, nunca me sentó en sus rodillas ni me acarició ni me besó. Debe haber sido la educación inglesa -pienso hoy -, pero estaba allí dispuesto a jugar con sus hijos cuando éramos pequeños y a enseñarnos deportes más adelante. Él es tan distinto a los demás papás de mis compañeras, el de Mariana, por ejemplo, don Tomás Chadwick, que se come a besos a sus hijos y que a pesar de ser de familia oligarca y de orientación derechista, pertenece al Partido Socialista y me explica los problemas que existen en Chile y las sucesivas huelgas que se han desatado contra el gobierno de Ibáñez por la inflación descontrolada.

Anoche dormí muy mal tratando de borrar de mi memoria la intempestiva muerte de mi querido daddy. Por primera vez, ahora que siento que mi vida se aproxima al final, el terrible pesar de esos días se deja caer. Al comienzo no quería aceptarlo, pero parece que la muerte llega cuando uno menos lo espera. El 6 de septiembre de 1956, cuando estaba en su oficina de El Mercurio sintió un dolor agudo en el pecho y poco después de su traslado a la clínica Santa María le dio un fulminante ataque cardíaco del cual falleció. En cuanto se supo de su muerte, el daddy fue llevado a su casa y de inmediato apareció tía Lala, que se ocupó de vestirlo con un terno sobrio y elegante, y hasta le colocó una corbata. Mientras juntaba las manos de él sobre su pecho, dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Nadie las advirtió, hasta que esas dos lágrimas se transformaron en cataratas; allí comprendí cuánto lo había amado. Después se retiró a un segundo plano y no se apartó de su marido durante las largas ceremonias, pues siempre supo guardar las apariencias.

Todo el velorio se realizó en casa de mis padres, en Vitacura. El Dunny estaba en Estados Unidos y llegó justo a tiempo para llevar el ataúd; la Chabela, mi abuela Olga, Robin, Marisol, Malú -que estaba nuevamente embarazada - y yo, recibimos las interminables condolencias de políticos, artistas, deportistas, trabajadores de las empresas de mi padre y hasta campesinos de sus fundos que se hicieron presentes. Rara vez -como me dijo con cierta extrañeza el director de El Mercurio, Rafael Maluenda - se habían visto junta una masa tan heterogénea. Es que tu padre, Sonia, era un hombre peculiar.

Es imposible describir el dolor, sólo sé que pasé horas encerrada en mi cuarto y que me llevaron a la rastra al fundo La Compañía, en Graneros, pues allí el Dunny explicaría a la familia sus planes en relación al patrimonio. En su condición de hijo mayor, él asumía, como lo habían hecho todos sus ancestros agustinas, la administración de la herencia. Agustín V, como se llamó desde entonces el Dunny, tomó la palabra y no la soltó más. Mi abuela y Chabela la viuda, inclinaban de tanto en tanto la cabeza asintiendo; Marisol, Robin y yo no abrimos la boca. Cada uno recibirá su mesada puntualmente -expresaba Dunny y si existe algún gasto imprevisto yo me haré cargo. Después de permanecer varios años en Estados Unidos tengo claro dónde está el enemigo y cómo debemos combatirlo. En ese instante yo no entendí bien a qué enemigo se refería, aunque si hubiera sido un poco más avispada podría haberme dado cuenta de que esos enanos rojos a los que hacía mención el Dunny cuando

Mencionaba a mis compañeros de universidad, alguna relación tenían con el temible enemigo al que aludían los americanos del norte.

Dicen que mi abuela no salió nunca más de su casa después de la muerte de su único hijo; también dicen que murió tranquila tres meses después, porque confiaba plenamente en que Agustín V sabría manejar la enorme herencia satisfactoriamente. Yo la visité poco, ¿de qué habría conversado con ella? Tampoco creo que Marisol o Robin fueran a verla, cada uno preocupado de su propio destino. Marisol estaba transformada en una belleza y cambiaba de pretendientes como de tenidas y los abortos se sucedían uno tras otros, secretamente, como era la costumbre en la clase adinerada. Robin era un artista y comenzaba a interesarse por la fotografía, que se convirtió a la larga en una pasión. La Chabela, después de vestirse de negro una semana, repartió toda la colección de juguetes del daddy entre los orfelinatos y sus diversos trajes de sport fueron rifados entre sus amigos artistas. Sólo su piano, su juguete preferido, permaneció en casa con las partituras apiladas en un mueble.

V

Regresé a la universidad entregada de lleno al estudio junto a mis compañeros. Conseguí pasar de curso y formar una pequeña biblioteca con textos en inglés y francés que prestaba a Mariana, a Marie Claire, a Sergio y a cualquier otro que los necesitara. A Jean Louis apenas lo veía, dormíamos en cuartos separados. Él se dedicaba a la importación de animales en la Sociedad Sometil y tenía un puesto remunerado como gerente de la Editorial Lord Cochrane, perteneciente a la familia, donde se imprimían Mampato, el Suplemento de El Mercurio, La Voz, calendarios, etiquetas y los cheques del Banco Edwards. De su vida privada no sabía nada y tampoco me interesaba averiguar detalles. Vuelvo a encender un cigarrillo, desde hace un año no dejo de fumar, dos o tres cajetillas diarias, es lo único que parece calmarme.

Durante una semana en todas las empresas de los Edwards los teléfonos de corta y larga distancia no dejan de repicar y los telegramas se apilan sobre el escritorio del nuevo jefe Agustín V. Apenas he depositado a mi padre en su tumba cuando estos incapaces no dejan de molestarme pidiéndome instrucciones, solicitando entrevistas, exigiendo mi presencia, como si hubiesen sido antes unos tarados -exclama Agustín V. ¡Calma, calma, señores, por ahora no despediré a nadie, pero seré implacable si no me satisfacen! Tantos llamados, tantas reverencias ante el nuevo patrón, algo deben sospechar, es que mi padre era tan confiado y poco despótico. Trato de revisar las empresas más importantes que ahora dependen de mí en este 1956, aunque no tenga claro en qué porcentaje y cuáles son exclusivamente mías. Aquí están, no sé si calificadas por orden de importancia o no y si todas tienen porvenir. Veamos: La Chilena Consolidada, Cervecerías Unidas, Indus Lever, Compañía de Navegación Interoceánica, Compañía Industrial, Sociedad Agrícola Rosa Sofruco, Compañía Agrícola Chilena, Aguas Minerales Cachantún, Compañía de Rentas La Porteña, Compañía de Inversiones Mobiliarias e Inmobiliarias Tierra Amarilla, Indus Stone S.A., Sociedad Pesquera Coloso, Financiera y Administradora Ibero Chilena, Sociedad Interamericana de Comercio S.A., Compañía Refinadora de Azúcar de Viña del Mar, Crav, Banco Edwards, El Mercurio, Compañía de Gas de Valparaíso, Línea de Buses, Línea Aérea Cinta, Radio Corporación, Sociedad Chilena de Publicaciones, El Mercurio de Antofagasta, La Estrella del Norte, El Mercurio de Calama, La Estrella de Iquique, La Prensa de Tocopilla, Empresa El Mercurio SAP, Las Últimas Noticias, La Segunda de Santiago, El Mercurio de Valparaíso y La Estrella de Valparaíso y Editorial Lord Cochrane, una veintena de revistas, más una infinidad de sociedades anónimas en las cuales soy dueño de la mayoría de las acciones. Lo que equivale - según me ha dicho el contador - al 8,2 por ciento del ingreso nacional y soy -según parece - el hombre más rico de Chile, pues la mayoría de la economía chilena es estatal. ¡Tamaño responsabilidad! Y yo que sólo me he preparado para el campo del periodismo o para coleccionar libros históricos, sobre todo los de viejas ediciones, o para esas otras pasiones que se han transformado en vicio, la botánica y ganadería, con su incalculable potencial de explotación.

Hay días en que Sonia amanece de buen humor, sonriente. ¡Qué bueno verla así!, le expresa la enfermera, mientras corre las cortinas de su cuarto. Es que pasé la noche junto a mi hermana Marisol, cuando se casaba con Santiago Lyon, joven muy del agrado de la familia.

Y la ceremonia... , no puede usted imaginarse, Betsy, cuán bella fue -le responde Sonia. La misa solemne que acompañó este acontecimiento, tal como el mío, se realizó en San Ignacio. Por favor, busque en ese cajón de la cómoda un sobre donde hay guardado un recorte de El Mercurio del 21 de febrero de 1957 y que comenta el acontecimiento. Sonia se sienta en la cama y lee en voz alta: "Una joven, casi adolescente, avanzaba por la nave central del templo, como un reflejo de claro de luna, del brazo de su hermano Agustín. Esta princesa de tez de jazmín, de ojos negros inmensos y misteriosos, a la cual la vida le brinda generosamente belleza física y moral, fortuna, amor y gracia, ilusiones que hacían acercarse al altar llena de ilusiones que se hacían realidad. Como algo celestial, al fondo del templo, se sienten voces que cantan un "Benedictus", compuesto por don Agustín, su padre, que dedicó especialmente al coro de la Universidad Católica, y que no alcanzó él mismo a escuchar. Permanecerá como un recuerdo inolvidable tanta perfección hecha toda ella de esplendor y de primavera en flor".

No obstante, intempestivamente este cuento de hadas al año se derrumba. La pareja, que espera a su primer hijo, decide pasar el verano siguiente de 1958 en el fundo Entrecruces de Curacautín, a varios kilómetros de Temuco. Marisol está embarazada de ocho meses, pero ella insiste en que quiere salir a caballo a dar una breve vuelta por el fundo. No galopes, le advierte Yaco, su marido, puede hacerte mal, pero ella es voluntariosa y adora sentir el viento contra su larga cabellera. Poco rato dura su deleite. Un campesino entra corriendo a la casona: la señora Marisol se ha desmayado, aquí la traen envuelta en una manta, parece que la criatura se ha adelantado, tiene una hemorragia, llamen inmediatamente a un médico. Pero el predio enclavado en plena cordillera de los Andes queda lejos de toda civilización; para encontrar alguna asistencia calificada hay que atravesar el lago y Marisol está cada vez más pálida y las contracciones se suceden una tras otra. La avioneta que podría haberla trasladado de Temuco a Santiago tampoco llega. El parto se produce en precarias condiciones, el niño nace vivo, pero Marisol muere desangrada pocos minutos después. Los periódicos del 17 de febrero de 1958 informan: "Al mediodía de hoy llegarán por vía aérea de Temuco los restos de la señora Marisol Edwards de Lyon. A las 12.30 horas se efectuará una misa por el eterno descanso de su alma en la casa habitación de la familia Edwards, Américo Vespucio 1768 y los funerales se realizarán a las 15 horas en el Cementerio General". Nadie logra entenderlo: Marisol, una mujer joven, en la plenitud de la vida, sana, y de las niñas más ricas del país, muere como una campesina cualquiera carente de recursos. Es inverosímil. Por supuesto los comentarios hostiles también llegaron a mis oídos. "Ella quiso suicidarse, era una mujer insatisfecha, por eso se puso a galopar como loca, sabía que así sobrevendría una tragedia"; "fueron los sucesivos abortos, varios hechos por manos inexpertas, el útero estaba maltrecho, se reventó". No creo, no creo sostengo -, fue simplemente el destino.

No sé qué habría sido de mí en esos momentos si mis amigos de la universidad no hubiesen estado a mi lado día y noche. La muerte es implacable y no privilegia a los ricos y poderosos - me dice Sergio mientras acaricia mi mano. Anda a ver al niño Yaco, dale cariño, cuidalo - agrega Mariana- y yo parto al hospital, lo saco de su cuna y lo aprieto contra mi pecho y lo cubro de besos. Estuvo varios días en incubadora en la clínica Santa María, pero ahora está fuera de peligro, lo coloco nuevamente en su lecho, lo mezo suavemente. ¿Seré capaz de reemplazar a la madre ausente? Lo intentaré, pero me siento tan incapaz... Llega Yaco, el padre, se sienta al otro lado de la cuna, me observa con la mirada un poco perdida, ausente. Es tan joven e inexperto. ¿Por qué tendría que morirse Marisol?

Despierta a Dodó y Nico -me ordena el Dunny -, y tú vístete inmediatamente y arregla una maleta con lo estrictamente necesario porque debes permanecer escondida con los niños por algunos días. No metas ruido, supongo que tu marido está durmiendo, no debes despertarlo, silencio por favor. Hoy tenga que dar un examen en el Pedagógico, no puedo le contesto. ¿Qué examen, ni qué perro muerto!, están sucediendo cosas muy graves, pueden quitarte a los niños y llevárselos a Europa. No entiendo, no entiendo. Pero el Dunny es implacable y yo nunca he sabido decirle no. Saco a los niños de sus camas, los envuelvo en una frazada. Son sólo las seis de la mañana y hace frío. Subimos los cuatro al auto de Dunny y el chofer parte raudo hacia un lugar desconocido. Trato de que mi hermano me explique algo, pero permanece mudo: es por tu bien y el de los niños, Sonia, tú sabes que yo siempre velaré por la familia. Los niños vuelven a dormirse, yo me acurruco junto a ellos en el asiento trasero. Dunny va sentado junto al chofer y le indica la ruta. Después de unas dos horas de viaje llegamos a una casa en el campo. Entramos, aparece una sirvienta con una gran sonrisa: pasen, pasen, qué niños más lindos, les tengo preparado el desayuno, pero instálense,

Aquí está el dormitorio de los pequeños; usted, señora, en el cuarto principal, estoy a sus órdenes. Miro desesperada a Dunny. Él me entrega un documento donde aparece mi firma junto a la de Jean Louis. Supongo -dice el Dunny - que esta no es tu firma. Yo la miro y la encuentro muy parecida y se lo digo al Dunny. No seas tonta, Sonia, ¿no ves que te la falsificaron? Firma aquí de inmediato si quieres conservar a tus hijos. Yo me pongo a llorar y firmo donde me indica mi hermano, él sabe más de esas cosas que yo. Deja de llorar -me contesta irritado - y pon la radio, van a dar las noticias matinales y aquí te dejo los periódicos, comprenderás todo y no se te vaya a ocurrir salir de los límites del parque ni llamar a nadie por teléfono; por lo demás, ya corté la línea telefónica por si acaso. Tienes tres sirvientes para que te atiendan a ti y los niños, y la despensa está repleta de comestibles. Debo irme. Y se fue.

Pongo la radio Minería, escucho la voz del locutor: "Daremos ahora cuenta del mayor escándalo social del año", según se ha destapado por el diario comunista El Siglo de ayer. 'Gran lío familiar remece cimientos del clan Edwards, uno de ellos caerá mañana en prisión.' Ayer, como ustedes saben, estimados oyentes, era 28 de diciembre, día de los Inocentes, y todos creímos que esa noticia era falsa, producto de alguna jugarreta de los periodistas; pero desgraciadamente hemos podido comprobar que todo es verdad y que el escándalo ha adquirido proporciones inusitadas. Ustedes seguramente recordarán que hace nueve años la rica y bella Sonia Edwards, hermana del conocido empresario Agustín, desposó al conde Jean Louis Berthet en una ceremonia en la iglesia de San Ignacio que dio mucho que hablar en la prensa social de la época; pues bien, este mismo conde fue llevado hoy a las nueve de la mañana desde su departamento en Banderas 58 esposado a la Cárcel Pública, donde permanece incomunicado. Tratamos de contactar a algunas de las sirvientes del departamento del matrimonio Berthet Edwards. Ema Rosa, la más antigua de las cuatro empleadas, nos dice: 'El patrón no está, la señora se llevó a los niños al amanecer, el mismo día en que cayó preso el patrón, no sé nada más'. Sacamos por conclusión que la noticia de El Siglo es verídica y partimos a la cárcel para inquirir datos. Allí nos confirman la incomunicación, pero por un azar ubicamos en el patio a un conocido, el dueño del café Villarreal, que alcanzó a hablar unas palabras con el conde Berthet, pues habían sido trasladados en el mismo carro celular. Él nos dice: 'estaba demacrado, abatido y desmoralizado'. Berthet replica: 'Esto es una calumnia, me acusan de haber falsificado la firma de mi señora y de querer raptarme a mis hijos y enviarlos a Francia'. 'Desgraciadamente no pudimos continuar hablando', nos señala nuestro informante. En el próximo boletín informativo daremos mayores antecedentes sobre este caso que está conmocionando a la opinión pública". Permanezco atónita.

Es cierto que estos últimos días hablamos varias veces con Jean Louis de una posible separación y él quería hacer un viaje corto a París para reflexionar y decidir con calma sobre esto. No creo que quisiera raptarse a los niños y lo de falsificarme una firma, no sé, realmente no sé.

Sin duda este escándalo sirvió para polarizar a través de la prensa a los partidarios y contrarios al gobierno, que se demostraba indeciso en aplacar el descontento popular en vísperas de la elección parlamentaria en la cual Alessandri perdió su mayoría legislativa. Cinco días permaneció incomunicado el conde Jean Louis Berthet en un sórdido calabozo de la galería 1 de la Cárcel Pública, donde pasó la Navidad alimentándose con los dedos en una escudilla en la que un vigilante le vertía su comida como al peor de los delincuentes. Sonia pasaba los días pegada a la emisión de los comentarios que entregaba por la radio un grupo de periodistas, entre otros Hernán Millas, en "Entretelones", que dio a conocer una entrevista a Jean Louis Berthet. "He logrado después de muchas dificultades conversar frente a frente con el conde, este parisino de 37 años, graduado en la Facultad de Derecho de la Universidad de París, que peleó bajo la Cruz de Lorena del general De Gaulle y que fue secretario del banquero barón Edmund de Rothchild, a quien derrotó ante el corazón de Sonia hace nueve años, celebrándose la que fuera la boda social del año. Le ruego, señor Berthet le explique usted a los auditores, ¿por qué fue encarcelado?" "Todo esto es producto de una calumnia que califico como una atroz experiencia armada a mis espaldas. Confieso que con mi esposa no todo era miel sobre hojuelas, existían las desavenencias comunes de todos los hogares y le propuse hacer un breve viaje a Francia para ver las cosas con calma; pensamos que una corta separación nos serviría a los dos. Esto no era un secreto, incluso le mostré el pasaporte. Parece que a su hermano Agustín le asustó que podía llevarme a los niños. Según la ley francesa yo tengo su potestad. Estaba equivocado, pues yo deseaba que, en caso de separarnos, los niños estuvieran un tiempo con su madre y otro con su padre, de común acuerdo o según lo resolviera un juez. El día 21 un notario me llamó para decirme que el

Banco Edwards me había protestado una letra por 37 millones de pesos. No podía creerlo. Llamé al personal del banco, que estaba cerrado, y me encontré con una sorpresa. El día anterior habían cambiado a los jefes. Salí para ir al banco, pero a la puerta del edificio me detuvieron los agentes y me llevaron a la cárcel. Todo fue una maquinación para que yo perdiera la potestad de mis hijos y en la cárcel me dijeron que si yo renunciaba a ellos y me iba de Chile la querrela sería retirada en el acto. Me casé con separación de bienes y además tengo una buena situación económica, no soy un conde arruinado. Mi cuñado Robin me comunicó, además, que había quedado cesante como gerente de la Editorial Lord Cochrane por caducidad de contrato, por haber faltado dos días al trabajo sin previo aviso. Ellos mismos me mandaron a la cárcel y para hacer más burda la acción me despiden."

Ante esta grave situación, Jean Louis Berthet decidió defenderse judicialmente. Su hermano Pierre llegó de París y contrató a cuatro eminentes abogados: Jovino Novoa, Sergio Cruz, Enrique Montero y Malaquías Concha. El abogado querellante, Eduardo Novoa Monreal, sostenía: "la cliente del banco, señora Sonia Edwards, niega haber firmado una letra de garantía, pues al mostrarle el documento expresó que aunque la firma es parecida, tal vez fue copiada. El banco contrató los servicios del perito Lautaro Téllez, su informe fue concluyente: la firma es falsificada. Berthet, ante el juez replicó: 'la firma es auténtica, para qué iba a falsificar la firma a mi propia esposa si el banco es de su familia y ella lo habría sabido a las pocas horas'. Los abogados defensores en su descargo agregaron: "Esto es una argucia para que Berthet pierda la potestad de sus dos hijos, pues al existir un proceso está inhabilitado para poseer la custodia de los niños".

Hoy llegó a buscarme el chofer del Dunny, pues debía presentarme ante el juzgado, a declarar. Me puse muy nerviosa y creo que entré en contradicciones. María Victoria Morales, que en esa época trabajaba en el departamento de peritos caligráficos, cuenta: "Entré a la oficina una señora joven que llamaba la atención por su belleza despampanante, estaba nerviosa y decía no recordar si había firmado el documento o no, le mostramos la firma, que parecía temblorosa y poco clara, se la hicimos repetir varias veces: acostada, de pie, con luz y a oscuras. Es que esa noche en que le pasé el documento -nos insiste más adelante Berthet- llegó tarde al departamento y bastante bebida. Eso era imposible repetirlo, pero la firma parecía auténtica y así lo estampamos ante el juez". Después fui al juzgado de menores, en que también estaba citada por la tuición de los niños. Al regresar compré toda la prensa. Es increíble la importancia pública que le han dado a un hecho familiar. Aparezco en numerosas fotos con Jean Louis y los ataques en contra de los Edwards, especialmente contra Agustín, son muy fuertes; menos mal que no saben dónde estoy. ¡En qué irá a terminar todo este escándalo!

Por la radio y los periódicos continúa el debate y la izquierda no pierde la ocasión para herir a la todopoderosa dinastía a través de las numerosas declaraciones del acusado, también de alta alcurnia y con las mismas ideas políticas del adversario, en que saca los trapitos sucios al sol de la clase alta. ¡Qué mejor oportunidad para una izquierda resentida de ridiculizar a su adversario! Y el conde Berthet -chivo expiatorio - se cuelga ansioso en su desesperación para este juego político contrario a sus intereses íntimos de trepador a una clase económica que representa sus ideales. Días después aparece otra declaración del susodicho: "El Banco Edwards se prestó para esta maquinación. Cómo no, si el presidente del banco es tío de mi mujer, mientras su hermano es el propietario de El Mercurio y desempeña la vicepresidencia. Los desenmascararé uno por uno, a esta gente que quiere hacer su ley y olvida que en Chile no estamos en la Edad Media y tenemos justicia. Yo no ataco, me limito a defenderme".

Y el juicio que semanas antes parecía haberse inclinado decididamente a favor de los Edwards toma ahora un nuevo giro. Sonia es denunciada por abandono de hogar en compañía de los dos menores y algunos meses después la Quinta Sala de la Corte de Apelaciones dictamina: P El informe del perito Lautaro Téllez no reúne los requisitos para ser considerados como prueba de falsificación. 2° Sonia Edwards, cuya firma se dice falsificada, declara que está confundida en relación al hecho. Y La misma Sonia Edwards declara no tiene cómo fundar su opinión. 4° Tales antecedentes no conducen a la comprobación de hechos delictuales. 5° Se declara que Jean Louis Berthet de Surmont no es por ahora reo en esta causa. Como consecuencia de esta sentencia la jueza de Menores Elena Inanes le entrega la tuición de los menores Dominique y Nicolás Berthet Edwards a su padre, por abandono del hogar de la madre Sonia Edwards Eastman. Jean Louis, triunfante, parte de vacaciones a Reñaca con sus dos hijos. Sonia, encerrada en su cuarto, llora desconsoladamente. Sin embargo, dos semanas más tarde Jean Louis deposita a sus dos pequeños en el departamento y parte a Francia. Te dije que no te desesperaras -exclama con cierto sarcasmo Agustín V -, yo sé cómo manipular a

Los sinvergüenzas. Espero que los niños no sepan de este triste episodio, para ellos este padre se murió y tú, Sonia, no debes permitir que tomen nunca contacto con él. En ese entonces no averigüé en qué consistía la manipulación a la que se refería Dunny, aunque supuse que algo tenía que ver el poder del dinero que -según mi hermano - era capaz de comprarlo todo. Teresa, la hermana de Malú, lleva algunos años casada con un arquitecto. Ahora está desconcertada, angustiada. No pienso más que en Agustín, ahora comprendo que me equivoqué, no debí haberlo rechazado cuando era soltera, pero ahora es tarde, elegí a otro y él se casó, y nada menos que con mi hermana. Teresa quisiera irse al extranjero, donde no tuviera que sufrir el asedio de Agustín, el seductor Dunny. No verlo más para que quizás así esa atracción que se está transformando en pasión se aquiete y pase al olvido. Pero Dunny no facilita las cosas y el escándalo del que habla Teresa le suena a ridiculez de niña criada en las monjas. Y las flores y perfumes y los besos furtivos y las caricias a escondidas se suceden y la pasión crece y la relación entre ambos se hace tan evidente que los murmullos sociales aumentan. Mi marido se va a dar cuenta, Dunny, creo que es mejor que terminemos, no quiero perderlo a él y tampoco deseo hacer sufrir a mi hermana, menos ahora que está embarazada. No seas tonta -le replica Agustín -, a tu marido lo acabo de nombrar arquitecto de las nuevas construcciones que emprenderemos y eso es demasiado cautivante para un arquitecto talentoso y sin trabajo; se dedicará a dibujar estos nuevos edificios y no le hará caso al intrigante que le sople alguna maledicencia, no te preocupes. Y respecto a Malú, ¿desde cuándo te bajó tanta preocupación por ella? Tú nunca has tenido escrúpulos de este tipo y, ya sabes, tu hermanita es ante todo maternal y este nuevo embarazo la tiene fascinada y a mí también, tendré muchos hijos y seré un excelente marido, a mi manera. No te sonrías, por favor, si me cayó encima el becerro de oro, que sirva para hacer felices a muchos, siempre que sepan aceptar las condiciones que yo, el dueño de tan brillante animal, les imponga. Te amo, te adoro más que a cualquier otra mujer que ha sido mía y no pocas lo han sido. Teresa escucha asombrada el discurso de su amado; es un cínico, un amoral, pero no por eso, o tal vez por eso, sus caricias me parecen más fascinantes. Estoy loca por él y él juega conmigo como lo hará con varias de mis amigas, lo presiento, aunque conmigo la relación será larga, mucho más larga que con las demás, pues yo en cierta manera me parezco a él, lo sé; pero, pese a que cierro los ojos sin querer imaginármelo en brazos de otra, el maldito me hace sufrir.

¡Ay, Sonia, poco a poco te sientes mejor! Si ahora camino sin bastón y hasta he dado una vuelta a caballo por los cerros. Lo más importante es que las pesadillas se han transformado en sueños alegres; debe ser el comienzo de la primavera, la parcela que huele a fecundidad, los ciruelos en flor.

Yo también parezco renacer, he engordado algunos kilos y mis mejillas lucen rojas como dos cerezas corazón de paloma, como me dice Sergio, mi compañero mateo que me ama en secreto, pero que nunca será mi novio. ¡Jamás -me dijo hace años-, yo nunca podría contentarte ni tú a mí, fuimos criados de modo opuesto!

Cierro los ojos, me dejo ir. ¡He terminado mis estudios! ¡Soy toda una profesional! Mis compañeros me abrazan eufóricos. Algunos partirán al extranjero para perfeccionarse, Mariana se casa y se va a vivir a París con su flamante marido, otros ya han conseguido trabajo. Pero antes, como despedida, los he invitado a todos a Las Moscas. Las estadias en la casa junto al mar de Sonia eran una fantasía -recuerda Mariana, muchos años después. Ella abría y abría maletas llenas de ropa, una con bikinis italianos, franceses, tomen -decía -, son todos de ustedes, yo tengo demasiados. Se sentía mal de tener tanto y si algún objeto fino de su casa se rompía estallaba en carcajadas, ¡eso trae buena suerte! -aseguraba. No sé por qué, pero me ha costado mucho encontrar trabajo. Como pasan los meses y nada, voy a ofrecerme de ayudante a la Clínica Psiquiátrica Universitaria. No me paguen sueldo -le digo al director -, estoy dispuesta a realizar cualquier tarea, lo que usted disponga. Y parece que tanta facilidad gratuita me abre las puertas, pues desde la próxima semana estaré dedicada a hacer unos tests de evaluación a los enfermos recién llegados. Pasan los días, llego puntual y me quedo hasta tarde, los enfermos parecen aceptarme, pero ningún médico me dirige la palabra. Un día, por fin, se sienta a mi lado, en el patio, una de las doctoras más prestigiadas de allí, Vilma Armengol, y al poco rato siento que tendré una amiga.

La tal Sonia Edwards que considerábamos que había entrado al hospital no por sus méritos, sino que por presiones del poderoso clan al que pertenecía no era más que una joven insegura, afanada en hacer su trabajo correctamente, con su traje sastre impecable, sin duda de procedencia inglesa, con sus zapatos italianos y esa mirada de animalito a maltraer que me miraba fijamente como si yo fuera algo lejos de su alcance. Sentí que estaba tan

Agradecida por acercarme a ella, sus manos estrechaban las mías, estaba tan ávida de ternura. ¿Vendría a cenar a mi casa con otros colegas, podremos intercambiar ideas?, ¿qué le parece el viernes próximo? Yo, que no soy doctora, sino una simple psicóloga sin ninguna experiencia, ¿no les caeré mal? No, cómo se le ocurre; la espero, entonces, a las nueve en punto. Y así fue como gracias a la doctora Vilma pude crecer en conocimientos y saber sobre los tratamientos que ella y otros médicos consideraban apropiados para estos seres perdidos. Al año siguiente me encargaron los enfermos del patio 9, lugar donde yacían los pacientes crónicos y abandonados. A fines de ese mismo año recibí una invitación de una universidad soviética para participar en un congreso; volví a Chile sorprendida de la apertura que existía en ese país con respecto a los enfermos mentales, y así lo manifesté en un artículo de El Mercurio.

Algo inesperado y maravilloso acaba de sucederme. Conocí a un psicólogo, Alfredo Carmona, un moreno más alto que yo que me echó unas miradas que hacía tiempo había olvidado. Después de tantos años de castidad siento que todo mi ser comienza a vibrar. Terminó a los pocos días en sus brazos y por primera vez comprendo el éxtasis que significa el sexo. Nuestros encuentros de día y de noche son cada vez más apasionados y se convierten en un delirio difícil de describir. Eso, hasta hace una semana, en que me di cuenta de que estaba embarazada. Yo tengo la culpa, lo sé, pues no tomé ninguna precaución, como ya tengo cerca de 40 años creí que eso no era posible. Tendré que decírselo, porque yo a este niño quiero conservarlo, es el producto de una pasión, tiene el derecho de vivir, pero no me atrevo a darle la noticia a Alfredo. ¿Qué dirá él?, ¿estará preparado para establecer una relación más formal?

Se lo dije ayer, estaba consternado. Dentro de mis planes no existe, por ahora, la intención de ser padre, tú sabes - me dijo - que no tengo una buena situación económica y que tu familia, que es de otra alcurnia, no aceptará jamás que me case contigo. No he pensado en casarme -le contesté-, sólo quiero que me digas que estás feliz y que este retoño será reconocido como tu hijo. Debes abortar, Sonia, estás comenzando tu carrera y yo debo darme a conocer como profesional, ganar más dinero, después veremos. Fue como si me echara un balde de agua encima, estaba desolada. Yo, que creía que por fin había encontrado al hombre ideal, al que sería mi compañero por toda la vida... No quiero verte nunca más, serás como una fantasía, un sueño irrealizable, ándate, le contesté. Él quiso abrazarme, yo lo rechacé bruscamente. Piénsalo con calma, Sonia, y te darás cuenta de que tengo razón. No sabrás nunca más de mí ni de este niño que será mío y que no tendrá nunca nada que ver contigo. Ahora estoy en mi casita de Las Moscas y lo he pensado mucho y mientras más lo pienso más irreversible se torna mi decisión. Continuaré con mi trabajo en el Hospital Psiquiátrico y no le contaré a nadie mi secreto, después veré cómo me las arreglo. Mi embarazo ha transcurrido tranquilo, tengo cinco meses y mi única preocupación es la mirada inquisidora que me echó ayer el Dunny cuando fui a entregarle las actas que firmo sobre el consejo que se realiza mensualmente en El Mercurio y el recibo del dinero de la mensualidad. No lo había visto desde hacía meses. Su mirada fue escudriñadora y sus palabras -me parece que has engordado - sonaron inquietantes. No me atrevo a contarle nada, espero que no se escandalice, ya soy una persona mayor con derecho a su privacidad. He pedido permiso por un año en mi trabajo y como no es remunerado me lo concedieron de inmediato.

¡Qué ingenua soy! Mi familia está indignada y aquí me tienen sentada en el living de la casa de Dunny, en una especie de tribunal de honor presidido por mi hermano que hasta capa se ha puesto, no sé si por su educación inglesa o para impresionar. Están también la Chabela, que acaba de llegar de una gira por Marruecos y desde su llegada no se ha quitado esa túnica de colores propios de ese país, y mi bello y desgarbado hermano menor, Robin, que me echa algunas miradas compasivas de cierta complicidad, creo yo. A las nueras o yernos no los invitaron, considerando que se trataba de un tema demasiado íntimo y vergonzoso. Después de un cierto silencio tomó la palabra el jefe de la dinastía. No sé por qué volví a revivir una situación parecida de hace más de 20 años atrás, cuando la familia decidió separarme de mi primer amor, faltaban eso sí la abuela y el daddy, pero dos sillas vacías indicaban que estaban presentes. Como les advertí por teléfono -comenzó el Dunny - esta reunión debe permanecer en el mayor secreto, entre nosotros y nadie más. Sonia, que parece no madurar nunca, ha cometido una gran tontería que puede arrastrarnos a otro escándalo público como el que padecemos por su divorcio y en que nuestros enemigos aprovecharon para denigrarnos política y económicamente. Me sentí mal, pues lo cierto es que nunca había pensado que mi embarazo causara algún perjuicio de esa envergadura a la familia. Como ustedes se habrán dado cuenta -prosiguió Dunny -, Sonia está embarazada. ¿Y quién es el feliz causante? -

interrumpió Robin. ¡Cállate, por favor! - Le gritó Agustín -, este no es momento para bromas de mal gusto. Pues quién va a ser -continuó -, un izquierdista de poca monta, de esos que le gustan a nuestra hermanita, y que no quiere, por supuesto, asumir su responsabilidad, y si lo hiciera sería para peor pues nos daría vergüenza presentarlo: un roto de la última, hijo de un obrero de la Papelera, de ideas subversivas, contrario a todos nuestros principios. Sonia - agregó la Chabela, tomando una actitud de madre que no le corresponde, además a ella le encantan los rotos, como los denomina Dunny -, no puedo creer que a estas alturas de tu vida quieras tener un hijo; estás en la plenitud de la existencia, me parece que un buen ginecólogo sería capaz de producirte un aborto, aunque lo ideal es antes de los cuatro meses. Ni pensarlo, agregó Dunny, esta imbécil dejó pasar demasiado tiempo, de seis meses sería muy arriesgado. Si dejé pasar el tiempo es porque en este momento lo que más deseo es ser madre -contesté clavándoles los ojos. Los tres movieron la cabeza, incrédulos. Siempre has hecho tu voluntad, pero creo que se te pasó la raya, ¿no te das cuenta del pelambre general que causaría un hecho como este? Un huacho y de la requete conocida Sonia Edwards; ya me imagino las risitas sarcásticas de la sociedad y el repudio general de la familia. Siglos nos ha costado ser lo que somos para que con una tontería como esta eches a perder nuestro prestigio ganado con el sudor de tus antepasados. Debes partir a Inglaterra, donde nadie sabrá de esta vergüenza. Puede acompañarte Susana, mi mujer -agregó Robin -; con ella te llevas bien. Y yo estaré presente en el parto -añadió la Chabela -, allí estarás atendida en el mejor hospital, no queremos que te pase lo mismo que a Marisol. A mí no me dejaron opinar. Dentro de una semana partiré a Londres y de mis niños se hará cargo la nurse, en casa de Chabela.

He pasado tranquila estos últimos meses de embarazo en Londres y como la fecha se aproxima se hicieron presente el Dunny y la Chabela. De lo que pasó después no quiero acordarme y se ha vuelto irreal. Lo que no se borra de mi memoria es la presencia del Dunny cuando regresé de la sala del parto a mi cama del hospital. Lo estoy viendo: me toma la mano, me la acaricia con afecto, no puedo creerlo. ¿Y al niño, por qué no me lo traen?, logro balbucear. Estuviste muy mal -me contesta - fue un parto difícil, nació una mujercita, creo que es mejor que no la veas, pues hemos decidido darla en adopción, no estás en condiciones de criarla, debes reponerte. Quiero gritar, rechazar la oferta, pero me siento tan débil y la mano de Dunny se ha transformado en una tenaza que me hace mal, que me da miedo. Me dan escalofríos, me pongo a temblar, llaman a la enfermera, me coloca una inyección. Grito, grito, pero nadie acude, me han dejado sola. Ahora de vieja también grito, pero parece que mi alarido debe ser interior y se queda pegado a mis entrañas, porque tampoco llega nadie a socorrerme.

Mariana, un día cualquiera, escucha desde la calle una voz que le parece conocida: ¡Mariana, Mariana! Me asomo a la ventana y de pie en la vereda veo a mi amiga de la universidad, Sonia. Han pasado años desde que me fui de Chile y ejerzo mi profesión en París. ¡Sube, sube!, exclamo, y un estrecho abrazo sella esta amistad. La encuentro tan linda como antes, quizás un poco más delgada, pero aquí está la Sonia, fumando un cigarrillo tras otro, tierna, cariñosa. Recorremos París, visitamos museos, asistimos a conciertos. De su largo período en Londres apenas me cuenta algo, de su embarazo y el nacimiento de la hija, nada, sólo años después supe lo que había sucedido. Una tarde me contó que se había visto con su hermano y que él le había regalado un pasaje para hacer una gira por las islas griegas. Partiré mañana - dijo-, creo que será un viaje interesante, ¿no quieres acompañarme, Mariana?, yo te invito. Lo siento -le contesté-, pero los niños están todavía pequeños, tengo mi trabajo y un marido. ¡Qué lastima! -exclamó, se puso triste y no habló más. ¡Cómo iba a imaginarme la tragedia que recientemente le había caído encima!

VI

Me llamo Gloria, le dije como presentación a mi vecino, el todopoderoso Agustín, con el que me encontré hoy por casualidad. Yo había salido temprano a caballo y sin darme cuenta, o más bien por atrevimiento o curiosidad, salté la cerca y pasé galopando a su fundo y allí estaba él montado en una yegua de raza fina color azabache. Pocas veces había visto un

animal tan hermoso, lo cierto es que me fijé más en la bestia que en su jinete. Él se detuvo con brusquedad y se acercó lentamente a mí. Creí ver una aparición, una niña tan bella no puede ser terrenal -murmuró el caballero de jeans y largo poncho mientras alzaba levemente su sombrero alón. No sé si la yegua azabache se sintió postergada ante un rival, pero el hecho es que dio un salto y sus patas anteriores se elevaron y casi lo derriban. ¡Concha de tu madre, yegua atrevida, puta caliente! ¿qué te has imaginado, Daisy, que eres la única, que te voy a ser fiel? Y el fino caballero, el príncipe encantado perdió su color ambarino y se puso rojo y hasta espuma salió de su boca, aunque creo estoy confundiendo el hocico de Daisy con el del príncipe. El hecho es que unos buenos huascazos y espolones hirientes devolvieron la calma a la hembra celosa y caminamos un buen trecho en amena conversación.

Así que usted es la vecina del lado izquierdo. Esa misma -contesté tímidamente. Su padre murió hace unos años y a su madre se la llevó un cáncer fulminante, tampoco tiene hermanos, no sabe -agregó el singular acompañante - cuánto la envidio: tener madre es la peor maldición que debe soportar un ser humano. Yo adoré a la mía, no sabe cuánta falta me hace, sobre todo en las noches cuando no logro dormir. Antes yo corría a su cuarto, me metía en su cama y abrazada a ella caía en un profundo sueño -le contesté muy choqueada. Madre, mamá, para mí y mis hermanos no fue más que la Chabela, una loca de piernas abiertas que aun ahora me cuesta controlar, pero hablemos de cosas más agradables, como de la dicha de encontrar a esta pequeña ninfa de los bosques, ¿qué le parece que este sátiro sea su amigo? Debo regresar, pronto va a oscurecer y van a preocuparse por mi tardanza. Está bien, pero mañana la invito a mi casa, diga que sí, me hará muy feliz. Yo estaba desconcertada, este nuevo galán no me atraía, demasiado alto, con varios kilos de más, con las mejillas caídas, pero su voz y esa mirada, entre azul y gris, me perturbaban. Le dije que sí a sabiendas de que la curiosidad por conocer la más grande y hermosa casa de la región, la réplica exacta de la de Vivian Leigh en Lo que el viento se llevó significaba demasiado para una niña de sólo 17 años recién cumplidos.

La casa o más bien dicho la mansión de ese desconcertante Agustín, Dunny, como le dicen, sobrepasó todo lo imaginado. Desde el parque, que parece una selva llena de árboles, lirios de diversos colores, flores desconocidas y pequeños miradores ocultos, hasta la laguna con sus aves acuáticas y nenúfares. Yo creía que algo así no podía existir y era sólo producto de mis sueños, pero allí estaba y las caídas de agua y los cantos de las aves me tenían trastornada. Agustín, indiferente ante mi asombro, se limitaba a dar órdenes al paisajista y botánico, un japonés, creo, traído especialmente a su predio para diseñar y hacerse cargo de reproducir todas esas flores, arbustos y árboles exóticos que se mezclaban con la flora autóctona de la región. Agustín tocaba las hojas con suavidad, cortaba una flor y la aspiraba, advertía si un arbusto no estaba creciendo con fuerza, señalando que había que abonarlo. Su enfrentamiento con la naturaleza era como el de un padre hacia sus hijos o de un amante hacia el ser adorado.

Llegó la hora del té y entramos a la casona de estilo; había .irlos invitados, toda gente mayor que yo, hombres de voces fuertes, mujeres elegantes y la dueña de casa, que sin ser precisamente bonita, tenía estilo, era delgada, vestía sobriamente y sobresalía por sus modales de gran dama. El five o'clock-tea, acompañado por scones, torta y diferentes mermeladas, me pareció muy distinto a los que yo acostumbrada tomar. Me sentí como pájaro raro y no hallaba la hora de irme. Dunny conversaba animadamente con su gran amigo René Silva Espejo, le pareció que las mujeres compartían secretos y los hombres hablaban de negocios y cuchicheaban entre sí. Ella es Gloria dijo como presentación Dunny - yes hija de nuestro vecino, el allano que murió hace unos años. Ah, dijeron todos y nadie le dirigió la palabra, sólo me pareció que la mujer del presiden-de Ladeco, una morena atrayente, que me cayó de inmediato mal, murmuró algo desagradable que no logré escuchar. Debo, regresar antes de que oscurezca -anuncié levantándome. Yo la acompañaré hasta el portón de su casa -agregó Agustín - para que llegue sana y salva.

Al retirarnos sentí que varias miradas, entre maliciosas e insinuantes, se clavaban en mí. Pero el Dunny, como si nada. Tras cerrar la puerta me sugirió que fuéramos a contemplar la vista el atardecer sobre el río Toltén, es algo maravilloso, ya verás ahora me tuteaba. Y sí, lo era, ese río de aguas claras y torrentosas que se perdía en la selva., sólo me inquietaba el brazo de Agustín que rodeaba mi cintura y sus manos que se deslizaban suavemente por mi cuerpo. Basta -le dije -, debo volver. Nos veremos en Santiago. Estaré muy ocupada, voy a entrar a la universidad, quiero estudiar filosofía. Supongo que no habrás elegido la Universidad de Chile, allí te harán un lavado cerebral, ese es un antro de subversivos. Pese al consejo, me matriculé allí.

Pasaron varios meses y casi había olvidado a ese importante cortejador cuando un día cualquiera me llamó por teléfono. Mañana iré al fundo La Compañía, que queda en Graneros, ¿qué te parece que te mande el auto y nos encontremos allí? Y aquí estoy rodeada de gente, estamos en el corral de cerdos, parece que han traído de Europa un marrano - barraco, como le dicen aquí-, para que monte a las chanchas y estas paran una raza especial, única en Chile, como explica Herr Fritz, quien está a cargo de los animales. El grupo de caballeros y también algunas damas parecen felices con el próximo espectáculo, pero el macho reproductor, el actor principal, no quiere complacer a nadie y, apático e indiferente, no se mueve de su rincón, aunque le han presentado varias veces a las hembras. No me agobien a Fritz, debe ser tratado con suma delicadeza; me refiero al barraco, por supuesto, que he bautizado con su nombre -expresa sonriente Agustín, dirigiéndose al técnico alemán. Este nuevo y único ejemplar llegó sólo hace unos días de Europa y estas cochinas parecen no interesarse por él. Vamos, Herr Fritz, ¿por qué no utiliza algunos de sus conocimientos para excitarlas? Ante una orden del patrón, por muy vejatoria que sea, nadie se niega y el pobre de don Fritz, rojo de vergüenza, acaricia a las chanchas y trata infructuosamente de sacar a relucir el miembro viril de la bestia. ¡Qué alemán más torpe! Vamos, Filiberto, tú que naciste en estas tierras y eres un peón achorado, muéstranos las tretas que te enseñó tu taita para que este ejemplar que me ha costado una millonada cumpla con su deber. Lo que usted mande, patrón - responde Filiberto- y con una agilidad sorprendente se pone en cuatro patas, se refriega al trasero de Fritz animal y después de haberse impregnado del olor del barraco, imita sus gruñidos y se pasea muy orondo entre las hembras, y ellas, ante los gritos de sorpresa del público presente, parecen despertar de su letargo y agitan sus colitas crespas. Las risas estallan y Filiberto, cada vez más incómodo, pues ahora le toca lo más vergonzoso, continúa con su tarea. Nadie parece percatarse de la situación humillante del pobre hombre ni del rostro descompuesto del técnico alemán. No quiero seguir mirando -digo y me alejo del grupo bullicioso de amigos del patrón, que ahora apuestan al éxito o fracaso final de Filiberto. Permanezco sentada en un banco del parque, hasta que un estrepitoso aplauso me saca de mi letargo y veo pasar al grupo llevando en andas a Filiberto cabeza gacha. ¿Qué te pasa -me pregunta Agustín? Te perdiste un evento que fue una comedia de equivocaciones en que el protagonista terminó como héroe, ¿no tienes sentido del humor? Eres un despiadado, racista, clasista -utilizaba los términos de uso diario de mis compañeros universitarios -; cómo fuiste capaz de ridiculizar a un hombre tan correcto como ese alemán y de humillar así a ese muchacho; por mucho que sean tus empleados eso es una canallada, te importan más tus animales que tus sirvientes. Una estrepitosa carcajada corta mi perorata. Pequeña ingenua, no triunfarás en la vida -exclama, y me lleva a conocer su biblioteca. Quedo estupefacta, nunca había visto algo así: libros y más libros en un orden perfecto, protegidos por vidrios, todos empastados en cuero y señalados con letras doradas, algunos son ediciones únicas, muy antiguas. Mientras recorremos las diferentes estanterías creo que un concierto de Corelli hace todavía más irreal el ambiente. A los libros hay que cuidarlos y crearles una atmósfera de paz y bienestar. Pienso en mis profesores de filosofía; en el señor Montilles, experto en lingüística; en mis compañeros de estudio, ¿podría traer a mis amigos y profesores a conocer esta maravilla? -le pregunto a Agustín. ¿Te refieres a esos comunistas indeseables, a esos rojos que no hacen más que tirar piedras y colgar lienzos en contra mío?, ¿te has vuelto loca? No puedo creerlo. Agustín, el hombre sádico que por un instante yo había transformado en un ser superior, se ha vuelto un energúmeno. ¡Esto es mío y nada más que mío y a las únicas a quienes les permito entrar son personas seleccionadas con sumo cuidado! Te han lavado el cerebro como a mi hermana Sonia -exclama Agustín, dando por terminada la visita. Al otro día recibo de regalo un equipo de música. Se lo agradezco, pero no sé si saldré de nuevo con él. El azar suele cambiar bruscamente tu vida cotidiana. Vilma me pidió que fuera a un congreso a Lima con un grupo de colegas y a mí me pareció fascinante. El hecho es que fue más que fascinante, pues me permitió conocer a un médico, Vicente, que me tiene trastornada. Es sabio, de modales de gran señor, a él Dunny no podría llamarlo roto ordinario, aunque sus ideas políticas son de izquierda. Su ponencia tuvo gran éxito y se dio el trabajo más tarde de explicarme el aporte nuevo que significaría en el tratamiento a los enfermos. Me dijo que era viudo y tenía dos niños, y que yo era bella, una de las mujeres más atrayentes que he conocido, agregó. Regresamos a Santiago y me ha invitado varias veces a cenar a unos lugares sencillos, llenos de encanto. En el feriado de Semana Santa iremos a Las Moscas. Estoy preocupado - le expresa René Silva Espejo a su amigo Agustín -, este último año del periodo del Presidente Jorge Alessandri termina mal. Una inflación desatada, huelgas que estallan por todas partes y una derecha debilitada. La oposición, en cambio, se ha

Fortalecido, pero dividida entre el Frente de Acción Popular (FRAP) -compuesto por partidos marxistas, socialdemócratas y nacionalistas, encabezado por Salvador Allende, y la Democracia Cristiana, cuyo crecimiento ha sido espectacular los últimos años, presidida por Eduardo Frei. Ambos se disputarán el futuro gobierno. La derecha está perdida. ¿Tan grave es la situación? -pregunta Agustín. Así es, y lo que perturba más el panorama es que los dos se denominen revolucionarios y exista similitud en sus programas, aunque Frei enfatiza que su "revolución en libertad" es antimarxista y Allende, apoyado por comunistas y socialistas, insiste en que su revolución de ideales marxistas se dará bajo marcos constitucionales. Quieren dorarnos la perdiz con mucha verba tranquilizadora, pero uno y otro son peligrosos. Me preocupa tu diagnóstico - le indica Agustín - y la actitud que debe tomar El Mercurio, iré a conversar con el embajador de Estados Unidos.

La entrevista posterior parece tranquilizarlo, pues según le cuenta Agustín a René, Estados Unidos -ante la imposibilidad del triunfo de un candidato de su plena confianza y frente al peligro de la victoria de un gobierno de orientación marxista - ha resuelto apoyar en forma secreta por la vía económica el mal menor, personificado por Frei. Esperemos que este mal menor no sea un desastre para nuestros intereses -le responde René. Y Agustín, tomando del brazo a René, le dice: estas noches he estado pensando, gran amigo y consejero, que tú debes ser el futuro director de El Mercurio, sé que para mí será perderte como confidente, pues ahora pasarás a ser mi empleado y la amistad no debe existir entre el patrón y el subalterno... Así es que usted, don René, de aquí para adelante dejará de tutearme y yo seré tan implacable con usted como lo soy con todos los que me sirven. Mi vocación es el periodismo y me siento honrado con tú... Perdona, jefe, con su confianza en mi persona -le responde el hasta entonces mejor amigo de Agustín V. Y desde 1963 René Silva Espejo pasa a ser el director de El Mercurio, después de la jubilación de Rafael Maluenda, quien tuvo ese cargo desde 1945.

Según se supo muchos años después a través del Informe Church, la CIA subsidió a medios de comunicación opuestos a Allende y a la campaña del candidato demócratacristiano, y Agustín V, como propietario del diario más importante del país, recibió grandes aportes. El ahora director de El Mercurio, René Silva Espejo, de acuerdo con Edwards se lanzó entonces en la llamada campaña del terror con el fin de amedrentar a la población con las supuestas consecuencias que acarrearía el triunfo de Allende: "El pueblo de Chile quiere saber, señor Allende, si su filosofía del marxismo es diferente al comunismo y si usted cree realmente en la democracia. ¿Por qué usted, entonces, no ha repudiado y protestado ante la demolición de la propiedad privada y de las tierras en la Cuba comunista de Castro?": "¡Chilenos!, ¿es así como quieres ver a nuestros niños?" (leyenda de una foto de niños cubanos vestidos de milicianos); "Al marxismo internacional los chilenos responderemos... Después del 4 de septiembre, Chile continuará siendo chileno"; "Faltan algunos días para que Chile, con tu ayuda, muestre al mundo cómo se aplasta al marxismo".

El éxito de la campaña significó el triunfo de Frei por el 55,6 % de los votos, siendo el primer candidato en la historia de Chile que ganaba por tan amplia mayoría. Creo -le indica René a Agustín - que esta extraordinaria mayoría no se hubiese logrado sin los flujos de dinero del amo del norte. Es posible, pero lo que importa es que derrotamos a Allende -agrega un sonriente Agustín.

Sin embargo, el romance de la oligarquía agraria e industrial con el gobierno de Frei dura poco, pues en los meses siguientes las medidas sobre la Reforma Agraria, la sindicalización campesina y la chilenización del cobre disgustaron profundamente a estos adherentes ocasionales. El dinero de la CIA, no obstante, le sirvió a Agustín V para aumentar su imperio periodístico, fundando en los años siguientes La Estrella del Norte de Antofagasta, La Estrella de Iquique y El Mercurio de Calama, incrementando su ya notable poder en los medios de comunicación. Su imperio periodístico ha aumentado -le indica René Silva a Agustín -, pero El Mercurio, especialmente el de Santiago, ha disminuido notoriamente su venta y por ende los avisos comerciales que lo mantienen..., creo que debemos crear un suplemento y contratar nuevos periodistas que analicen el acontecer político, caricaturistas que le hagan frente a los de Clarín y Puro Chile, pero para eso necesitamos dinero. No se preocupe, René -responde Agustín, bajando la voz-, me llegará una gruesa ayuda pronto que, guarde usted el secreto, me trae un cura debajo de su sotana. Esos ya no existen -sonríe René. Eso cree usted, pero, ¿quién se ha apoderado hoy día del Vaticano y ¿qué orden religiosa es la más rica? No me querrá decir que ahora tendremos el apoyo del Opus Dei y que nuestro crítico literario está detrás de esta movida..., ¿desde cuándo se ha puesto usted tan beato? Los tiempos lo exigen,

Le recomiendo que también usted lo haga. Y con esas palabras, Agustín dio por terminada la entrevista.

El hecho es que René contrató al reconocido periodista de izquierda Julio Lanzarotti, como director de la Revista del Domingo y a su joven amiga Totó Romero, que pondría el humor que tanta falta le hacía al voluminoso, grave y comercial El Mercurio. Ellos, a su vez, le pidieron su colaboración a Marcela Otero y Luis Alberto Ganderats, a pesar de la cara larga de José María Navasal y Hermógenes Pérez de Arce, director de La Segunda. A poco andar, sin embargo, el descontento contra el gobierno de Frei aumentó y las descalificaciones tomaron un carácter virulento. Tan obvio fue esto que los estudiantes, al tomarse la Universidad Católica con el fin de exigir la reforma universitaria, colocaron en su frontis en un gran lienzo: "Chilenos El Mercurio miente". Edwards, cada vez más preocupado por la crecientemente radicalizada situación política del país, emprendió continuos viajes a Estados Unidos y se hicieron frecuentes sus contactos con altas autoridades del gobierno de Nixon. Un diplomático chileno, Armando Uribe, cuenta: "Días antes del levantamiento militar del general Viaux contra Frei se apareció por Washington Agustín Edwards, singularmente nervioso; lo acompañaba un oficial de Marina, Hernán Cubillos, y Fernando Léniz. A medias palabras, Agustín nos expresa: 'Ellos están por moverse, se les acabó la paciencia. Estamos en un momento muy crítico, pero que quede constancia de que no estoy en Santiago en estos momentos'. Aprovechó, también Edwards su estadía en Washington -añade Uribe - para reunirse con los agregados militares de la embajada. Y, sin duda, también se movió en el ambiente empresarial y por eso le dieron el cargo de vicepresidente de la Pepsi-Cola, por si debía abandonar Chile. Él sabía en .se entonces del intento de golpe militar del general Viaux, de lo que no estaba enterado era de su posible fracaso".

Sonia, en plena recuperación, pasa parte del día y de la noche sumida en sus recuerdos. Siento que mi vida con Vicente me trae, por fin, paz. Aunque no compartimos el mismo techo somos realmente una pareja feliz. Mis niños lo quieren y yo me).vengo con los suyos, pero lo que es más importante, cuando pasamos todos juntos las vacaciones y aun los fines de semana en Las Moscas o en otros lugares, parecemos una gran familia y los niños así lo sienten. Y esa felicidad me ha hecho crecer profesionalmente. Vicente comparte su consulta con los doctores Patricio Montalva, Fernando Oyarzún y Rafael Parada, cenamos juntos, tenemos amigos. Por supuesto que Vilma continúa siendo la que más me alienta y comprende. Ayer apareció en la Revista de Neuropsiquiatría un artículo mío: "Reflexiones 3sicológicas sobre el decaimiento psíquico de la gente de edad". Dicen que mis hipótesis sobre la memoria, su pérdida, sus cualidades, significan un aporte para el tratamiento y la comprensión de la gente mayor.

A veces pienso que tanta dicha no va a durar y que Vicente se cansará de mis bruscos cambios de carácter, mis tristezas súbitas, mi mal dormir. Parece que hay días en que hablo demasiado y otros en que parezco sumirme en otro mundo. Sé que a Dunny le disgusta Vicente, que lo considera un intruso, todo porque Vicente se dio cuenta de que el Dunny se ha aprovechado de mi fortuna y que yo, como también mi hermano y cuñado, hemos aceptado recibir lo que a él se le antoja darnos. ¿Por qué poco después de conocernos me dijo: tú tienes esta camioneta toda destartalada que pasa en pana y el director de El Mercurio un Mercedes Benz, y con chofer por añadidura, si tú también eres dueña del diario?, ¿qué firmas todos los meses sin leerlo nunca?

No es posible que le tengas tanto miedo, enfrentalo, exígele que te dé lo que te corresponde. No sé cómo, pero una mañana llamé a Dunny por teléfono y le insinué algo sobre el mal estado de mi auto. No me contestó nada, pero al otro día me entregaron una camioneta nueva. Lo cierto es que a mí el dinero no me interesa, pero sí me molestó una carta que me llegó el otro día del Banco Edwards, mi banco. Se la mostré a Vicente. Fíjate -le dije - que el gerente dice que me he sobregirado y que mañana debo depositarle seis millones o me cierra la cuenta. ¿Pediste algún préstamo? ¿Has hecho algún gasto extraordinario? -preguntó Vicente. No, al contrario, ahora no he viajado y tú vives invitándome a uno y otro lado. Pide una cita con ese gerente y aclara inmediatamente ese malentendido, te pasan a llevar, Sonia, no es posible. Me dieron muchas explicaciones, pero algo debe haber llegado a oídos de Dunny, porque comenzó a molestarnos por insignificancias todo el tiempo y sus guardaespaldas o detectives, qué sé yo quiénes eran, nos seguían abiertamente.

Así fue -asiente Vicente-, Agustín se volvió como loco de rabia, porque yo había descubierto los oscuros manejos de la herencia que le correspondía a sus hermanos. Cuando me encontraba en la calle con él atravesaba a la otra vereda, entonces yo también atravesaba y le hablaba en inglés y se enfurecía. Te hablo en inglés porque cuando te hablan en español no

Entiendes y le largaba unas cuantas verdades que le caían como bomba. La Malú, su mujer, en cambio, es una gran dama y trató de arreglar la maltrecha relación invitándonos a cenar a su casa. Todos saben que ustedes son pareja -me dijo -, más vale que pase como algo natural, por lo demás usted es viudo y Sonia está separada. Fuimos. La mansión es grandiosa y decorada con mucho gusto, no hay excesos, cuadros de gran valor y uno que otro objeto único y todo muy refinado; la comida estuvo exquisita y los comensales charlaron animadamente con nosotros. En apariencia, Malú y Agustín parecen un matrimonio unido, la procesión debe ser por dentro. Malú se portó siempre bien con nosotros. Si a alguien debieran hacer santa es a ella. Un día que fue a vernos, le dije: mira, Malú, tú quieres que te diga la verdad, porque a ti no te quiero agredir, pero a mí me parece que tu marido es un gran cabrón, es un delincuente, es un infeliz, y va a seguir siéndolo, pase lo que pase, y yo no voy a ir nunca más a tomar su whisky, aunque a ti te aprecie mucho.

Sin embargo, algo impedía una verdadera dicha, esa paz de la que yo creía haber por fin conquistado. Fue en una de esas vacaciones con los hijos míos -Dodó y el Nico-, y los de él -Vicentito y Andrea-, cuando reventó a borbotones la pus podrida del tumor maligno que me carcomía el alma. Habíamos jugado todo el día en la playa, regresábamos a casa cansados, pero bañados por el mar, la arena, el sol. Me eché sobre la cama y llegó Dodó: me duele la cabeza, me siento mal -dijo lloriqueando, y se acurrucó junto a mí. Mientras yo la acariciaba y trataba de reconfortarla se transformó repentinamente en esa otra hija, en ese bebé que yo nunca había visto, en esa otra hija que yo había abandonado en Londres hacía cuatro largos años. Me levanté bruscamente y me puse a sollozar, meciendo a una guagua imaginaria. ¿Qué te pasa? -me preguntó Vicente -en ese instante no pude más y grité: estoy consolando a mi otra hija, a esa que abandoné a su suerte y ha vuelto a mis brazos y me pide que me ocupe de ella. ¡Te has vuelto loca, si no tienes a nadie entre tus brazos!, ¿a qué hija te refieres? - insistió Vicente. Y largué mi secreto, se lo conté todo. No puede ser, exclamó Vicente, mientras me arrastraba a un lugar privado, lejos de los niños, donde me obligó a contarle los detalles de ese parto en el hospital de Londres, de la orden de Dunny de negar a esa hija y de olvidarme para siempre de su existencia. He hecho lo posible, nadie sabe de mi traspíe -como lo llama Dunny - pero no he podido. Ahora comprendo tus malas noches, tus mutismos, tu carácter irritable, inexplicable -me decía Vicente. Viajaré a Londres y rescataré a esa hija tuya y la traeremos de vuelta a Chile. Tú te quedas aquí. Te prometo, Sonia, cumpliré mi palabra.

Cuando llegué a Londres y pedí hablar con el director del hospital, él comenzó por negar el hecho, pero cuando yo le di la fecha y lo amenacé con hacer público lo sucedido, me confesó la verdad: todo se hizo legalmente, la niña fue entregada a un orfanato, allí está y dentro de unos meses será adoptada por una familia, claro que si la madre desea recuperarla estamos justo a tiempo, pero si dejan pasar la orden de adopción no podremos hacer nada y es la madre biológica la que debe pedirla personalmente. Le comuniqué la noticia a Sonia y ella llegó en el próximo avión. Fuimos al orfanato, una vieja casona rodeada de jardines en las afueras de Londres, un huerto en la parte trasera y toda clase de juegos infantiles. Nada que ver con la imagen de esas tétricas casas oscuras y húmedas de la época de Dickens. Los niños juegan, se tiran por resbalines, se columpian, son niños abandonados con delantales a cuadros que parecen felices. Pasamos a un salón, entra la nurse con una niña vestida con esos trajes de marinero azul, su cuello a rayas y zapatos de charol de la época de nuestros padres. Ella es Mary, nos indica y se retira. La chiquita de pelo azabache recogido en una cola de caballo y enormes ojos negros permanece de pie frente a nosotros, callada. Sonia abre entonces sus brazos, corre hacia ella y la estrecha contra su pecho y refriega su rostro al de ella y la llena de besos y le hace cosquillas y Mary estalla en una risa infantil. Sonia le dice: soy tu mummy, te quiero, te adoro, te llevaré a Chile, te... Di un largo suspiro de alivio, habíamos ganado la batalla contra el poderoso Agustín, ese Agustín a quien despreciaba, ese hijo de puta, un hombre vil, mucho peor de lo imaginable.

Vamos volando hacia Chile. Sonia ha dormido toda la noche abrazada a Mary; yo, al otro lado, en esos asientos anchos de primera clase, la contemplo con ternura. Sin embargo, cuando comenzamos a cruzar la cordillera, Sonia se pone nerviosa; no es que le tenga miedo a los aviones, pues ha pasado su vida viajando, es otra cosa. La chiquita despierta: mummy, susurra, y Sonia, alterada: no soy tu mummy, no me llames así, tía, Sonia o lo que quieras, pero no mummy, entendiste, y me la pasa con cierta brusquedad, Mary se pone a llorar, trato de consolarla, estoy espantado. Dunny me la va a quitar, la mandará de nuevo a Inglaterra, no puede saber, la llevaré a vivir con Jenny, mi antigua nanny, ella vive cerca, la cuidará bien, le pagaré, no tiene hijos y yo iré a verla todos los días, se la presentaré a Dodó y

Nico después, lo importante es que Dunny no sospeche nada, con el tiempo veremos. Un torrente de palabras que me repetía una y otra vez sin hilación alguna. Lo único claro es que estaba aterrada con la sola idea de enfrentar a su hermano, de su furia al saberse engañado. Traté de tranquilizarla, pero fue inútil.

Y aquí estamos viviendo esta farsa. A veces creo que he logrado dominar a esa mujer tan bella, tan tierna y sensual, pero no es así, Sonia está demasiado dañada con esa familia. Qué otra cosa se puede esperar: el hermano mayor; Chabela, una enferma psiquiátrica grave a quien no hospitalizan para que nadie se entere de su estado; la pobrecita de Marisol, otro caso; Robin, incapaz de defender a su hermana, egoísta, únicamente preocupado de él y a quien Agustín compra muy fácil con esos autos sport último modelo. Es un milagro que Sonia sea lo que es, no puedo pedir más con esa genética determinada, pero a veces me canso, me siento impotente, me baja el hastío.

¡Ay! - exclama Sonia - han pasado seis meses y me encariño cada vez más con Mary. Todos los días, después de mi trabajo, la paso a ver donde Jenny. Ayer la llevé a casa y les conté a Dodó y Nico que tenían una nueva hermanita, se llama Carolina -agregué -, porque ese nombre de Mary me recuerda demasiado el abandono (pero eso no se los dije). Ellos de inmediato la aceptaron, y este juguete nuevo les parece fascinante, los niños son tanto más fáciles que los adultos, aunque poco a poco todos mis amigos se han dado por enterados y nadie parece rechazarme ante esa situación, si hasta Malú llegó ayer para conocerla y trajo una enorme muñeca de regalo, lo que me hace suponer que Dunny también lo sabe, pero anda demasiado preocupado por la cuestión política como para crearse otro problema. Es bien morenita -me dijo Malú-, no se parece en nada a los otros. A todos los que preguntan les hemos dicho que adoptaste a otro hijo, así se acabarán los pelambres, y a Agustín se le pasará la tirria contra Vicente. ¿No piensan casarse? -agregó con una sonrisa de gran dama. Malú, tan racista y convencional. Por supuesto que Carolina tiene rasgos mapuches, su padre los tenía, pero es tan linda y lo será mucho más cuando crezca; en cuanto a casarme, por ahora ni pensarlo, por lo demás Vicente no me lo ha propuesto.

Mientras contemplo a mis tres hijos jugando, llega él: me acabo de cruzar con tu cuñada -me dice-, ¿a qué venía?, supongo que tu hermano la mandó a espiarnos. No sé cómo ella le aguanta sus constantes infidelidades, porque no sólo se trata de su propia hermana, sino también de sus amigas, de las mujeres de sus subordinados, de las secretarias, es decir, de cualquier mujer que se le cruza en el camino; para él las mujeres son condecoraciones como las de los generales soviéticos y se las va poniendo porque es la conquista lo que le provoca el orgasmo, no la relación. No seas tan pelador, Vicente, y no trates de explicar lo incomprendible. Es la hipocresía lo que me irrita, la mantención de ciertas formalidades que deben sostener los Edwards, que es la primera familia de Chile; según lo que piensa Agustín y algunos otros su mujer no puede tener amantes, su hermana no puede tener amantes y menos quedar embarazada, etcétera, etcétera. Por lo demás -agregó tomando otro tono -, no sé si tú tienes bien claro lo que pasó con Berthet, ese que fue tu marido. ¡Jean Louis! -exclamé atónita-, ese se fue, se acabó y pasó al olvido. Para ti se habrá acabado, pero dejó dos hijos. ¿Sabes qué me pidió el Nico ayer?: quisiera conocer a mi papá. Pero, Vicente, ¿crees tú, que eso sea posible? Nico tiene cerca de catorce años y es normal que pregunte por su padre. Averigüé su dirección, me impuse en detalles de todo ese escándalo en que estuviste involucrada y concluí que fue tu hermano el que lo metió a la cárcel y después lo mandó de regreso a París; tú recordarás, supongo, que la justicia lo declaró inocente, porque puede haber sido medio fresco el tal conde, pero para mí esas fueron maquinaciones de Agustín, porque le molestó que anduviera averiguando sobre tu dinero y pudiera armar un lío legal al descubrir que él se había quedado con la herencia tuya, de tus hermanos y de tu madre. Por lo demás, yo habría hecho lo mismo si hubiera estado casado contigo, no habría permitido que le robaran impunemente a mi mujer lo que le pertenece. Siempre en la familia Edwards ha existido el mayorazgo -le contesté alzando la voz. Agustín es el mayor y a él, como mi abuelo y bisabuelo y tatarabuelo, le corresponde manejar la fortuna, él estudió para eso, los demás somos unos incapaces. Pese a todo lo que te ha hecho sigues respetándolo, Sonia, es incomprendible, tiro la esponja, nunca más perderé el tiempo tratando de prevenirte de sus vilezas. Yo me callé, confundida.

Una semana después, Vicente decidió hacer un corto viaje a Europa. Tengo un seminario en Londres -me anunció - y alargaré mi estadía para encontrarme con el tal Berthet, que está conmovido por la posibilidad de saber de sus hijos y reencontrarse con ellos más adelante; él no es un delincuente. No se me pasó por la mente que quisiera verlos y menos que Nico estuviera preocupado por un padre que apenas conoció -murmuré. Todos los hijos necesitan de un

Padre y yo sólo he sido un mal sustituto -concluyó Vicente, y agregó abrazándome-: Sonia, Sonia querida, eres tan infantil, no logras madurar, ¿nunca se te pasó por la mente que todo ese escándalo que armó Agustín fue exclusivamente para que Berthet no supiera del paradero de tus dineros? No pretendo armar líos familiares, pero Agustín es implacable. Tienes razón -le contesté -, él me prohibió mencionarlo en adelante, como si estuviera muerto; después de lo que tú me has dicho creo que él tiene derecho a ver a sus hijos. Han pasado seis años sin que supiera de ellos.

Cuando llegué a París llevaba cartas y fotos de los niños. Lo llamé por teléfono, se puso a llorar, nos juntamos en un restaurante, era una especie de oso grande, bonachón y buena persona, esa fue la impresión que me dio. Miraba fijamente las fotos, leía y releía las cartas, se le caían las lágrimas, me agradeció mucho. ¿Cree usted que podrán venir mis hijos? Yo le dije que sí, mándeles cartas; se acabó esta cruz, Sonia ya es persona grande y Agustín no podrá meterse. Así se hizo y a los tres meses los niños fueron a pasar un mes en Europa, por primera vez en su vida, con su padre.

Cuando vi que Sonia por fin se decidía a asumir a su hija Carolina me alegré muchísimo - exclama Vilma, su mejor amiga de ese tiempo. La mayoría de la gente estimaba que Sonia era tonta, pero si la conocías bien te dabas cuenta de que era una excelente profesional, generosa y tierna con los que la rodeaban, ingenua, insegura, pero consciente de la injusticia social reinante. Chile vivía los últimos años del gobierno de Frei Montalva y la efervescencia política era pan de cada día. Con Sonia participamos en la huelga generalizada de los profesores. No creo que Sonia entendiera mucho de política ni de partidos, ella se movía por emociones no por ideologías; en el fondo, desde chica partía a las casas de los inquilinos con todos sus juguetes y ropa y se los regalaba. Toda esta tendencia a radicalizarse con la izquierda causaba irritación familiar y escándalo en su clase social, pero daba la impresión de que eso poco o nada le importaba a Sonia.

VII

"Una mañana llegaron sorpresivamente a mi oficina de abogado -narra Enrique Silva Cimma en sus memorias-, Sonia y su cuñado, viudo de su hermana Marisol, con el objeto de pedir asesoría, pues consideraban que Agustín Edwards no les había entregado sus derechos en la empresa de El Mercurio. Después de estudiar el caso nos dimos cuenta con mis colegas de oficina, Darío Benavente y Bruno Bertoni, que se había cometido una injusticia con ellos y que ganaríamos el juicio, y el acta, después de tres años de litigio, fue firmada por el máximo representante de El Mercurio, el señor Cubillos, pero desgraciadamente en ese momento se produjo el golpe y la operación desapareció junto a la democracia."

En uno de sus viajes a Estados Unidos, poco antes de las elecciones de 1970, un alto personaje del Departamento de Estado le indica a Agustín V que, pese al optimismo del embajador norteamericano en Chile, Eduard Korry, sobre el triunfo de Jorge Alessandri, candidato de la derecha, los agentes de la CIA de su país están preocupados por el futuro de Chile. El hecho de que se presenten tres candidatos a la elección da la posibilidad del triunfo de Allende y eso sería una catástrofe -le señala el representante del Departamento de Estado-, pues América Latina y en general los países del Tercer Mundo recibirían una inyección optimista que podría acarrear, además del ejemplo de Cuba, la posibilidad de otros países que emulen esas experiencias. La Unión Soviética es nuestro gran enemigo, por ningún motivo debemos permitir que agrande su poder. Mister Edwards, sabemos de la influencia que tienen sus medios de comunicación sobre la opinión pública y hemos hecho los trámites necesarios para que usted reciba una suma conveniente para llevar a cabo su campaña con el fin de ayudar a polarizar a los votantes en torno a la amenaza que significan los comunistas y sus aliados.

Poco después, la campaña de El Mercurio y sus numerosos diarios se torna virulenta, mucho más que la anterior, del año 64: "Señor Allende: Usted ha declarado 'Soy Marxista', pero el marxismo rechaza las inversiones extranjeras y a los empresarios privados. En un régimen como este, ¿sólo los trabajadores pagarán impuestos?, ¿pretende burlarse de los chilenos?"; "Esto es el comunismo (foto de un ajusticiado en Cuba): ¿usted quiere esto para Chile?"

Murió acribillado a tiros, por orden del Tribunal Popular. ¿Delito? Ninguno, sólo no resignarse a una patria pisoteada por el comunismo, pero muchos no creyeron que el comunismo era eso. ¡Evitemos un Chile comunista!"; "¡Pueblo cristiano de Chile, no te dejes engañar por espejismos materialistas! El poder de la fe será capaz de alumbrarte y decidir tu opinión, haciéndote votar por la verdad". En la Cámara de Diputados se forma una comisión investigadora a cargo del parlamentario demócratacristiano, Bernardo Leighton, que concluye: "Los medios de comunicación ligados a Andalién, perteneciente a El Mercurio, estimulan la aparición de conductas socialmente desajustadas que generan sensaciones de temor y ansiedad y cuyos mensajes provocan en la población un condicionamiento negativo a ciertos grupos, partidos, ideologías e individuos y todos estos elementos son factores que pueden llegar a desencadenar violencia en el futuro".

Pero la izquierda ha adquirido más experiencia y los periodistas de esa tendencia usan toda clase de injurias para ridiculizar al candidato de la derecha, conocido popularmente como El Paleta. Las burlas recaen en su edad avanzada y en su soltería, que se considera en exceso larga y sin mujeres conocidas. En especial los diarios populares Clarín y Puro Chile se empeñan en denigrarlo: "Tan poca cosa es la derecha que su candidato apenas se muestra por maltrecho"; "El viejito paleteado ni siquiera se ha casado"; "Le tocaron el traste y cosquillas le dieron"; "¿Por qué te picái, vieja pitusa, si El Paleta no tiene diuca?"; "Por fin apareciste por la tele, Paleta, pero qué triste espectáculo diste con tu voz cascarrienta y tus manos tembleques".

Ha llegado el día de la elección y Agustín, como todos los chilenos, sigue paso a paso los cómputos entregados por el Ministerio del Interior, y qué mejor lugar para cumplir ese fin - decide el Dunny - que el edificio de su propio diario. Desde el amanecer la casona de la empresa El Mercurio se ha llenado de gente, el hall central y la amplia escalera de mármol están repletos de corresponsales extranjeros, mientras por la puerta trasera entran cajas de champaña. Agustín se dirige directamente a la sala del consejo. Allí, rodeado por sus colaboradores, escucha con atención el escrutinio, mientras las sonrisas se van borrando poco a poco de los rostros. ¡No pueden creerlo! ¡No puede ser!

Agustín, ante el virtual empate y -según Canal 13 de TV y otros periodistas - aun el triunfo de Allende, llama insistentemente a la embajada norteamericana, pero el embajador, su amigo Eduard Korry, no está ubicable. ¡Cómo es posible que quienes poseen el mejor servicio secreto del mundo hayan podido equivocarse sobre el resultado!

Ahora el pueblo se está tomando las calles y a la celebración de la victoria llegan hasta las juventudes demócratacristianas, altos dirigentes y uno que otro político importante que, entre la multitud de la Unidad Popular, corea: "Allende presidente, Tomic está presente". Esto es un desastre, el fin de la propiedad, el derrumbe de la dinastía de los Edwards - exclama Agustín V. Los consejeros de El Mercurio se demuestran tan desconcertados como él; la derecha, y para qué hablar de su familia, que tiene la desgracia de llevar el apellido Edwards, están aterrados. Se han quedado con la champaña y los pavos listos para la celebración, ahora corren sus cortinas, cierran sus casas y se comunican desesperados por teléfono: ¿qué será de nosotros?, van a saquear nuestras casas, nos quitarán definitivamente las tierras, nuestras empresas serán intervenidas, nuestras vidas corren peligro, debemos abandonar Chile lo más pronto posible.

No obstante el ambiente general de derrota, desde el día siguiente algunos políticos tratan de encontrar alguna salida que detenga la toma de poder de Allende. Agustín escucha en silencio las observaciones de sus asesores: el Congreso en pleno debe ratificar la mayoría relativa que obtuvo, sin esa resolución legal Allende no será Presidente, indica Arturo Fontaine. Mario Carneyro -director de La Segunda-, replica: ¿contaremos con esa mayoría? Yo soy amigo de varios de ellos -dice Ricardo Boizard-, debemos sondearlos. René Silva Espejo se muestra pesimista: creo difícil que la Democracia Cristiana se atreva a pronunciarse contra la voluntad popular, que nunca ha dejado de ser respetada en la historia de Chile -concluye, y da por terminada la reunión extraordinaria. Debo volver pronto a la casa, mi familia está sumida en la desesperación.

Agustín V regresa indignado a su hogar: estos pavos reales no son más que unos maricones, ya arriaron la bandera y mientras les permitan continuar vivos y mendigar su sobrevivencia no harán nada. Creo que a Allende hay que impedirle la toma del poder y para eso faltan sesenta días, hay que actuar rápido y con los amigos del norte, que esos sí tienen cojones y saben cómo librarse de esta plaga comunista.

En Washington, a la misma hora en que miles de partidarios celebran el triunfo de Allende, el asesor Henry Kissinger entra a la oficina oval para darle la noticia al Presidente.

¡Mierda!, exclama fuera de sí Nixon, y culpa al Departamento de Estado y al embajador Korry. El Comité 40 se reúne de urgencia para discutir el curso de acción a seguir.

El viernes 5 de septiembre, a las nueve de la mañana, Edwards le pide al jefe de la CIA en Santiago, coronel Worry, que le concierte de inmediato una cita con el embajador Korry. Ese mismo día, ambos solos, mantienen una conversación que gracias al National Security Archives conocemos textualmente: "Señor embajador —pregunta Agustín—, ¿Estados Unidos tomará alguna acción militar directa o indirectamente?". "Ninguna" —responde secamente Korry. Ante tal mínima recepción, Agustín resuelve partir lo más pronto posible a Washington, llevando consigo a su familia: más vale ser precavido, les explica. Escribe en su cuaderno de notas: pese a mi abatimiento mezclado con ira de esa noche, me di tiempo para dejar escrito el editorial del día 11, que aún evoco en su parte medular: "La decisión del electorado democrático ocasionó la débil mayoría que favoreció al candidato marxista y dejó al país a las puertas de un régimen comunista. Todos tenemos conciencia de que la mayoría ciudadana no desea tal cosa; prueba de ello es que aún el candidato triunfante se esmera en dar seguridades de que la libertad no corre peligro en Chile si él llega a la Presidencia de la República. No cabe engañarse. Una nueva elección para decidir entre la democracia cristiana y el comunismo no sería entre derecha e izquierda, entre lo establecido y la revolución; entre la conservación del sistema y transformaciones sociales profundas. La verdadera decisión está entre un régimen de auténtica avanzada y un régimen totalitario".

Paso a paso, lo que yo hubiese querido que permaneciera secreto, como mis conversaciones en Washington, han llegado a conocimiento público —medita años después Agustín—, y me han marcado con un estigma que sin duda provocaron el rapto de mi hijo; pero para mí es un trofeo, el hecho más importante de mi existencia, pues mi proceder fue la clave para derrotar el comunismo. Sin mí los chilenos habrían sido incapaces de convencer a Kissinger de intervenir en el gobierno de Allende. Y sin mi influencia posterior ¿habría tenido el régimen de Pinochet el apoyo que tuvo y los Chicago-Boys el éxito que tuvieron? Los recuerdos se agolpan en mi memoria: sí, fue el 14 de septiembre cuando convencí a Donald Kendall, abogado de la Pepsi-Cola y amigo mío, de que llamara a Kissinger con el fin de conseguirme una audiencia con él. A la mañana siguiente, en una reunión desayuno en la Casa Blanca, nos reunimos: Kissinger, asesor internacional; Kendall; John Mitchel, secretario de Justicia y fiscal general; el director de la CIA, Richard Helms, y yo. Lo recuerdo muy bien. Kissinger, fuera de sí, exclamó: "¡Es un desastre, un desastre! Convenceré al Presidente de que no se puede tolerar otra Cuba bajo su gobierno". Yo me explayé sobre la situación de Chile: "Ustedes deben creer que todavía existe una vía constitucional para que asuma Alessandri y no Allende, pero se tornará imposible, pues la democracia cristiana, aunque Frei está desesperado por el triunfo de Allende, no votará contra la opinión mayoritaria del pueblo; ¿podemos correr el riesgo de que el plan Alessandri-Frei no funcione? Creo que la única opción será provocar un golpe militar". Tras esta información mía, con la cual todos quedaron impactados, Kissinger y Helms se juntaron esa misma tarde con el Presidente Nixon y entonces este emitió sus famosas instrucciones a la CIA, anotadas a mano por Helms: "¡Salven a Chile! No importan los riesgos involucrados, 10 millones de dólares disponibles, o más si es necesario; hagan gritar a la economía". Helms, en 1975, cuando el Congreso norteamericano investigaba la intervención de la CIA en Chile, declaró: "Tengo la impresión de que el Presidente Nixon llamó a esta reunión donde tomó la decisión de intervenir en Chile gracias a la influencia de Agustín Edwards y a su informe".

Algunos sospecharon sobre mi intromisión, pero cuando se desclasificaron las conversaciones realizadas por Kissinger, las especulaciones respecto a mi actuación se esclarecieron y yo, debo confesarlo con la cabeza en alto, quedé orgulloso de mi misión.

Desde la asunción de Allende consideré que no retornaría a Chile. Era vicepresidente de la Pepsi-Cola y en diciembre de 1970 fui elegido por los dueños de la cadena de diarios del hemisferio, vicepresidente de la Sociedad Interamericana de Periodismo (SIP). Mi mayor preocupación, sin embargo, fue reestructurar la Empresa Periodística de El Mercurio, pues presentía que Allende y su gobierno usarían toda clase de chamulles para hundirnos. Nombré a Fernando Léniz como presidente del consejo directivo y a mi hermana Sonia, vicepresidenta, pues ella era simpatizante del gobierno de Allende y su presencia podría quizás impedir lo peor; conservé como director del diario a René Silva Espejo, hombre de toda mi confianza. Mis instrucciones fueron: a) buscar el deterioro de la autoridad; b) generar alarma pública, tratando de mostrar una crisis total; c) hacer un llamado permanente al golpe. A Hernán Cubillos le encargué mis empresas industriales y agrícolas, comprendiendo cuán difícil sería su tarea, pero sin imaginarme que me transformaría en el chivo expiatorio

De este nuevo gobierno, sin posibilidad alguna de negociar, como lo hicieron muchos de mis colegas empresarios.

René Silva acaba de comunicarme que el sindicato del periódico, preocupado por la suerte futura de El Mercurio y de ellos mismos como sus empleados, le solicitaron al recién electo Presidente de la República una entrevista. El 24 de septiembre, Allende los recibe, asegurándoles: "Si soy confirmado como Presidente garantizo a todos los trabajadores de El Mercurio plena estabilidad en sus empleos, sea cual sea la posición política que sustentan y El Mercurio dispondrá, también, de las garantías contempladas en las leyes vigentes sobre libertad de prensa". Destacó, además "que no se opondrá a la línea política que adopte la empresa, aunque ésta fuera de cerrada oposición al gobierno, sin perjuicio de que el gobierno haga uso de los resortes legales para enfrentar editoriales, comentarios o crónicas que llamen a subvertir el orden público o fomentar un clima sedicioso". Creo -agrega por teléfono Silva Espejo a Agustín -que era sincero, no fuimos nosotros a felicitarlo a La Moneda -como lo han hecho los demás medios de comunicación -, sino que él, a través de nuestro sindicato, nos ha enviado un mensaje conciliador. Así que usted le cree a ese pelafustán, marxista re-conocido..., me decepciona, René, y Agustín cortó bruscamente la comunicación.

Hasta 1971, el grupo económico de Agustín Edwards continúa siendo el más poderoso de Chile, pero desde abril de ese año el gobierno comienza a traspasar al área social la mayoría de sus empresas, de las 30 que posee, 26 son expropiadas. Sin duda, el monopolio más golpeado es el de Edwards. Y sus tierras agrícolas, correspondientes a cinco haciendas, caen también bajo las leyes de la Reforma Agraria. Agustín, residente en Nueva York, no pisa territorio chileno, pero despliega su poder con el fin de urgir al Presidente Nixon para que tome medidas drásticas, lo que no le resulta difícil pues los intereses norteamericanos, como Ford Motor Company, ITT, Chase Manhattan, Bank of America, Anaconda, Braden y varias petroquímicas, pasan durante el primer año de la Unidad Popular a ser controlados por el Estado chileno. Nixon decide entonces suspender todos los beneficios económicos y oponerse a los préstamos de la banca privada hacia Chile, lo que Allende llamó "el bloqueo invisible" en las Naciones Unidas.

Sin embargo, mucho más invisibles se tornan los dineros que reparte la CIA a los partidos de oposición: la DC, el Nacional, PIR, la Usopo y el movimiento de derecha Patria y Libertad. Estos fondos permitieron a esos partidos comprar radios y periódicos. En épocas de elecciones llegaba otra remesa para la campaña. Agustín Edwards recibió una gruesa ayuda económica entre octubre de 1971 y enero de 1973, que se explica por ser dueño del principal diario del país y el más importante medio de propaganda contra Allende. El informe Church agrega que El Mercurio debe además luchar contra las presiones económicas del gobierno: escasez de papel, persecución a los avisadores y la total suspensión de propaganda subvencionada por el gobierno.

Hoy hemos cenado con Sonia y un grupo de amigos -rememora Vicente. Carlos, pese a que está con su pareja, no le quita la vista a Sonia y ella coquetea abiertamente con él. Los observo sin tratar de interrumpir las miradas ardientes de ambos y hasta cierto punto me alegro. Mis planes futuros de embajador en el extranjero no contemplan a Sonia como mi esposa; podré terminar nuestro largo y apasionado amor sin causar grandes heridas, pues conozco bien a mi amigo y él parece demasiado fascinado por esta inesperada conquista. Sonia también recuerda: desde hace meses mi relación con Vicente se ha vuelto como la de un matrimonio aburrido, apenas me escucha y en general me hace callar; es cierto, yo fumo y hablo demasiado: no sabes conversar -me repite Vicente -, nunca escuchas mis respuestas y continuas tus interminables monólogos como si yo no existiera. Debo confesar que a mí no me interesa lo que él piensa y si anda amurrado o nervioso por algún problema íntimo o profesional ni siquiera le pregunto qué le pasa. Cuando recién nos conocimos yo seguía sus instrucciones paso a paso, era como una alumna dócil que admira a su maestro y se apoya en él, nunca me habría atrevido a rebatirle alguna opinión política o familiar o profesional, lo consideraba :an superior a mí... El Partido Socialista es el mejor, te ves más joven de pantalones, mañana iremos a esa manifestación o a tal marcha, y allí estaba yo vestida como él quería, aplaudiendo a sus líderes, leyendo el libro que me señalaba. Creo que él debe haberse hartado de tanta sumisión. La alumna pasó a ser su do-:)le, su eco, qué lata, y la latera, un estorbo.

Anoche conocí a Carlos y algo sucedió entre ambos, sentí ,como que mi cuerpo volvía a vibrar, una corriente cálida me invadió por entero y su hablar lento y pausado era como una caricia recorriéndome. Carlos se daba el tiempo de escucharme, de rebatirme y yo soltaba una carcajada y él me decía: no sólo eres la más bella sino que tienes también la risa más

Insinuante que he escuchado. Cuando Vicente me fue a dejar a mi casa, detuvo el auto frente a la puerta y murmuró: Sonia, lo nuestro ha terminado, pero quiero decirte que estos años contigo han sido maravillosos y que nunca los olvidaré, pero ya no tiene sentido que tratemos de fingir algo que no es verdad; tú ya no me amas como antes, durante la cena eso fue tan evidente... Me pongo a llorar suavemente, porque sé que es verdad y al mismo tiempo lo echaré tanto de menos, no sólo yo sino también mis hijos, que lo quieren como a un padre. Nos damos un largo abrazo en que se agolpan muchos recuerdos; su paciente labor de profesor que me abrió visiones nuevas en mi profesión, en política, ante lo que sucedía en el mundo; la hija que logró recuperarme, las vacaciones juntos, los juegos con los niños, las noches de pasión y besos, tantos y tantos momentos de dicha. Olvidas lo más importante - susurra Vicente como adivinando mis pensamientos. Sí, dímelo, ¿qué puede ser? Le perdiste el miedo al innombrable, al carajo de tu hermano. Cierto, cierto -le contesto -, y eso te lo debo a ti, a nadie más que a ti, si ni siquiera cuando voy a las marchas en favor de Allende trato de pasar desapercibida, no me preocupo por él, lo borré de mi vida. ¡Ojalá sea así, amén, amén! Y con esa bendición que me parece tan propia del escéptico Vicente, me bajo del auto, entro a mi casa y cierro la puerta.

Pero olvidas, Sonia, que agitaste tu mano antes de desaparecer y me parece que murmuraste: gracias, gracias, pero de esto último no estoy seguro, y es posible que mi conciencia intranquila lo invente, pues yo estoy demasiado feliz de haberme liberado del peso de tu presencia. Al otro día, sin embargo, siento celos de entregarle en bandeja a mi amigo a este ser único, tan tierno y bello. ¿Será Sonia feliz con él, durará la relación entre ambos? Carlos Álamos está en la cúspide de su carrera política, es secretario del Partido Socialista, el partido del reciente Presidente electo, y tiene una pareja estable, de la cual no piensa separarse. ¿Qué podrá entregarle a Sonia, ese pajarito inseguro, incapaz de volar? Por supuesto que se embarcará con ella, lo conozco bien. Demasiadas nubes borrascosas agitan el horizonte. Cierro los ojos ante ese porvenir que intuyo catastrófico. Yo estaré lejos, en otro continente -suspiro aliviado -; el egoísmo tan propio de mi personalidad me protegerá de estos sinsabores. ¡Adiós remordimientos, mañana será otro día!

Las paredes que antes lucían limpias y blancas se han transformado en retratos vivos de lo que sucede: caricaturas y consignas, hasta en los muros de protección del río Mapocho. Las brigadas de los jóvenes de izquierda proclaman: "El pueblo les sacará la cresta"; "Los fascistas se fueron en puros saltos y peos"; "Las viejucas reclaman por desabastecimiento de pencas"; "Sólo el toque de queda salva a las pitusas"; "Chile no le aguantará pelos en el lomo a gringos ladrones del cobre"; "Los viejos de la Corte Suprema son unos cabrones"; "Frei es más chueco que pedo de culebra". Creo que se les ha pasado la mano -alega Sonia - con tantos garabatos, sobre todo contra Frei, que avanzó tanto en la Reforma Agraria; ahora eso se les olvidó y lo llenan de improperios.

En esos años yo estaba eufórica y feliz -rememora ella -, y agitaba carteles, cantaba y gritaba consignas en las grandes marchas, en especial recuerdo la que apoyó la nacionalización del cobre. En esa ocasión la Alameda fue abarrotada desde la Plaza Italia, donde estaba el escenario, hasta la Estación Central, y cuando pasamos frente al Club de la Unión, baluarte de la derecha, comenzaron los gritos: "el que no salta es momio" y yo, como tengo piernas largas, brincaba por encima de todos. También recuerdo esa otra marcha gigantesca efectuada durante el segundo aniversario del triunfo de la Unidad Popular. En esa oportunidad, entre vítores, cánticos y bailes, sobresalía el cartel de un obrero que decía: "Este es un gobierno de mierda, pero es mi gobierno". Yo, sin darme cuenta, estaba debajo del lienzo y me reía, pues nada tenía que ver conmigo, la mujer más rica de Chile, como me llamó Vilma el otro día, y este gobierno, ¿era mío?, ¿no sería justamente lo contrario?

Fidel Castro acaba de llegar a Chile, lo aplaudimos a rabiar mientras recorre la Alameda. Más tarde iré al Estadio Nacional a escuchar sus palabras. Carlos me había prometido acompañarme, pero se arrepintió en el último momento: más vale que no nos vean juntos -me dijo -, tú comprendes, ¿verdad? Yo, como no quiero entorpecer su imagen, fui sola y me senté en el sector del Partido Comunista, y me aceptaron complacidos: siéntese, compañera, de aquí se escucha bien. Ese "compañera" tan caluroso que nos convierte a todos en iguales. Cada día me siento más comprometida con este gobierno, y mi admiración por Allende crece y crece. Mi romance con Carlos me llena la vida, lo quiero, lo necesito, lo escucho con admiración, es tan inteligente. Nos juntamos en una casita de inquilinos del fundo de Isabel. Ella continúa siendo mi ángel guardián y pese a que fue quien me cobijó entre sus brazos en momentos de soledad, no duda en facilitar estos otros encuentros. Me siento plena y, por primera vez, participando en la historia de mi país. Pero por desgracia este amor, que tanto

Carlos como yo habíamos mantenido secreto, se dio a conocer públicamente. Carlos me había advertido que nos estaban vigilando: tu hermano nos hace seguir, diferentes autos y personajes sospechosos se cruzan en nuestro camino. Si Dunny está en Estados Unidos, ¿no estarás con delirio de persecución? -le dije una tarde en que varias veces me había hecho doblar bruscamente en una esquina. Físicamente, dirás, pero sus tentáculos permanecen aquí -me contestó. Yo manejaba, él iba acurrucado en el asiento trasero. Ahora nos libramos de ellos -añadió después de pasar un rato dando vueltas y revueltas.

Parece que Carlos tiene razón. Una semana más tarde, nos juntamos en una callecita tranquila del barrio alto y cuando se subió al auto traía en sus manos El Mercurio. Lee, lee lo que aparece en la sección de Vida Social -me dijo - y quedé perpleja: "Se anuncia el compromiso oficial de Sonia Edwards, hermana de nuestro director don Agustín Edwards, con el secretario general del Partido Socialista Carlos Álamos. La fecha de la boda se dará a conocer pronto". ¿Te das cuenta del escándalo que producirá esta infamia? Pero si nosotros no pensamos en casarnos v hemos sido tan discretos -alegaba yo. Me querellaré contra estos sinvergüenzas -murmuraba Carlos fuera de sí. Qué dirá la familia -replicaba yo. ¡Qué me importa tu familia!, ¿no te das cuenta del terremoto político que acarrea este chisme?, seré el hazmerreír de la izquierda; ahora sí que con razón dirán: el pije de Álamos se refugia bajo el manto protector de los Edwards, qué se podía esperar de él... y etcétera, etcétera. Era tal el desconcierto y la ira de Carlos que me tapé los oídos, pero comprendí dentro de mi desesperación que lo nuestro terminaba allí, de inmediato, y que las maquinaciones de Dunny en mi contra volvían a tener éxito.

Estoy triste, demasiado triste, vuelvo a perder a un amor, pero los tiempos no están para penas, el momento político que vivimos es demasiado importante y debo cumplir con mis compromisos políticos. Ahora trabajo en el CUP, un Comité de Unidad Popular d9 apoyo al gobierno. Me junto con Víctor Pey, asesor de Allende, y me indica que mi primera tarea será tratar de cambiar la línea editorial de El Mercurio. Tomo contacto con Sergio Gutiérrez -que dirige el Comité de Unidad Popular de los trabajadores del diario -, voy permanentemente a las reuniones, a los talleres, converso con ellos, asisto también al consejo. Tengo el título de vicepresidenta del diario, pero los señores consejeros nunca piden mi opinión y las asambleas se realizan como si yo no existiera. No obstante, la imagen de la hermana del dueño de El Mercurio debe molestarlos, pues he recibido no menos de diez llamadas telefónicas en las que me insultan y amenazan con que pondrán bombas en mi domicilio e incluso que raptarán a mis hijos. El 13 de septiembre de 1971 comenzó la huelga del sindicato de El Mercurio, de esa fecha no puedo olvidarme. Cuando hace unos años atrás, con motivo de la toma de la Universidad Católica los estudiantes pusieron el lienzo que decía: "Chilenos El Mercurio miente", exigí que el consejo indicara que Sonia Edwards estaba de acuerdo: El Mercurio miente y continúa mintiendo, afirmé, y eso debe quedar en el acta. Estaban furiosos, pero aceptaron a regañadientes. Ahora los obreros del sindicato del diario se han declarado en paro y tienen razón, pues han despedido a dos periodistas y a tres trabajadores por la intolerancia de la empresa: su único pecado era pertenecer al CUP. Yo traté infructuosamente de revocar esa medida, pero la mayoría del consejo apenas escucha mis argumentos; para ellos soy sólo una imagen decorativa que posiblemente tranquiliza a la izquierda, pero sin valor alguno en la toma de decisiones. Resolví, entonces, dar a conocer mi opinión a través de un comunicado público, que todavía retengo parcialmente: "Si los ejecutivos de El Mercurio pretenden emprender una persecución, estoy dispuesta a correr la misma suerte de mis compañeros, luchando para que en la empresa El Mercurio se respete el derecho de los trabajadores a profesar las ideas políticas que deseen y quieran expresar libremente". Mi posición apareció en todos los medios de comunicación, incluso en el propio Mercurio. Durante los días siguientes participamos en varios actos de repudio contra el diario; rememoro en especial la marcha que recorrió el centro gritando: "Todo el pueblo está consciente de que El Mercurio roba y miente", y se detuvo frente a la empresa, donde intervinieron con acalorados discursos Eduardo Labarca, Sergio Gutiérrez, Pedro Pavlovic y Manuel Cabieses. Nos disolvimos frente a La Moneda, donde Allende nos saludó desde los balcones. También fui a otra marcha contra El Mercurio y sólo me retiré cuando los gritos contra Agustín, el Dunny, se transformaron en groserías: "Agustín escucha, ¡ándate a la chucha!". Fui criticada y considerada inconsecuente, pero es que aunque esté en desacuerdo con Agustín, por último es mi hermano, trato de explicarles.

Propongo, entonces, que como una medida de presión más, ocupemos las dependencias del Mercurio. Mi proposición es aceptada. A las once de la noche he llegado con Gladys Díaz y un grupo de mis compañeros al grueso portón herméticamente cerrado del edificio.

Toco la campanilla y golpeo fuerte, después de un rato se asoma medio dormido el portero, que me niega la pasada, pero cuando con voz de mando le digo que soy Sonia Edwards, la dueña del diario, el guardia me abre la puerta e ingreso con paso firme. Detrás mío entra el pequeño grupo. Nos instalamos en mi sala y desde allí, ingenuamente, creemos que podremos paralizar toda actividad y lanzamos papelitos por las ventanas indicando nuestro propósito a los expectantes medios de comunicación. Estamos eufóricos, hemos ganado una batalla y pacíficamente, sólo con astucia; la "revolución en democracia" se ha hecho presente sin balas y heridos. Pero, ¿qué poder tiene este grupo de rebeldes, aunque esté presidido por la vicepresidenta del periódico, una Edwards, que además es una de sus dueñas? En apariencia, ninguna. Nuestra dicha es de corta duración, pues por desgracia no logramos detener la tarea cotidiana de El Mercurio, que continúa apareciendo como siempre y la noticia de la toma es desmentida.

Mientras al día siguiente discutimos acaloradamente en mi oficina sobre otras posibles estrategias de éxito, el teléfono directo que -casi nadie conoce - suena repetidamente: es el Presidente de la República, el compañero Allende, quien nos pide que vayamos de inmediato a hablar con él a La Moneda. Ante tal orden, partimos. Sé, nos dice con esa cordialidad tan propia de él, que lo que intentan hacer con las mejores intenciones es equivocado, porque esto es lo que quiere la derecha: que yo, Allende, aparezca como un tipo que está liquidando las libertades, y la más sagrada para la democracia occidental es la libertad de prensa, y esto me perjudica; les ruego, por lo tanto, compañeros, que desistan en sus propósitos de paralizar El Mercurio. Les aconsejo, también, que le pidan a un carabinero que los acompañe y levante un acta indicando que han entregado todo en perfecto orden, sin causar ningún daño. Estamos abrumados, pero le tenemos demasiado respeto al Presidente para no acatar sus órdenes. Al despedirnos se acerca a mí y me da un abrazo: gracias, Sonia, por estar con nosotros siendo quien usted es, y comprendo cuán difícil debe haber sido para usted tomar esta decisión, pero sepa que para la opinión pública su ejemplo tiene un valor excepcional. Son unas palabras de consuelo para mí. El resto de los compañeros vive la decepción total. El compañero Allende está equivocado si cree que de esa manera logrará imponerse, el imperialismo y la derecha no lo dejarán terminar su período -murmuran cabizbajos. Recuerdo que al salir de La Moneda nos esperaba un enjambre de periodistas. Según apareció en numerosos medios de comunicación, yo declaré: "Para nosotros esta reunión con el Presidente es el apoyo más grande que podíamos recibir y comprendemos, aunque no lo compartimos, su punto de vista. Que quedé claro, eso sí, que los ejecutivos de El Mercurio son unos bellacos". Al llegar a mi casa, me encerré en mi cuarto y me puse a llorar. Me siento tan impotente..., ni siquiera en una acción política logro tener éxito.

Lo que termina por abatirme es la asamblea a que nos cita Fernando Léniz, presidente del consejo, en el propio Mercurio. Todo el gran salón de entrada y la inmensa escala que sube al segundo piso está repleta. El sindicato, dividido en tres posiciones -tal como el país, por lo demás-, llena el lugar. Ubicado en medio de la gran escala, para que todos lo vean y escuchen, Léniz toma la palabra. Indica que ningún sueldo será rebajado, al contrario, pero que la actitud y posición de los empleados despedidos, de franca rebelión contra los principios de El Mercurio, es innaceptable y se dará término a sus contratos. No obstante, un comunicado del CUP, publicado en el diario La Nación el 12 de septiembre de 1971, señala: "Léniz aceptó la de nuncia de que a él y otros siete ejecutivos se les paga el impuesto global complementario sin deducirlo de sus sueldos, disminuyendo así la participación de utilidades que correspondería al resto del personal". Yo alzo la mano para replicar, pero allí se arma una batahola espantosa, los golpes e improperios reemplazan al diálogo. ¡Qué los maten, qué los maten!, vociferan nuestros adversarios y hasta uno me agarra por el pelo gritando: ¡Fuera, fuera, Tania la guerrillera!

Pero no todo fue en vano, pues a la semana siguiente la Cámara de Diputados nombró una comisión investigadora con el fin de pesquisar lo que sucedía, no sólo en El Mercurio, sino también en el departamento de prensa de Canal 13, de radio Cooperativa y del diario La Mañana de Talca contra los simpatizantes de la Unidad Popular, pues estos despidos arbitrarios -concluyó la mayoría de la Cámara - hieren el derecho de expresión y la libertad de prensa.

Todavía conservo de esa época un artículo escrito por un periodista que no conozco, Víctor Moreira, que logró remontar mi autoestima. Su título era "Sonia la única": "La única de verdad es Sonia Edwards. Rota chora que si bien no es puro pueblo es pueblo puro. Ella no nació entre piojos y diarreas infantiles; ni siquiera trajo marraqueta bajo el brazo, porque ya le tenían panadería puesta antes de venir al mundo. Sólo que esta Sonia, a diferencia de la

Mayoría de las mujeres de su clase, no aceptó el destino de imbéciles que los oligarcas le asignan a sus hijos. Sonia tiene buena cabeza, y no se piense que una dueña de El Mercurio tiene que tener obligadas hechuras de vieja bruja ¡buena estampa tiene la compañera! Y estudió psicología y leyó, pensó, miró en torno a la existencia de su círculo y comprendió que la vida verdadera no grita ni palpita entre las vendas del momia-je. Izquierdista, independiente, rebelde con toda causa y razón, dueña de sí misma y no esclava de su clase, arrancó del pozo en que nació para trepar a lo alto del pueblo, donde brotan las fuentes de toda verdad social". En noviembre regresa la calma, los empleados aceptan la proposición de Léniz y los cinco compañeros despedidos ingresan a la cesantía, incluida mi secretaria, Gabriela Muñoz, a quien nunca más se le permite traspasar las puertas del periódico.

La ruptura final con Carlos ha sido desgarradora, me siento abandonada sin su apoyo y sin sus consejos, perdida, a la deriva, como un botecito en alta mar, sin tierra a la vista y con una tormenta en el horizonte que me hundirá definitivamente. Comprendo su decisión. Él se debe a tareas más importantes: salvar al país de la hecatombe, movilizar y organizar a las masas para hacerle frente a esta oposición desalmada que parece sofocar al país en huelgas y desabastecimientos. Pero yo no voy a claudicar y me acerco a diferentes compañeros, a aquellos que puedan indicarme cómo continuar en esta odisea que parece tan utópica. Manuel, el director de Punto Final, me indica que Gladys Díaz me ayudará en estos momentos de incertidumbre, porque, compañera Sonia, usted sabe poco de política y necesita un partido o movimiento que la guíe. Yo acepto y la compañera Gladys pasa a ser mi profesora. Tres veces por semana llega a mi casa a hacerme clases. Me gusta mi guía, aunque es estricta y metódica, y yo no soy una discípula brillante, pero creo que me ha tomado cariño y logro a veces que se quede un rato más charlando conmigo. Ella parece tan segura de sí misma y tan entregada a la causa por la que lucha... Una tarde, de esas sin panorama, se me ocurre ir a un congreso de periodistas de izquierda en el teatro Antonio Varas, y allí veo a mi profesora, en el escenario, dirigiéndose al público: en nombre de los periodistas del MIR, deseo plantearles... Quedé estupefacta, ella nunca me había dicho que pertenecía al MIR, por supuesto que sabía que era de izquierda, pero que fuera una de las dirigentes de ese movimiento de ultraizquierdista, que no creía más que en la lucha armada, una terrorista como la habría denominado mi hermano, era diferente. Cuando me retiraba silenciosamente del teatro, sentí que alguien me tomaba del brazo. Sonia -me dice Gladys -, no esperaba encontrarte aquí, ven a tomarte una cerveza conmigo y algunos amigos. Y la cerveza se prolongó por horas y las discusiones y risas, y yo me encontré feliz rodeada por estos compañeros que me parecían tan honestos e idealistas.

Gladys reflexiona. Pasar tres horas a la semana tratando de politizar a una momia lo considero una pérdida de tiempo, pero si a la directiva le parece importante, ¿quién soy yo, pese a mi alto cargo, para cuestionar su solicitud? La disciplina es la base de nuestro movimiento. Me dirijo a casa de Sonia, allá en Las Condes. Mi primera sorpresa es no enfrentarme a uno de esos palacetes estilo francés o inglés donde me imaginaba que vivía. Es una casa de un piso, nada ostentosa, con un jardín boscoso que la envuelve por entero. Sonia me abre la puerta y pasamos a su escritorio, aquí estaremos más aisladas del ruido de mis hijos -señala. Y comienzo mi clase, pero al poco rato me doy cuenta de que, por profesional que pueda ser Sonia -como psicóloga y como se espera de una persona que estuvo cinco años en la universidad, maneja tres idiomas y ha viajado por todas partes del mundo- sus conocimientos de la historia, del momento actual que vive el mundo o Chile en particular es totalmente primario; sin embargo, es tal su entusiasmo e interés que logra conmoverme. Después de la tercera clase, a veces me quedo a tomar té y entonces a borbotones me cuenta sobre su ruptura con Carlos, su humillación, su soledad actual y después van apareciendo los fantasmas de su infancia, la madre, ese hermano monstruoso, la muerte de la única hermana y, por último, esa hija que por cuatro años le arrebataron. Pero, ¿tendrás amigas? -le pregunto yo. Ellas ya no viven en Chile y Vilma tiene a su marido muy grave. ¿Y Robin, tu hermano menor, él como artista debe entenderte? Está en sus cosas y es un derechista enfermizo que arrancó fuera del país llevándose a todos los suyos. Entiéndeme, Gladys, yo soy una renegada, por lo demás para la familia fui siempre la oveja negra y ahora me añaden el epíteto de traidora; me cerraron todas sus puertas que, por lo demás, no tengo ningún interés en atravesar. Yo creí que, dada su clase social privilegiada y lujosa, me iba a encontrar con una mujer prepotente y me doy cuenta de que esa criatura que tuvo todo en la vida creció en un mundo lleno de odios, rivalidades, abandonos y soledades. No sé si mis lecciones sirvan para hacer de Sonia alguien más preparado, más culto; lo dudo, pero lo que sí es un hecho es que se aferra cada vez más a mí y que, después de un tiempo, al adherir al MIR, se hará de

Otros amigos, especialmente de Augusto Carmona y su pareja, Lucía Sepúlveda. Me llama todo el tiempo: juntémonos a almorzar o en la noche, será un rato corto, pero necesito verte. Y su casa de Reñaca se convierte en un lugar de encuentro para los miristas y como el sitio se extiende hasta los cerros, varias veces lo usamos para formar escuelas de cuadro y su auto se lo presta a Bauchi y a varios otros. Nunca le pedimos dinero, pero aprovechamos su generosidad. Parece tan feliz.

Por primera vez pertenezco a un partido, movimiento, me corrige Gladys. No sé exactamente cuál es la diferencia, lo que sí percibo es que no soy un pájaro suelto que va de aquí para allá en busca de su nido. Poseo una familia concreta, muy unida y organizada, que exige disciplina, puntualidad y no acepta peros; eso no me molesta, por el contrario, porque sé que tengo un lugar en esta lucha, aunque sea de soldado raso, pero es propio, es mío, y no por ser la pareja de un socialista consecuente o la amante del hombre más odiado por la derecha. Pese a mis reveses en tratar de democratizar El Mercurio, las palabras de Gladys resuenan en mis oídos: la lucha será larga y llena de caídas, una verdadera militante se mide en esos momentos. Me lavo la cara y acudo a una cita con Yaco, mi cuñado, el viudo de mi hermana Marisol. Hace días que anda buscándome y sé que persiste en la idea de meterle pleito a Agustín por haberse quedado con la herencia que nos pertenece. Debemos tener cuidado con el abogado que tomemos -le digo -, hoy las cosas han cambiado y aunque Agustín está en Estados Unidos mantiene una poderosa oficina a cargo de sus asuntos legales; te propongo que vayamos a ver a Eduardo Novoa. Pero don Eduardo nos explica que él no puede tomar el caso, pues trabaja para el gobierno y eso es un impedimento; nos recomienda a Gonzalo Bulnes, un buen abogado, cuya honestidad es a toda prueba, él no se venderá a los millones de Agustín V: por él pongo mis manos al fuego, agrega.

Esa tarde recibo una visita muy inesperada, relata Bulnes. Una mujer bellísima acompañada de un señor que dice ser su cuñado entran a mi vieja y destartada oficina. Su intención es vender las acciones que poseen como dueños de El Mercurio al gobierno de Salvador Allende. Si logramos hacerlo -me dice - existirá un enemigo menos contra la Unidad Popular. Difícil misión la mía, pero después de conversarlo con mis socios de oficina decidimos tomar el caso. Le avisamos a Agustín a Estados Unidos sobre nuestras intenciones, mientras los amigos socialistas toman contacto con algunos partidarios del gobierno en el extranjero para tener el dinero listo en caso de que la proposición prospere. Agustín pide que la reunión con Sonia y sus abogados se realice en Buenos Aires, él no pisará territorio chileno, pues cree que su vida aquí corre peligro. Hay demasiada gente interesada en matarme, ¿comprenden? -nos dice por teléfono. La reunión se ha efectuado y Agustín -dentro de su prepotencia característica - no ha objetado el precio de la transacción ni la forma de pago. Sonia y Agustín se retiran a sus respectivas habitaciones. Nosotros nos vamos al bar a tomar un whisky para aliviar las tensiones. Yo les insisto en que la actitud de Agustín me ha parecido demasiado cordial: aquí hay gato encerrado, les confieso. Y mi intuición resulta acertada, pues al día siguiente Sonia nos dice que ella ya no venderá sus acciones, tiene los ojos hinchados y se niega a darnos más explicaciones. Gracias, compañeros -susurra -, les pagaré sus honorarios, sé que ustedes han dedicado mucho tiempo a este tema. Nos negamos a recibir nada y hasta mi muerte -como le contó Gonzalo a su hermano José María -, para mí fue un misterio inexplicable la actitud de mi cliente.

Son tantas las actitudes de nuestra vida que no tienen explicación -piensa Sonia dentro de su desvarío -, si ni yo misma logro entenderlas. Después de ese viaje a Buenos Aires y tras mi segundo fracaso como ayudista al gobierno de la Unidad Popular, caigo en una gran depresión. Sufro como todo el país, con el caos reinante y los estallidos de la oposición que se tornan cada día más violentos: huelgas a lo largo de todo el territorio, colas interminables para adquirir cualquier cosa, el asesinato del edecán del Presidente.

Mis compañeros del MIR me piden prestada constantemente la casa de Las Moscas para juntarse y prepararse para la lucha que se avecina, y los ejercicios paramilitares -a los que yo no soy invitada a participar - se practican en los potreros que circundan la casa. Yo los dejo hacer, pues estoy más preocupada en esos momentos por mis hijos: a Nico, cada día más rebelde, lo envié al extranjero por unos meses; y Dodó, en su último año de secundaria, no tiene mayor interés por los estudios y parece haberse enamorado; a Carolina le ha costado adaptarse y decido cambiarla de colegio. Me introduzco entonces en el método escolar que se imparte en un colegio especial, alternativo -como lo denominan -, llamado Vanguardia, basado especialmente en el arte, sobre todo en la música, y que le da gran libertad a los estudiantes. Allí conozco al director, Joan Vidal, que con mucha paciencia me da a conocer su metodología y poco a poco se va creando entre nosotros algo que se transforma en amor.

Me propone matrimonio, caigo en sus brazos y me siento de nuevo acogida; me parece tan atento, tan preocupado por mí. Nos casaremos el próximo mes. Decido comunicar este cambio inesperado de mi vida privada a Gladys, a quien hace meses no he visto. La noticia a ella le cae como bomba: pero, Sonia -me dice -, ¿lo conoces bien, sabes cuáles son sus ideas políticas? Es un hombre de izquierda -le contesto -, aunque no creo que milite en partido alguno, todo su interés está en el colegio. Le contaré a la directiva del MIR el nuevo rumbo que tomará tu vida -me replica muy seria -, veremos cuál será su reacción.

Para nosotros, que Sonia participe de nuestros quehaceres e identidades y ahora quiera compartir su intimidad con alguien que no conocemos y sobre quien no tenemos mayores antecedentes nos parece imprudente y de alto riesgo para nuestro movimiento. Si Sonia se casa con ese tipo no puede seguir en el MIR, concluye la directiva por unanimidad. Ayer se lo dije, estaba consternada. Pero mi vida privada no les incumbe -respondió -, yo quiero seguir militando, si tú me dijeras que no he cumplido, a la medida de mis fuerzas, con todo lo que ustedes me han pedido, -te encontraría razón, pero exigirme que rompa con el hombre que amo es injusto; tú sabes, Gladys, que sé guardar los secretos y que nunca haría nada para perjudicarlos; por favor, Gladys, no me impongas ese castigo, estoy enamorada y necesito a un hombre junto a mí. Se me partió el corazón; yo era muy dura, las órdenes eran esas, y comprendí que Sonia no se repondría fácilmente, pero ¿habría sido ella capaz de no compartir en momentos íntimos lo que considerábamos las decisiones secretas y los nombres de nuestros colaboradores?

La pesadilla de ese día, la pesadilla real, porque también las hay, no se ha borrado nunca de mi memoria y la voz grave de Gladys repica en mi deteriorado cerebro mientras una neblina densa cubre Santiago. Debo retirarme, pienso, mientras me envuelvo en un grueso chal, agarro mi bastón y camino lentamente hacia mi cuarto. Intentaré dormir, aunque sé que las imágenes de ese instante no me dan tregua. Así es. Ese día de mi derrumbe de militante del MIR sentí que me moría: Sonia, no sirves para nada, ni siquiera como una simple compañera de un pequeño partido político -repetían múltiples voces. Me envuelvo en mi manta, esa vez también lo hice, pero no logro suprimir -también esa tarde - ese frío helado que me cubre y penetra hondo hasta el corazón. Me falta el aire, se me traba la lengua y no logro hablar más con Gladys. Ella se levanta sin terminar su taza de café y la veo alejarse con el paso firme. No despego la vista de su silueta mientras se pierde en el bullicio de la calle. Se va mi gran amiga a su mundo, ese que fue también el mío, la maestra que guiaba mi quehacer político, todos esos compañeros que compartían conmigo reflexiones y tareas, pero, sobre todo, vuelvo a sentirme inútil en esta lucha del país, una buena para nada.

Me casé, era mi segundo matrimonio, pero ahora yo era una mujer madura, con experiencia y no exigiría la perfección, que bien sabía ya -con todos mis fracasos anteriores - que no existía en este mundo terrenal más que... quizás, en la poesía. Sólo asistieron a la ceremonia los hijos de un matrimonio anterior de Joan, sus padres y unos pocos amigos íntimos de ambos, Vilma entre ellos, más Dodó y Carolina -el Nico, que recorría Italia, ni se dio por enterado. Invita a tu madre -me dijo Joan. ¿A mi madre? -le contesté -, yo nunca he tenido madre; si te refieres a la Chabela, está enferma y nunca se ha preocupado de mi felicidad, más bien yo diría que sólo ha servido para hacerme más desdichada. Con Dunny había roto toda relación desde esa noche en Buenos Aires y, por lo demás, él y Robin vivían en Estados Unidos. ¡Qué interés podía tener en que asistieran estos hermanos tan poco hermanos!

Durante los meses de noviazgo con Joan solía darme unas vueltas con mis perros guardianes por El Mercurio y algunos dirigentes sindicales entraban a saludarme a mi oficina, pero de lo que se tramaba entre bambalinas o de lo que se discutía en el consejo, del cual fui vetada tras la fracasada toma, no sabía absolutamente nada. Así como mi otra boda había sido pública y vistosa, esta, decidí, sería discreta, además sólo reflejaría mi tristeza y apatía general ante mi fracaso de luchadora política postergada que pasaba al de simple observadora. Joan Véliz estuvo de acuerdo: mi familia es muy sencilla -dijo - y los tiempos son demasiado críticos para jolgorios.

Después de una corta luna de miel en Las Moscas regresamos a Santiago. El colegio Vanguardia no se había declarado en huelga y los niños, no todos, seguían asistiendo, pero los acontecimientos se precipitaban. El general Prats había sido obligado a renunciar al Ministerio, la mayoría de los ciudadanos pronosticaban una guerra civil o un golpe de Estado. Existía desabastecimiento. Para no sentirme por completo inútil decidí participar en el JAP (Juntas de Abastecimientos Populares), que dirigía el general Alberto Bachelet. En mi barrio de gente acomodada sólo servía para que los ricos no creyeran que eran ignorados, pero yo sabía que ellos no carecían de nada, pues sus despensas estaban bien provistas y la mía

También, pues el chofer de Chabela llegaba todas las semanas con cajas de provisiones: la señora se las manda para que sus nietos no pasen hambre. El 11 de septiembre, día del golpe, mientras los militares se movilizaban para tomarse La Moneda, yo estaba en el colegio. Nuestra inmediata preocupación con Joan fueron los alumnos y que ellos pudiesen llegar sanos y salvos de regreso a sus hogares. Después de cumplida esta misión nos miramos desconcertados: ¿qué debemos hacer? No se te ocurra ir a meterte al Mercurio -me pidió Joan -, que por lo demás debe estar cerrado a machote, si esos hipócritas son los mayores culpables; claro que después de provocar todo esto deben estar escondidos en algún lugar seguro, porque ellos no están dispuestos a arriesgar sus vidas. La niña Carolina, cansada de tanto alboroto, se refugió en mis brazos, y mientras yo trataba de explicarle lo inexplicable le dije a Joan: volvamos a casa con ella, averigüemos dónde anda Dominique y escuchemos la radio, porque la televisión ya no da ninguna noticia. Las calles estaban vacías, sólo nos cruzamos con un par de autos y algún peatón apurado que, como nosotros, parecía buscar refugio. Dodó dormía profundamente, desde hacía unos meses pololeaba con Andrés Concha y había vuelto al amanecer, no quise despertarla. Me instalé frente al televisor que no transmitía más que órdenes emanadas de una junta de uniformados que indicaban que toda la ciudadanía debía permanecer en sus hogares, que era peligroso circular por las calles. Prendí la radio. Desesperada e impotente, escuché las últimas palabras de Allende y vi -porque eso sí lo transmitió la TV - cómo bombardeaban La Moneda y moría la experiencia de la Unidad Popular, que para mí y tantos otros había sido la ilusión de nuestra existencia.

VIII

Estaba desorientada, mi único medio de comunicación durante esos primeros días era el teléfono. Recibí un llamado de mi madre, la Chabela, que estaba eufórica: se acabó el peligro del comunismo, ahora volveremos a tener un gobierno que imponga el orden, y Agustín y Robin podrán regresar a Chile, se acabaron las colas para conseguir alimentos, estoy feliz... Yo le contestaba con monosílabos, pues por mis amigos sabía que la represión era terrible, que el Estadio Nacional estaba repleto de prisioneros y que circulaba el rumor de muchos muertos. Mi marido estaba tan abatido como yo, pues varios profesores no habían dado más señales de vida y las clases no habían vuelto a reanudarse. ¿Qué será de Mauricio Araya y de Genaro Domínguez, conocidos socialistas?, ¿se habrán asilado en alguna embajada? A fines de esas semanas de incertidumbres recibí el llamado de un médico, colega mío en el Hospital Psiquiátrico. Sonia -dijo -, ¿estarías dispuesta a darle refugio por unos días a una pareja de argentinos, amigos míos, cuyas vidas corren peligro? Por supuesto -le contesté -, cuando quieras. Los dejaré a unas cuadras de tu casa, llegarán caminando antes del toque de queda; gracias Sonia, yo sabía que podía contar contigo. José Luis y Mabel son encantadores. Él era profesor invitado por un año en la Universidad de Chile, ella es socióloga, ambos duermen en el cuarto de Nico y son muy discretos. En las tardes mantenemos largas charlas junto a Joan, que no puso mayor inconveniente por estos huéspedes: si podemos hacer algo a favor de los perseguidos, tanto mejor -expresó con su mejor sonrisa-, espero que aquí no corran ningún riesgo. Sin embargo, no tengo ninguna certeza, pues algunas preguntas indiscretas de este novio de Dodó me inquietan. Ayer ella lo invitó a almorzar y aunque José Luis y Mabel permanecieron encerrados en su departamento, él me largó dos preguntas que me llamaron la atención: así es que hay nuevos alojados, ¿son amigos suyos?, ¿los conoce desde hace tiempo? Pero si no hay nadie más que nosotros, los de siempre -respondí-; él cambió bruscamente de tema y la mirada de Dodó, azorada, me dio mala espina. La conozco tan bien, y aunque me prometió no contarle a nadie sobre la existencia de estos refugiados, algo debe haberle insinuado a Andrés, y él ha estado demasiado feliz con el golpe como para que nos quepan dudas de qué lado está. Al terminar de comer llamé a mi colega médico y le conté lo que había pasado. Dile a mis amigos que salgan inmediatamente, yo los pasaré a recoger dentro de una hora, que nadie se dé cuenta de que se fueron, que salgan por la puerta trasera.

Nos acostamos temprano, como nos había acostumbrado el toque de queda, y dormíamos profundamente cuando oí los ladridos insistentes de los perros. Luego, fuertes golpes en la puerta de calle. Apenas había alcanzado a ponerme la bata y correr a la puerta cuando escuché la caída del grueso portón de madera del jardín y voces de mando. Joan había llegado a mi lado: tranquila, tranquila -me dijo -, esto parece un allanamiento, no les levantes la voz, hazte la tonta, espero que no hayan descubierto a los allegados, porque... y se abrió la puerta e irrumpieron dentro del pasillo dos o tres militares con metralleta, que nos apuntaron. ¿Qué pasa?, ¿qué pasa?, pregunté aterrada. Esto es un allanamiento -dijo el que parecía mandar -, aquí se esconden dos terroristas. ¿Cómo se les ocurre? -les respondí con voz autoritaria, pese a la recomendación de Joan -, aquí viven sólo mi marido, mis dos hijas, la cocinera y la nana a cargo de la más pequeña. Joan, conservando la calma, agregó: mire, mi capitán, o lo que sea, nosotros somos profesionales dedicados a la docencia, yo soy director de un colegio, cómo cree usted que voy a estar metido en acciones subversivas. Yo obedezco órdenes y nada más -dijo el tal capitán con voz atronadora -: que todos salgan de sus dormitorios y se coloquen contra el muro exterior con las manos en alto, mientras mis hombres registran el lugar. Y entraron como veinte milicos más con las caras pintadas, de boinas negras, unos a cargo de apuntarnos, otros dedicados a buscar a los supuestos terroristas. Permanecimos como media hora todos en silencio pegados a la pared, en un silencio que sólo era interrumpido por los sollozos de Dodó y por el canturreo de la nana abrazada a Carolina, que en su medio sueño no se daba cuenta de lo que sucedía. Después de toquetearnos por todo el cuerpo con el fin de averiguar si teníamos algún arma, el capitán nos dijo: con gente como ustedes nunca se sabe. Nos llevaron entonces a la sala de estar: pueden sentarse -nos indicó-, sin hablar ni hacerse señas, nosotros registraremos el lugar. Dodó se dejó caer en un sillón, a la pequeña Carolina la recostamos tapándole las piernas con un cojín, la Berta y la Domitila se sentaron sin levantar la vista, y Joan y yo, tratando de conservar la poca dignidad que nos quedaba, permanecimos en el sofá sin pronunciar palabra. Yo sabía que contaba con la lealtad de todos ellos y que nadie iba a delatar la presencia por una semana de la pareja argentina, pero mis dientes castañeteaban ante el temor de que Carolina, dentro de su inocencia y medias palabras, pudiese dar una pista. Tres milicos apuntándonos con sus armas nos rodeaban, mientras se abrían y cerraban puertas, caía la ropa de los clóset, los libros de los anaqueles, si hasta introdujeron la punta de sus metralletas en el cielo falso de la terraza y dentro de los colchones. Se dirigieron enseguida al jardín, pisoteando las flores, destruyendo los matorrales. Regresaron a la sala y comenzaron los interrogatorios: ¿dónde escondieron a los subversivos?, porque sabemos que aquí se alojaron. Aquí no hay ningún subversivo y nunca hemos tenido alojados -insistía yo. Así es -agregaban la nana y la cocinera. Dodó no dejaba de llorar y entre sollozo y sollozo sólo murmuraba incoherencias. Después de un lapso que para nosotros fue eterno se retiraron sin antes romper y hacer pedazos varios libros que les parecieron de títulos dudosos, como los que mencionaban la palabra revolución o marxismo. Deben haber pasado dos o tres horas, yo perdí la noción del tiempo, cuando el que estaba al mando se dirigió a mi marido y yo: señor, señora -dijo cuadrándose -, espero no haberles causado muchas molestias, pero las órdenes son las órdenes, y debemos cooperar con la tranquilidad del país, todavía existen focos de resistencia y con estos malhechores, vende patrias, hay que ser implacables, porque todos pretendían matarnos como lo señala claramente el Plan Zeta.

Después de esa perorata se retiraron. Les han lavado el cerebro -le dije a Joan -, están completamente abrutados. Esto es un espanto -se lamentó -, mira cómo han dejado la casa, y eso que no encontraron a los fugitivos, menos mal que se fueron ayer, gracias a que tú presentiste el peligro. Te imaginas, querida, lo que habría sucedido si los encuentran, dónde habríamos ido a parar todos nosotros. ¿Y que habría sido de ellos?, murmuré, si dicen que a todos los que tienen acento de otros países latinoamericanos los consideran más peligrosos y los matan sin consideración alguna. Sonia, Sonia no seas exagerada -agregó Joan -, vamos todos a dormir, mañana limpiaremos este caos. Buenas noches, y gracias Domitila y Berta, yo sé que cuento con ustedes -añadí besando a cada una en ambas mejillas. ¿Quién será el que nos acusó a los militares de tener refugiados? -preguntó en un susurro Joan, mientras se retiraba a nuestra habitación. Debe haber sido un vecino -aseguré -, pero yo sabía, y también Dodó, quién era el delator.

Lucía Sepúlveda, compañera de Sonia del MIR, varios años después, recuerda: a pocos meses del golpe militar no era fácil conseguir un lugar donde vivir. En julio de 1974, con mi pareja Augusto (El Pelao) Carmona y mi hija Eva María, recién nacida, vivíamos en una pensión de familia, en calle Nueva Seminario. Al Pelao lo buscaban por ser dirigente del MIR y periodista

De la revista Punto Final y a mí, por no haberme presentado a declarar en un proceso de la FACH, donde me declararon reo en rebeldía. Varios de mis compañeros de trabajo de Televisión Nacional ya estaban presos. Por eso vivíamos clandestinos. Desesperados, porque no sabíamos dónde escondernos, El Pelao se acordó de Sonia Edwards. La habíamos conocido cuando se hizo cargo de El Mercurio y tomó decididamente partido por el proceso de cambios que vivía el país, separando aguas con los intereses económicos de su familia. Habíamos compartido con Sonia y otros amigos miristas algunos fines de semana en su casa en Reñaca. Era leal y decidida y nos parecía una persona de confianza. Cuando acudimos a ella, nos acogió como compañeros y mostró una enorme preocupación por el bienestar de nuestra guagua y por otros amigos presos. Accedió a ser aval para el arriendo de una casa en la calle Capitanía y nos acompañó a firmar el contrato de arriendo ante una corredora de propiedades, que se mostró encantada de tener a una arrendataria con semejante aval y garantía. Sonia nos dijo que no quería saber nada sobre nuestro quehacer y nos abrazó con cariño al despedirse. Ella había vivido con enorme alegría y expectativa los días de la Unidad Popular y ahora le deprimía ver cómo día a día el país que había soñado se iba derrumbando sepultado por la bota militar. Sonia ya no tenía con quién hablar de sus sueños. Varios de sus mejores amigos habían partido al exilio y otros, ex académicos, estaban cesantes y deambulaban sin rumbo. Sus hijos no la entendían. Quizá vernos era para ella como recuperar por unos instantes un chispazo del mundo perdido y dar un paso al costado del asfixiante universo familiar que la aislaba y enjuiciaba. Fueron pasando los años y cuando en 1977 la CNI asesinó a mansalva a mi compañero, El Pelao, la fui a ver para que me ayudara a decírselo a mi hija. Sonia era psicóloga y me apoyó enormemente en esos días difíciles. Me llevó a conocer a su maestra, la psiquiatra Lola Hoffmann, compartiendo así conmigo lo que más apreciaba y que tenía que ver con el rumbo que tomaría su vida en esos años, muy ligados al trabajo con niños y pacientes terminales, a la sabiduría oriental, al pensamiento holístico y al yoga.

A fines de 1975 se instaló definitivamente en Chile Agustín V con su familia, muebles, alfombras y demases. Ahora debía exigir, después de su participación encubierta en el pronunciamiento militar, la devolución de gran parte de su fortuna, intervenida durante los años de la Unidad Popular, y retomar la dirección y control de El Mercurio. Pese a que el diario no había perdido su circulación, más aun, había aumentado, y la línea editorial trazada desde Estados Unidos era la misma, varios periodistas y personal auxiliar le parecieron a Agustín de dudosos antecedentes izquierdistas. Los despidos no tardaron, entre los más conocidos el de julio Lanzarotti, que al perder su cargo fue detenido y torturado, viéndose obligado posteriormente a exiliarse en Venezuela con su mujer e hijos. La ausencia de Lanzarotti y su equipo acarreó la desaparición momentánea de la Revista del Domingo. Otras revistas, controladas por la empresa, también sufren depuración, como Paula que, destituido su equipo de redactores, entre ellos Isabel Allende, la futura escritora, fue entregada a su hermano Robin. Mampato, revista juvenil, dejó de existir. Los periodistas y trabajadores de El Mercurio de ese entonces recuerdan las vejaciones y humillaciones a que fueron sometidos. Cuando los colegas pretendieron solidarizar con los expulsados, Agustín decretó un alza de salarios y otras regalías que neutralizaron toda protesta.

Durante ese tiempo comenzaron las discrepancias entre el director, René Silva Espejo, y Agustín. René estaba profundamente sentido con las actuaciones de su jefe, que en vez de felicitarlo por su desempeño durante los difíciles años de la Unidad Popular, desarticulaba su organización y además, sin su consentimiento, recibía ayuda del Opus Dei. Silva Espejo era agnóstico y le expresó entonces a Agustín: El Mercurio, considerado liberal y sin inclinaciones religiosas, ahora se ha puesto al servicio de una orden católica sectaria, eso me parece intolerable. Agustín deseaba su renuncia, y para eso le ofreció embajadas y otros puestos importantes que René no aceptó. Su salud se vio afectada.

Silva Espejo expresa gran parte de su resentimiento en un libro que escribió durante los años siguientes: El Mercurio y su lucha contra el marxismo, dedicado a sus amigos y colegas del periódico. Allí queda de manifiesto cuánto se expuso como director en la lucha contra el gobierno de Allende, a tal punto que el gobierno de la Unidad Popular le suspendió todo el avisaje estatal, ordenó su fiscalización a Impuestos Internos y clausuró por un día el diario debido a una querrela que ganó acusando al Mercurio por injurias y calumnias contra el Presidente de la República. De la lectura de este ensayo se desprende que mientras Agustín Edwards vivía en Estados Unidos, a buen resguardo, él exponía diariamente su seguridad. Eso pensaba René, pero Agustín no le expresó su agradecimiento y en el diario tomó medidas contra personas que él apreciaba, suspendiendo, además, revistas que para René atraían a un

Sector importante de la ciudadanía. La relación entre ambos se fue deteriorando cada vez más hasta que, en 1978, Agustín nombró en su reemplazo al subdirector Arturo Fontaine Aldunate. René Silva Espejo falleció en 1980, sin reconciliarse con su viejo amigo y posteriormente jefe, Agustín V.

Pero Agustín ha retornado a Chile dispuesto no sólo a controlar El Mercurio, sino a tomar el mando de su imperio e investigar el balance económico de sus bienes. Allí, sorprendido, descubrió que el informe contable proporcionado por Hernán Cubillos era dudoso y meses después lo destituyó como administrador de su patrimonio. En relación a las empresas que durante la Unidad Popular fueron confiscadas, logró su devolución entre los años 1974 y 1975, pese a la resistencia de ciertos generales, como Bonilla, Arellano Stark y Nicanor Díaz Estrada, quienes aspiraban transformarlas en Cooperativas de Trabajadores.

Sorpresivamente -recuerda Sonia -, recibí una carta de mi cuñada Malú antes de su regreso a Chile. Me enviaba un pasaje para Estados Unidos y una beca para estudiar pintura durante un año en Nueva York: ahora que Dodó se casa y Nico sigue en Europa creo que debes aprovechar de vivir en Nueva York un tiempo. Sé que has tenido problemas con el nuevo régimen (debe referirse al allanamiento de mi casa, supongo) y que te sientes sola después de la separación de tu marido. Deja a Carolina bajo el amparo de Jenny, la quiere y cuida tan bien, y vente. Yo estaré todavía aquí por unos meses, mientras embalo muebles y cuadros, y podré dejarte instalada. Te espero... Parece que Malú -pese a que es tan diferente a mí - me quiere o me tiene lástima, que es lo más probable, pensé. Y así fue como partí a vivir una nueva experiencia. Me hacía falta cambiar de aire después de ese año de decepciones, y alejarme de Chile se convertía en una necesidad de sobrevivencia espiritual.

Me he sentido bien, aquí en Nueva York, y mi relación con Malú ha sido excelente. La siento menos convencional. Tiene muchas amistades en el medio artístico, especialmente con un pintor que le hace la corte. ¿Es posible que Malú se haya liberado de la tiranía del Dunny? Ella, como accionista del MOMA, posee poder, y sabe moverse en el mundo del arte con inteligencia y simpatía. Hace años estuvo enamorada de Nemesio Antúnez, el bello pintor chileno que era Adicto Cultural de Chile.

Ese entusiasmo ¿se transformaría en algo más serio? ¡Ojalá haya sido así! Aunque sé que Dunny jamás permitiría que su matrimonio fracasara y usaría todas sus tretas para someter a su mujer a sus intereses, pero como ahora está preocupado de recobrar el poder económico y político del que era dueño antes de Allende, nos permite a Malú y a mí divertirnos. Sé que estas son unas vacaciones cortas, pues mi lazo con los hijos, perros, caballos y mi país es demasiado fuerte.

Nunca he creído en la inteligencia y preparación política para gobernar de los militares - comenta Agustín V a sus íntimos -; sin embargo, admiro la mano de hierro demostrada por ellos en la toma del poder y en el orden y tranquilidad que ahora reina en Chile, y que debe continuar. Debemos, eso sí, a corto plazo, entregar a los civiles la reconstrucción económica del país y para eso nadie más apropiado que el equipo encabezado por el jefe de la sección "Economía y Trabajo" de El Mercurio, Sergio de Castro. Usaré mi influencia para que se concrete su nombramiento como ministro de Hacienda. Afortunadamente soy escuchado y el general Pinochet, que posee el poder, llama a De Castro y sus Chicago-Boys para que tomen las riendas de este país en quiebra.

Durante ese período, El Mercurio se dedica a aplaudir con fervor las medidas neoliberales de ese grupo precursor de una nueva fórmula de gobierno, entregado a las fluctuaciones del mercado sin injerencias de un Estado vigilante y benefactor. Ahora que me han devuelto mis empresas, voy a aprovechar la congelación del precio del dólar a 39 pesos para vender mis industrias a Javier Vial y a Anacleto Angelini e invertiré ese dinero en el sector financiero: bancos, seguros, AFP. Difícil, para no decir imposible, será así detectar mi patrimonio, pues al ser sociedades de responsabilidad limitada la Superintendencia no puede obtener mayor información. Pocos años después celebro con mis colaboradores las suculentas ganancias obtenidas.

Sin embargo, negros nubarrones amenazan este aparente éxito y la quiebra del grupo económico CRAV da la señal de peligro. Agustín envía entonces a representantes para que tranquilicen a los banqueros norteamericanos. La visita logra que seis mil millones de dólares ingresen al país, avalando el buen funcionamiento económico de la dictadura. No obstante, Chile vive impactado con las noticias de empresas en quiebra, sobre todo, por ejemplo, de la Refinería de Azúcar de Viña del Mar, en más de cien millones de dólares, más que todo el presupuesto del PEM (Programa de Empleos Mínimos) usado para disfrazar la cesantía. El gobierno minimiza el hecho asegurando que la economía es sólida y que el modelo está sobre

Contingencias. Agustín se tranquiliza. Pero la calma le dura poco: lee atónito un editorial de su propio diario firmado por Arturo Fontaine, del 4 de abril de 1982: "Las cosas se están haciendo mal, se están manejando con una rudeza de inexpertos, lo que provoca desánimo en los partidarios del gobierno y pone a éste en peligro de quedar sin más defensores que sus aguerridos soldados...". ¡Cómo es posible que esta severa advertencia, que crea más inseguridad, sea lanzada por el más entusiasta diario partidario del régimen! ¡Esto es inaudito!, exclama Agustín. Comprendo que la revista Análisis, dirigida por esa banda de periodistas izquierdistas proclame que "La magnitud de la estafa de CRAV demuestra nuestra absoluta dependencia del crédito externo y de un 'modelo' inspirado en la especulación y en la destrucción sistemática de nuestras unidades especulativas", pero que mi diario ponga sobre aviso a un sector quisquilloso del gobierno me parece echarle más leña al fuego. Ante ese peligroso exabrupto de Arturo le exigiré su inmediata renuncia. Los empleados de El Mercurio recuerdan: un día llegó don Arturo y ante nuestro asombro dijo que venía a despedirse. Todos nos asomamos y lo vimos bajar por la gran escalera blanca del edificio de Compañía. Zegers, el director de La Segunda, corría detrás de él para pasarle el abrigo. No lográbamos explicarnos esta súbita partida de nuestro director.

Arturo Fontaine había dado la alerta y pese al optimismo de Agustín y las declaraciones oficiales de Pinochet -"el dólar se mantendrá sin variaciones, como lo ha estado durante tres años"-, de un día para otro, sin que nadie lo sospechara, el dólar se disparó de 39 a 47 pesos, y en los días siguientes continuó su alza. Con ese cambio, Sergio de Castro y sus Chicago-Boys tuvieron que renunciar y varios cayeron posteriormente a la cárcel por deudas impagas.

Agustín Edwards se derrumbó y estuvo al borde de perder toda su inmensa fortuna. Sus acreedores se apropiaron de sus mansiones de Lo Curro y de Reñaca, el edificio tradicional de El Mercurio fue entregado a cambio de unos terrenos abandonados en los márgenes del río Mapocho, en Lo Curro. Ese año, Agustín V debía tres veces y medio su patrimonio, o sea 26 mil millones de pesos. Ante esta bancarrota, la primera disposición de Agustín era salvar a su hijo predilecto, El Mercurio. Congeló entonces los salarios, redujo las plantillas, despidió a gran parte de los empleados y le rogó a los accionistas que por un tiempo no exigieran dividendos. No obstante, el diario bajó ostensiblemente su circulación y por ende el avisaje, pilar de su sustento, también desfalleció.

Agustín está deshecho. Sentado en el sillón en que preside el consejo, agarra su cabeza a dos manos, suspira y se siente derrotado. Al elevar la vista se enfrenta con la imponente figura de su CCgranpá", que desde su retrato le clava la vista decepcionado: no te echas a morir, eres un Edwards y nosotros hemos sabido, a través de nuestro destino, hacerle frente a situaciones peores que las tuyas. Conserva la calma, usa tu cerebro y saldrás victorioso. Recuerda la quiebra del primer Edwards, allá por el año 1820, cuando financia la Escuadra Libertadora, y cómo se recuperó; acuérdate de tu bisabuelo Agustín II, cuando el Presidente Balmaceda le confiscó sus bienes en 1891; de mí, tu abuelo, cuando Ibáñez me deportó e intervino mis bienes durante la dictadura de 1927. Y tú, ¿no supiste manejarte con astucia en los años negros del marxismo? ¿Qué te pasa? ¡Ánimo! La historia hace a los Edwards imbatibles.

No sé si fueron las palabras de mi abuelo que cambiaron mi actitud derrotista, pero decido pedir auxilio y al poco tiempo recibo el apoyo de mi amigo Álvaro Bardón, presidente del Banco del Estado, que me ofrece traspasar mi inmensa deuda a nuevos créditos. Menos mal que esto se concretiza semanas antes de que asuma el electo Presidente Patricio Aylwin. No obstante, dos años después, el nuevo jerarca de este banco, Andrés San-fuentes, denuncia a Álvaro Bardón de haber cometido fraude al fisco y falsificación, pues esta operación implicó una pérdida de ocho mil millones de pesos de la época, o sea, el ocho por ciento del capital del banco. La justicia determina su culpabilidad y lo encarga reo. Lo siento por mi amigo y con el fin de paliar la vejación que sufrió por mi culpa lo designo como uno de los ejecutivos de la empresa de El Mercurio.

También, varios propietarios de periódicos de provincia que sufrieron por esta crisis los mismos avatares que yo, debieron entregar sus empresas insolventes al Banco Edwards. ¡Oh coincidencia, yo recibo, un siglo después -como mi bisabuelo lo hizo con el primer Mercurio de la familia Tornero - sus empresas periodísticas de regalo! Así, la red de El Mercurio aumentó a 16 diarios, más de los 44 ya existentes a lo largo del país, dominando todo el panorama nacional, no sólo a nivel informativo, sino en el avisaje. ¡Gracias, antepasados que llevan mi sangre y me legaron su conducta!

Poco a poco, la familia ha vuelto a sus quehaceres en Chile. Malú ha retardado su regreso por los estudios de los hijos y sus compromisos con el MOMA, del cual es accionista. Pronto también regresará Robin con todos los suyos. La Chabela nunca quiso emigrar y creo que,

Como yo, el hecho de separarse de Dunny la relajó, la hizo sentirse más libre junto a sus amigos extravagantes, sobre todo los artistas, aunque ellos estaban contentos con la experiencia de la Unidad Popular. Claro que Chabela no permitía que se hablara acerca de temas políticos en su presencia ni que se alabara al pije ese de Allende, botado a comunista, que quiere convertir a Chile en una segunda Cuba, pese a que yo sé que varios de ustedes se pasan aplaudiéndolo -exclamaba con una carcajada irónica-, pero mis amigos serán siempre mis amigos. Y las fiestas y paseos se sucedían como en los mejores tiempos.

Hoy vino a verme Sonia después de su regreso de Nueva York. Yo estaba sumergida en mi pena, hacía una semana que mi marido, con quien compartiera momentos únicos, había fallecido, pero Sonia estaba tan alterada que sólo me limité a escuchar sus largos monólogos, mientras se paseaba de un lado para otro por el cuarto fumando un cigarrillo tras otro. Repentinamente, se dejó caer sobre el sofá y me dijo: ¡Vilma, Vilma, no siento esta pierna, parece que se murió, no la puedo mover, está tiesa y fría!, ¿qué me estará sucediendo? La examiné, la pierna estaba muy hinchada y de inmediato comprendí que era algo grave, llaméla ambulancia y partí con ella a la clínica. Después de varios exámenes, el diagnóstico me pareció aterrador: su amiga sufrió una embolia producida por un tumor cerebral, no puede fumar nunca más y lo más probable es que tengamos que operarla. Durante las semanas previas a la operación, acompañé a Sonia a realizarse múltiples exámenes, nunca más la vi sacar un cigarrillo, como si jamás hubiera sido adicta, y permanecía largas horas en silencio, asida a mi mano, estrechándola con desesperación. Joan llegaba a ratos a verla, pero comprendí que entre ellos la relación estaba rota desde hacía tiempo. ¿Qué será de Carolina si muero? -me confió Sonia una tarde. Debes, Vilma, tomar contacto con su padre, Alfredo Carmona; dile, por favor, que venga a verme, necesito arreglar el futuro de Carolina, no puede quedar desamparada y sin dinero, ella es tan hija mía como Nico y Dodó. Logré dar con el paradero de Alfredo y después de una larga conversación privada entre Sonia y él, aceptó reconocer a Carolina como su hija y después de consultar con un abogado, la pequeña quedó en el testamento de Sonia en las mismas condiciones de heredera que sus otros dos hijos. Estoy más tranquila ahora -me dijo Sonia-, que sea lo el destino me depare, no le tengo miedo a la muerte.

Me acabo de someter a una operación al cerebro. Ha sido exitosa -me indica el cirujano-, sacamos el tumor y no es de origen canceroso, eso sí esta clase de tumores se repiten y lo más probable es que se presente otro. Mi relación con Joan se ha estropeado definitivamente; claro, cómo, podía pensar que después de mi larga estadía en Estados Unidos él me esperaría. Debe ser por mi culpa, como siempre lo ha sido con mis parejas. No creo, según me dicen mis amigas Isabel, Vilma o Mariana, que todos estos hombres con los que me he embarcado y me juran amor eterno se hayan acercado a mí por el dinero. Yo soy quien no sabe mantener el amor, convivir, hacerse necesaria, crear el cariño mutuo, ser una verdadera compañera. No sé por qué, aunque debe ser por la influencia de Dunny, pero no les permito que me den consejos económicos ni que mencionen la palabra dinero, ni probar la Coca-Cola: en mi casa no se bebe más que Pepsi-Cola, aunque ustedes insistan en que no es lo mismo -les digo con voz mandona. Después del primer tiempo de pasión empieza la rutina de la vida cotidiana y yo me siento perdida y afloran mis defectos y la relación se torna difícil y mi pareja, que parecía un dechado de cualidades, se pone antipático y yo sigo insistiendo para que subsista el milagro, pero los milagros conmigo no se dan.

Desde el 11 de mayo de 1983, primera protesta callejera, la dictadura comienza a perder públicamente prestigio y su autoridad se debilita, fruto, sin duda, de la crisis económica. Justo un mes después, el 12 de junio, tres muchachos de extrema pobreza suben de paseo al cerro El Membrillar, ubicado al norte de Peñablanca, próximo a Villa Alemana. Mientras dos de los chicos inhalan neoprén, al tercero, llamado Miguel Ángel Pobrete, de 14 años, lo envuelve una nube brillante que gira sobre un espino. Muy asustado, se pone a correr, pero una voz lo detiene: ¡Miguel, Miguel Ángel! El muchacho gira y descubre, de pie y sobre el arbusto, a una joven hermosísima sin zapatos que sobre sus hombros lleva un manto azul y en la cabeza un velo blanco. Miguel Ángel exclama: ¡Ave María Purísima! Mientras de prisa se persigna, ella agrega: sin pecado concebida, y allí Miguel Ángel cae de rodillas en éxtasis. Ella dirige su vista al cielo y exclama: rezad el rosario. Esta aparición termina cuando ella lo invita a regresar al día siguiente. Esta noticia tuvo durante meses gran repercusión en los diarios de la cadena mercurial y en sus portadas se exhiben fotografías en primera plana de Miguel Ángel; las radios y la TV cubren la noticia: "Un milagro se ha producido en Chile"; "Cientos de personas tras el niño de la Virgen"; "Miguel Ángel informa que hoy la Virgen hará un importante anuncio"; "La Virgen exhorta a cesar la violencia en el país"; "La Virgen denuncia a

Los obispos impuros y pide distinguir entre sacerdotes buenos y malos". Para la dictadura los curas buenos son sus partidarios; los malos son los seguidores del cardenal Silva Henríquez, los que amparan a los extremistas, señalan los lugares de tortura, han creado la Vicaría de la Solidaridad, salen a las protestas... La revista Análisis, contraria al gobierno, realiza un reportaje al cura Jaime Fernández, integrante de la comisión investigadora de la Iglesia. Este declara: "Nos parece sospechoso y ambiguo todo el alboroto artificial dirigido por gente que no muestra sus rostros, con equipos amplificadores y potentes focos de luz, elementos que nos hacen dudar. Se trata de una virgen chacotera, que hace bromas de doble sentido, que siembra cizaña entre obispos buenos y malos, que está preocupada de política, que se aparece justo los días de protesta, que manda recados respecto de que no le gusta el ruido de las ollas, una virgen que se permite decir garabatos; que cuando expresa que los sacerdotes son una cloaca de impurezas señala que 'para los que no sepan qué es cloaca es el lugar donde va a parar la mierda'. Esa Virgen María no es nuestra. La Iglesia la desconoce y más que una herejía es un show absurdo", declara oficialmente. Y, escéptico ante este acontecimiento, abre una investigación a cargo del obispo de la arquidiócesis de Valparaíso, Francisco de Borja Valenzuela.

Con el pasar de los meses, la peregrinación hacia el cerro El Membrillar se vuelve multitudinaria. Este suceso dura hasta octubre de 1988, cuando se compatibilizar unas 480 apariciones, no sólo en Peñablanca, sino, esporádicamente, en Villa Alemana, Quilpué, Valparaíso, Ocoa y Santiago, pese a que la Iglesia declara en su informe final: "Descartamos las apariciones como un hecho divino. El fenómeno no goza de fundamento de credibilidad y hemos llegado a esta certeza después de analizar la abundante información que ha arrojado una minuciosa investigación. Alertamos a la gente, pues se está jugando con su buena fe". Tras haber sido despojado de parte de su ropa y casi ahogado por sus seguidores con el afán de tocar o poseer algo de ese futuro santo que los curaría de todos sus males, Miguel Ángel debe ser protegido y ocultado de sus seguidores. Pero, súbita y misteriosamente, de un día para otro, después del gran impacto que había causado este fenómeno, desapareció al triunfar el "No" en el plebiscito. Según contó un cercano a Agustín V, el muchacho Miguel Ángel fue sacado del lugar secreto donde se guarnecía en un avión particular de propiedad de Agustín V con rumbo desconocido.

Eso puede ser parte del final de la leyenda, pero lo que sí está comprobado es el hecho de que los medios de comunicación, que tanta cobertura le dieron, nunca más se refirieron al milagro de la Virgen de Peñablanca, pues ya había cumplido su cometido: el falso milagro, muy bien programado, había sido la noticia del momento y le había quitado a las protestas su lugar en las portadas de los periódicos y la participación de un pueblo marginal que en su desaliento prefirió irse a los cerros y potreros de El Membrillar para escuchar el mensaje de la Virgen María y contemplar las luces que la envolvían antes que arriesgar su seguridad, gritando consignas y prendiendo fogatas para detener el tráfico.

No he sabido más de Joan, que ni siquiera me llama para saludarme o saber algo de mí. Pero la cercanía de Lola Hoffmann, sus consejos y las largas sesiones de meditación con ella me han devuelto tranquilidad. Estoy instalada en mi bella parcela de La Reina Alta, junto a Carolina y mis perros; el Nico regresa pronto y me ha dicho que dará su prueba de aptitud académica y entrará a estudiar medicina. Dodó está felizmente casada y me dará un nieto. Lo que me tiene en especial contenta es la compañía de Lucía, antigua compañera del MIR, y su hijita. Llegaron a mi casa pidiéndome asilo, pues la CNI había estado a punto de detenerla y su fotografía, junto a la de otros cinco compañeros, había aparecido en El Mercurio. ¡Gracias, gracias! -exclamó cuando yo le abrí de par en par la puerta - Tú siempre serás mi amiga -le dije -, puedes quedarte aquí cuanto quieras.

Me sentí tan acogida por Sonia esos meses que estuve en la Reina Alta -recuerda hoy día Lucía Sepúlveda -, era como un oasis en medio de la vida clandestina. Y había que ser corajuda en esos tiempos para esconder a una perseguida política como yo. Hablábamos con Sonia en inglés, como a ella le gustaba, y me presentaba como María Inés, la bibliotecaria encargada de ordenar sus libros, tarea que efectivamente hice, fichando cientos de volúmenes, libros de niños, sobre educación, y cuentos, ensayos, novelas, biografías, muchos textos de psicología, psiquiatría, budismo, feminismo, yoga y filosofía oriental y revistas de animales y plantas. Nunca leí tanto y tan buenos libros como en esos meses, y mi hija disfrutó de juguetes, de la hermosura del jardín y las travesuras de los perros. Sonia era muy especial. En el portón de entrada de esta casa-quinta había dos grandes figuras talladas en madera por un artesano amigo de ella, el nombre de la parcela era en mapudungun, puesto en un letrero afuera. Los bancos del jardín eran wancos, esas banquetas que hacen en Loncoche los mapuches; ella

Apreciaba especialmente la artesanía, su casa estaba llena de objetos hermosos y recuerdos de sus viajes. Un día le sugerí que regalara varios de sus libros para una escuela en Nueva Imperial que dirigía el profesor Emilio Cayuqueo, un internado mapuche, a cargo de un mapuche. Sonia estuvo de acuerdo y muy entusiasmada seleccionó los libros y los envió a la escuela, sin que Cayuqueo supiera quién era la donante, pues ella no hacía ostentación de lo que donaba. A mi hija le regaló una casa de juguete (qué simbólico..., a nosotros que nunca teníamos casa). En las mañanas tomábamos desayuno en su pieza, al borde de su inmensa cama baja, que tenía como cubrecama un tejido indígena. Nos sentábamos con mi hijita en el suelo rodeadas de libros apilados a su alrededor. Parece que según su ánimo leía uno u otro. Después ella se iba a la piscina y daba varias vueltas nadando, también hacía largas caminatas, eran indicaciones de sus médicos para evitar problemas circulatorios. En eso era muy disciplinada y metódica. Tenía un estudio al lado de su dormitorio, donde pintaba paisajes, naturalezas o retratos, y era el lugar donde también hacía ejercicios de yoga y meditación. "Viví allí varios meses, hasta que me pude reorganizar y retomar un puesto en la lucha de la resistencia. Hasta el final de mi vida clandestina en Chile, en 1982, siempre supe que podía contar con Sonia. Ella practicaba realmente la solidaridad.

Sonia regresa a sus recuerdos. Luego de despedirme de Lucía con un abrazo lleno de lágrimas y sonrisas decidí tomar contacto con un grupo de titiriteros con el fin de trabajar voluntariamente con ellos en el hospital Calvo Mackenna para distraer a los niños condenados a morir por leucemia. Paso largas horas con ellos, les llevo juguetes y después les represento comedias infantiles junto a los titiriteros. Sus risas y comentarios me llenan de felicidad, pues, por un instante, olvidan su triste situación y parecen niños normales.

Y transcurre el tiempo. Dodó vive con su marido y espera con mucha alegría su otro hijo. Dunny, en cambio, parece estar de malas, pues me comunicó a mí y a Robin que su situación económica es crítica, pero que espera salir airoso de sus dificultades. Eso sí -agregó-, por ahora olvídense del dinero mensual que recibían, además, la casa de Chabela se pondrá en venta. Ella sufre un cáncer progresivo con metástasis en los pulmones e hígado y con suerte sólo vivirá tres o cuatro meses más.

Son noticias que debían tenerme abrumada, pero no ha sido así. La operación a la que fui sometida hace un mes me tuvo al borde de la muerte y me alejó definitivamente de los placeres e intereses materiales. Este estado especial de paz se lo debo a mi maestra, Lola Hoffmann, que me ha enseñado la sabiduría oriental. Ahora comprendo la existencia de Dios y acompaño de vez en cuando a mi amigo el cura Mariano Puga en sus misas populares. Ese Dios que no formaba parte de mi ser, esa iglesia llena de ritos que yo no practicaba, ahora se tornan esenciales para mí. Antes de dormirme, todas las noches leo fragmentos del Evangelio o un libro sobre los sueños del psicoanalista Jung, que me ha prestado Lola.

Que Dunny tenga problemas económicos y que la gran fortuna de los Edwards sufra percances me parece una nimiedad ante la realidad de los niños muertos de hambre en gran parte del mundo, y la enfermedad mortal de la Chabela, mi madre, no me produce ni frío ni calor. Sin embargo, recuerdo que ella iba a verme cuando yo estaba enferma o había parido a algún hijo. Una tarde me armo de valor y me dirijo a su casa. Ingreso a su dormitorio y ella emerge entre las sábanas blancas de hilo. Está irreconocible, muy delgada, de un color amarillento, con los ojos sumergidos en oscuras cuencas. Ricardo, su fiel sirviente, ese que fuera nuestro profesor de natación, le pasa con mucha delicadeza un pañuelo por la frente. Me siento al borde de su lecho. Estoy horrible, lo sé -me dijo, extendiéndome una mano -; tú tampoco eres la misma de antes, ¡qué mal vestida estás!, y esa cicatriz que te dejaron después de la operación te ha deformado la cara... No sé por qué, pero me pareció que Chabela se alegraba de mi fealdad, siempre existió entre las dos una competencia, una rivalidad en que ella salía triunfante. Ahora afloraba de nuevo, aunque se tratara de una caricatura monstruosa, incomparable a la de las épocas en que ambas, la madre y la hija, éramos jóvenes, bellas, elegantes, y la madre tanto más atrevida y seductora que la hija. Me levanto bruscamente; voy a tomar un vaso de agua a la cocina -le digo y me desprendo de esa mano que me tenía cogida. Regreso y ella me pregunta por los hijos, especialmente por Nico, con quien se aviene mucho, ambos corriendo carreras a caballo, en moto. En cuanto a querer saber de mi vida, nada, eso era tabú desde que yo era niña. No volví más.

Hoy me avisaron de su muerte. Isabel Eastman fue velada y enterrada muy en privado el 16 de abril de 1984. Apenas salió en El Mercurio una cruz en el obituario, entre muchas otras, avisando de su deceso y del entierro en privado. La iglesia estaba semivacía, los hijos y familiares cercanos en las primeras filas, más atrás los sirvientes y algunos de esos amigos con los cuales compartió gran parte de su existencia. Faltan tantos -murmuraba la familia.

Lo que pasa -me indica César Cecchi cuando me toma del brazo al regreso del cementerio y que sí permaneció fiel a ella hasta el final - es que la mayoría de los amigos de Chabela están exiliados y otros no han querido que los asocien a los Edwards, a su arrogancia, culpables de tantos de los crímenes de esta tiranía y muchos son, también, de otra clase social, se inhiben ante los autos y elegancia de la alta burguesía hoy día triunfante. La hermosa Chabela era otra cosa, tan generosa, tan infantil y sin prejuicios. César está desolado y no puede contener su pena, creo que por eso no deja de hablarme mientras recorremos el largo trayecto entre la sepultura y la salida, en avenida La Paz. Comprendo, Sonia -me dice con voz temblorosa-, que debe haber sido muy difícil ser hija suya, ella no nació para ser madre, pero fue una adelantada, una luchadora por los derechos de la mujer, por la libertad sexual, por el goce de los sentidos, una gran vividora que respetaba y consideraba la igualdad de la gente de diferentes clases sociales; a todos trataba como amigos dándoles lo que podía, sobre todo dignidad. La sociedad chilena de su época, tan conservadora y timorata, se escandalizó con la conducta de Chabela, pero si pudiésemos revivirla y trasladarla a años futuros, cuando ya estuviéramos desprendidos de esta dictadura, te aseguro que ella habría sido una más de esas mujeres de la portada de las revistas, popular y aplaudida. Yo apreciaba a este solterón, veladamente homosexual y gran médico e intelectual, y sus palabras me sumieron en un profundo desconcierto. Es verdad, me repetía una y otra vez en mis noches de insomnio, nunca comprendí a esta extravagante madre que me entregó el destino, la gran fornicadora, como la denominaba despectivamente Carlos Álamos, pero, ¿alguna hija -fuera la época que fuera - habría sido feliz a su lado?

Dodó ha venido a buscarme para que la acompañe al Parque O'Higgins a ver al Papa que oficiará una solemne misa como despedida de su visita a Chile. Estoy conmovida con la personalidad carismática de Juan Pablo II y todo lo que ha significado su paso por nuestro país, sobre todo de su diálogo con los pobladores. Parto gustosa a ese encuentro. Nunca me habría imaginado que alguien quisiera perturbar la paz y el fervor religioso con que se realizaba la ceremonia; sin embargo, repentinamente, me vi envuelta por una multitud desenfundada que trataba de huir de las piedras y gases lacrimógenos que nos caían encima y nos asfixiaban. Dodó corría junto a mí y sólo el Papa parecía conservar la calma, mientras extendía sus brazos y exclamaba, "el amor es más fuerte". Se trataba -según me contaron después- de una contramanifestación organizada por grupos extremistas.

Al día siguiente no salí de la casa. Estaba agotada y no lograba comprender la actitud violenta de esa bandada de jóvenes marginales. Cuando ellos le gritaron al Papa: "Juan Pablo, amigo, llévalo contigo", esa súplica contenía tanta ingenuidad, tanta ternura y buena intención... No -me decía -, ellos no serían capaces de actuar con tanta violencia contra gente indefensa. Sé que la pobreza y el descontento son parte de esas vidas, pero ¿por qué contra el Papa? Mi ex militancia de izquierda me permitió conocerlos bien y por más que insistan en que esos muchachos son los culpables, yo no lo creo.

El tiempo me dio la razón y Dunny, el poderoso Agustín V, ha sido declarado reo. Vilma ha ido a verme y trata de explicarme lo que para mí no tiene sentido. Yo creo que a todos esos jóvenes marginales se les presentó una oportunidad para demostrar su existencia, para echar afuera su rabia, su desesperación, para gritar contra su destino, pues esta gente lleva años silenciada; no creo que haya sido una expresión contra el Papa, sólo se les dio esa oportunidad de libertad y la aprovecharon. Creo, no obstante -agrega Vilma-, que El Mercurio, como tú bien sabes, está manipulando el hecho. Mira lo que aparece en esta portada. Estupefacta, veo a jóvenes encapuchados botando una reja de seguridad, a otros encendiendo fogatas, a otros tirando piedras y palos; en medio de todo ese horror, dos jóvenes observan. El diario enmarca sus rostros con una circunferencia indicando que son los atizadores de los incidentes; ¿por qué ellos?, ¿no crees que esto es una gran mentira sin fundamento alguno? Cuando Vilma parte, me quedo meditando sobre sus palabras. Al día siguiente, Francisco Javier Cuadra, ministro secretario general de Pinochet, declara: "el gobierno tiene individualizadas a las dos personas instigadoras de los incidentes, serán detenidas y un ministro en visita se hará cargo del caso".

En los días siguientes, ambos muchachos, con evidentes muestras de haber sido torturados, son declarados reos. La Iglesia, organizaciones de derechos humanos y la revista Análisis acusan al gobierno de haber hecho un montaje que implica a inocentes. El juez Ernesto Cisternas interroga al ministro secretario y él se defiende indicando que la fotografía que dio pie a la identificación de los procesados era propiedad de El Mercurio. Agustín Edwards es notificado y después de interrogarlo, el juez ordena su detención y lo declara reo por abuso de publicidad. El rostro de Agustín que aparece en la revista Cauce muestra la cara de un

Hombre desconcertado, pese a su arrogante actitud ante la justicia. Para obtener su libertad provisional se ve obligado a pagar dos millones de pesos como fianza y sus abogados logran el desistimiento judicial, previo pago de una suma de dinero a los jóvenes víctimas por daños y perjuicios.

Sonia sigue con atención todos los pormenores de este proceso. Como siempre –le cuenta a su amiga Vilma –, el Dunny anda metido en cosas turbias; me alegro de que haya sido descubierto y declarado públicamente difamador, y ambas estallan de risa.

Poco después, mi hija Carolina me comunica desde Londres, donde ha estado cursando algunos ramos de literatura inglesa en la Universidad de Sussex, que se ha enamorado de Iván Bowey, un profesor inglés, con el cual contraerá matrimonio dentro de unos meses. Parece feliz y me invita a la boda. Estoy tan contenta por ella, y por supuesto estaré presente allí. Lamento que se instale en un lugar lejano, ha sido mi regalona, pero algo debe atraerla de ese país donde nació y que fue el suyo durante cuatro años.

En 1988, Agustín V espera solucionar en breve plazo el problema de sus deudas. Pero con su buen olfato político también está convencido de que posiblemente ganará en el próximo plebiscito la opción que se opone a la continuación de Pinochet como Presidente de la República. Debe, por lo tanto, demostrar que un gobierno de civiles no le disgustará. Toma entonces contacto con el PAC (Partido de Alianza de Centro), que apoya el "No", y les ofrece cierta publicidad en sus medios de comunicación para indicar una apertura hacia el sector enemigo, con el fin de demostrar así imparcialidad respecto de su posición frente a la elección futura. Más vale, piensa, tender una mano amiga a la posibilidad de un triunfo del sector opositor. La historia le dio la razón y El Mercurio y su imperio periodístico se plegó con cautela a informar sobre la victoria del futuro nuevo gobierno. La Constitución impuesta por Pinochet impediría al nuevo Presidente de la República asentar una verdadera democracia: él y sus seguidores continuarían manejando el poder. Agustín V podía dormir tranquilo.

IX

Después de las agitadas últimas dos décadas, Agustín V, ahora de 63 años, por fin puede volver a dedicarse a la vida que le agrada: cultivar sus plantas, recorrer sus tierras a caballo, enriquecer su biblioteca, pasar las vacaciones en su yate dedicado al buceo en alguna isla paradisíaca. Chile, sin mayor dificultad, marcha lentamente consolidando el traspaso de un gobierno tiránico a la civilidad.

Nada hace presagiar en este país tranquilo el surgimiento de grupos rebeldes que, frente a la impunidad de crímenes pasados, expresarán con acciones armadas su descontento ante este gobierno que con su transición pactada sigue atado al régimen dictatorial. Se suceden el atentado al ex integrante de la junta militar, Gustavo Leigh, que lo deja malherido; el asesinato de Luis Fontaine, jefe de Inteligencia de Carabineros; el asesinato de Roberto Fuentes Morrison, jefe del Comando Conjunto, y de varios otros sicarios de la dictadura. Son hechos preocupantes; sin embargo, nada hace vaticinar que algún civil, colaborador de Pinochet, pertenece a la futura nómina de los objetivos del denominado Frente Patriótico Autónomo Manuel Rodríguez. El 2 de abril de 1991, el senador Jaime Guzmán, presidente de la UDI (partido de extrema derecha), elaborador de la Constitución del régimen militar y consejero privado de Pinochet, al salir del Campus Oriente de la Pontificia Universidad Católica, tras impartir sus clases, es emboscado y ultimado. Y cuando la opinión pública aún no se repone de este atentado, que permanece sin resolverse, seis meses más tarde, el 9 de septiembre, es secuestrado Cristián Edwards, uno de los hijos de Agustín V.

De todos los recuerdos que sin cesar forman parte de mis noches de insomnios, creo que el rapto de mi sobrino Cristián es de los más dolorosos –medita Sonia, mientras trata infructuosamente de borrarlo de su mente. Pero allí estaba frente a ella la imagen de Cristián, ese muchacho delgado de mirada triste y ojos oscuros. Quiero ser artista e irme a un país lejano donde nadie me conozca –me había confesado tiempo atrás, cuando tenía como 17 años–, pero mi padre no me lo permite e insiste en que debo estudiar economía, la profesión del futuro, y tendré que acatar sus órdenes y partir a Estados Unidos. Y así fue. Bien sabía yo que Dunny era implacable y no permitía discutir sus órdenes.

Alrededor de ocho años después, Cristián regresó a Chile y se puso a trabajar bajo las órdenes de su padre. Poco supe de él entonces, sólo una vez y por casualidad nos encontramos en la calle y lo invité a tomarse un café. No había cambiado mucho, quizá su fragilidad era más notoria, sus rasgos más femeninos. Odio esta pega en que me tiene metido mi padre —me dijo— y espero pronto juntar algo de plata y devolverme a Nueva York, esa sí que es ciudad —sus ojos brillaban de entusiasmo—; sé que tú, Sonia -me tuteaba y nunca me había dicho tía- no te avienes con mi padre. Yo tampoco —me señaló, sonriendo con cierto aire de complicidad—, pero somos Edwards y de esa fatalidad uno no se libra. Desde esa ocasión no lo vi más, aunque en mi interior este sobrino se abrió un huequito bello, tierno e intocable dentro de mí. ¡Cómo iba a imaginarme que él sería la víctima elegida por el destino para pagar las culpas de su padre! Vuelvo a dormirme, pero la imagen de Cristián y de ese encuentro se va lentamente transformando en una pesadilla real.

Era una mañana cualquiera y yo planeaba cómo divertir a mis niños adoptivos y de cabeza calva del hospital, cuando sonó el teléfono: soy yo, Robin, debo hablarte a medias palabras, porque los teléfonos pueden estar intervenidos, pero trata de entender que ha sucedido algo muy grave, te pasaré a buscar dentro de unos minutos. Nos dirigimos a casa de Dunny -me dijo en cuanto me senté a su lado en el auto -, supongo que no te opones, aunque sé que hace tiempo que no se hablan, pero ahora debemos estar unidos ante este drama y entregarle nuestra solidaridad al hermano mayor. Y yo pensaba, para mis adentros, al que nos ha robado gran parte de nuestra herencia, al que desde chica se ha entrometido en mi vida, destruyendo cada pedacito de felicidad e ilusiones que se me presentaban. Robin insistía: están sufriendo, Sonia, y debes olvidar rencores y tenderle la mano a la familia, porque no se trata sólo de Dunny, no olvides a Malú y a sus otros hijos. Comprendí que tenía razón y que la familia sería siempre la familia y que Cristián, la verdadera víctima, como logré entender por esas medias palabras de Robin, era sólo el chivo expiatorio. Estuve por bajarme del auto y dejarlo solo, ¡que podía yo aportarle en ese instante a mi hermano; yo, que siempre fui contraria a sus ideas políticas, a su actuación ante el gobierno de Allende! Pero no me moví y entré resuelta a la gran mansión de Dunny con el corazón oprimido y resuelta a ayudar, como fuera posible, a los sufrientes. Aún no comprendía a cabalidad a qué drama se refería Robin. Al llegar allí me encontré con el todopoderoso Agustín con la voz quebrada, que nunca le había escuchado. Entonces me explicó lo del rapto de su hijo Cristián. Malú, deshecha, se tiró a mis brazos sollozando. Entendí que el drama era una de esas tragedias que para siempre rompen formalidades, apariencias, hipocresías.

Regresan las imágenes y recuerdo ese primer día, que se prolongará por 145 más. Estamos en el escritorio de Dunny, a puertas cerradas, su esposa, sus hijos, Robin y yo. Si algún empleado golpea la puerta, se recibe el recado y se le despacha. Dunny se pasea de un extremo a otro de la sala a grandes zancadas, hablando y hablando: a mí no me van a derrumbar así no más, yo les haré frente a estos asesinos, desalmados, conchas de su madre..., no matamos a suficientes, lo dije hace veinte años atrás, había que exterminarlos a todos, son como la mala yerba que se reproduce como ratas, pero conmigo no se la podrán..., ya verán, y me entregarán a mi hijo. Por favor, Dunny, no vayas a enfrentarlos -le suplica Malú -, lo único que importa es que a Cristián no lo maten. Dunny, te ruego, te ruego..., y sus sollozos parten el alma. Dunny se le acerca como para abrazarla, pero ella lo rechaza bruscamente: es por tu culpa, por tu culpa -le grita desafiante -, y a Dunny le tiemblan las manos, le castañetean los dientes, se agarra la cabeza y se sume en el sillón frente a su escritorio. Los demás hijos, como pollitos, rodean a Malú, yo me hincó a sus pies, es como una mater dolorosa rodeada por sus fieles. No creo que esa escena haya durado más que unos minutos, pero a mí se me hace eterna, hasta que Robin se acerca lentamente a Dunny y dirigiéndose a todos dice: Agustín (pocas veces lo nombraba así), debes controlarte y dejar a un lado insultos e improperios, que no vienen al caso; perdiste tu poder y estás en manos de criminales sin conciencia ni escrúpulos, si quieres recobrar a tu hijo (allí se escucha un alarido de Malú) debes acatar sus órdenes al pie de la letra inmediatamente, pues cualquier error o demora puede significar la muerte de Cristián. Largo silencio. Por fin, Dunny alza la cabeza, los ojos fijos como los de un ciego y por primera vez lo encuentro perdido, incapaz de tomar alguna decisión. Esa noche ninguno de nosotros logró dormir, pese a todos los calmantes que tomamos.

La primera noticia de este acto criminal -anota Agustín en su diario de vida - la recibo hoy, 10 de septiembre, por un periodista de El Mercurio, que me informa por teléfono a mi casa que ha llegado un comunicado al diario indicando que Cristián ha sido secuestrado. Le pido que me lo repita, pues al comienzo creo que puede ser una broma de mal gusto, de esas que se

Gastan los chistosos que no me quieren, y no doy crédito a tamaña barbaridad, pero efectivamente de mi hijo Cristián no se sabe nada después de acabar su labor de la jornada anterior, como gerente regional de los diarios de provincia. Está desaparecido y los comunicados a El Mercurio se suceden los días siguientes: tenemos en nuestro poder al hijo de Agustín Edwards y permanecerá cautivo hasta que den repuesta afirmativa a nuestras demandas. Esperen instrucciones. Me comunico con el director de Investigaciones, el general en retiro Horacio Toro, que debe haber sido bastante inepto, pues me asegura que Cristián no está secuestrado, sino en casa de una amiga y para afirmarlo me muestra una fotografía, pero es es mi otro hijo, Felipe -le contesto -, señor director, usted está confundido. No debo des- esperararme y debo recobrar mis fuerzas. Me propongo conducir yo mismo la investigación y formar un equipo de emergencia altamente especializado. Lo integrará el ex agente de la CIA, de origen cubano, Hugh Bichito; David Schuimp del FBI; dos oficiales del Dine (Dirección de Inteligencia del Ejército); más Enrique Montero Marx, mi asesor directo y ex ministro del Interior; Jacobo Ergas, vicepresidente del Banco Edwards, y los editores de El Mercurio, Juan Pablo Illanes y Johny Kulka, a quien instalo en una oficina especial del diario con un equipo electrónico para rastrear y registrar todas las llamadas. Debo ser más astuto y fuerte que esos desalmados. Lo único que me angustia es la desesperación de Malú, que me echa la culpa a mí de esta situación, no quiere oír de estrategias y sólo está dispuesta a acatar todas las demandas de esos criminales. Nuestro médico le ha suministrado fuertes calmantes, pero sigue igual, aunque sus amigas han organizado una cadena de oraciones en el santuario de Schoenstatt y han transformado mi hogar en una capilla, llena de velas a imágenes de santos milagrosos. Por desgracia yo no creo en esas sandeces.

El día 12, por teléfono, los plagiarios dan señales de vida: señor Edwards, como usted acaba de darse cuenta, tenemos a su hijo y le será devuelto si cumple estrictamente nuestras órdenes: 1° No denuncie el hecho al gobierno ni a la policía. 2° Nuestra negociación será directa. Y A través de él conocerá las condiciones que imponemos. 4° Si cumple estrictamente con estas órdenes su hijo le será devuelto sano y salvo; si trata de engañarnos no lo verá nunca más. Y la comunicación se corta.

De acuerdo con mi equipo, decido entonces los pasos a seguir y le pido al sacerdote Renato Poblete, director del Hogar de Cristo, que sirva de intermediario. Él me contesta: como usted comprende, señor Edwards, no puedo rehusar esta misión que puede salvar la vida de un joven inocente. Debo además pedirle un favor extra para demostrarle a los secuestradores que usted será el interlocutor responsable del diálogo entre ambas partes para finiquitar un acuerdo. Y el 15 de septiembre aparece en primera página de El Mercurio la foto de Agustín Edwards de visita en el Hogar de Cristo, estrechándole la mano al sacerdote Poblete con el fin de adherirse a una campaña de recolección de fondos con el siguiente texto: "Los interesados en contactarse con el padre Poblete para obtener información en torno a esta campaña, pueden llamar al teléfono 6981417". Esa foto no deja de llamar la atención, pues no corresponde a un hecho relevante, sino sólo a una noticia más de la vida social, propia de esa sección y no a la portada del diario. Comienzan entonces a correr de boca en boca insistentes rumores sobre algo anómalo que sucede a la familia Edwards. ¡Cómo podía yo, además, mantener en secreto algo que sobrepasaba mi reserva con la sarta de periodistas indiscretos que pululan por los pasillos del periódico, y la familia y amigos y la secretaria Oriol y la periodista Beatriz, tan desatinada como siempre, que quiere demostrar su superioridad como amante y me abraza llamándome darling, darling, entrando y saliendo de la casa como si yo fuera propiedad suya. Ante el temor del fracaso de mi gestión me veo obligado a presentar un recurso ante los tribunales de justicia impidiendo toda información de prensa. Durante las semanas siguientes, los secuestradores -que felizmente han captado el mensaje contenido en la foto- comienzan a enviar una serie de pruebas para confirmar el plagio de Cristián. Renato Poblete me informa que ha recibido por diferentes vías demostraciones de que mi hijo está vivo: una tarjeta de crédito; una carta escrita de su puño y letra, que debió ir a buscar a una tumba en el Cementerio General -según me cuenta - y, por último, su licencia de conducir. Pasan los días y la desesperación entre los familiares cunde y yo, que estoy acostumbrado al accionar rápido, también me he visto obligado a tomar tranquilizantes. A mediados de octubre, Renato Poblete me indica que debo pagar por el rescate de mi hijo la suma de cuatro millones de dólares. No tengo esa suma en mi cuenta corriente bancaria y juntarla demorará un tiempo. Respondo que estoy dispuesto a pagar, pero no esa suma. De eso no le cuento nada a Malú, porque sé que me tratará de inundo negociante. Van y vienen los tira y afloja, los contactos son irregulares, cada dos o tres días, pero otras veces los secuestradores pasan dos semanas mudos. Ese juego cruel con contrincantes sin rostros, de acentos y

Modismos caribeños -seguramente fingidos - y cuya personalidad no logro definir, terminan por causarme una hipertensión y problemas cardíacos. Los médicos, inquietos, me obligan a guardar un estricto reposo, ojalá sin preocupaciones, pero ¡cómo puedo yo sustraerme de este drama en que la vida de mi hijo pende de un hilo! Así transcurre la Navidad y el Año Nuevo, los más tristes aniversarios que recuerde de mi larga vida. A mediados de enero me llega la primera fotografía de Cristián, otras tres la suceden. Las escondo, pues casi no lo reconozco: ese joven escuálido, de barba y con buzo, parece un delincuente. ¡Qué te han hecho, hijo!

Ante el fracaso de mi equipo investigador para descubrir a estos malhechores, tomo una determinación drástica: los despido.

Por último, el 29 de enero los secuestradores indican que se cansaron y que la última y definitiva suma que están dispuestos a aceptar será la de un millón y medio, en billetes de cien, veinte y diez dólares. Estoy indignado, estos enanos rojos, mal nacidos, se permiten tratarme como un pelele, como si ellos fueran los patronos, exigiendo esto y eso otro; no les daré en el gusto y, por lo demás, yo no tengo en mi cuenta corriente la suma requerida. Robín me tranquiliza y con cierto sarcasmo me dice: puesto que uno de los hombres más ricos del país no tiene dinero, yo lo sacaré de apuro; traeré en cuanto pueda la suma indicada y en billetes, como lo piden, y Bárbara, mi secretaria, los depositará donde ellos indiquen. Así se hizo y el padre Poblete me prometió que pronto tendríamos buenas noticias. Yo lo abracé emocionado: nunca olvidaré lo que ha hecho por nosotros -le dije, y él se marchó. El 1 de febrero en la noche, 145 días después de su desaparecimiento, llegó de regreso a casa mi hijo. Venía en un estado deplorable. La tragedia había terminado, pero sus secuelas marcaron a fuego nuestra existencia de familia tranquila y yo me sentí vejado por un grupo de extremistas que creía aniquilado para siempre.

Durante varias semanas del año 1992, tras el feliz retorno a su hogar de Cristián, los diarios, revistas, la radio y televisión relataron el rapto y detalles del cautiverio del hijo del dueño de El Mercurio, indicando que "Cristián, de 33 años, gerente de diarios regionales de El Mercurio, salió de su oficina, ubicada en Providencia 2019 a las 21.30 de la noche del 9 de setiembre, caminando solitario hasta la calle Coyancura sin percatarse de que tres sujetos seguían sus pasos. A punto de meter la llave en la chapa de su automóvil, Cristián advierte a individuos que descienden de un vehículo utilitario de color blanco y se abalanzan sobre él. Luego de ser encañonado es introducido al auto de los captores, donde le son vendados los ojos, luego lo trasladan a otro automóvil y enseguida es transportado al sector poniente de Santiago. En el nuevo vehículo es conducido por una carretera de alta velocidad en dirección al sector sur de Santiago. Una vez allí permanece en una pieza metálica de 1,5 por 3 metros, un especie de container. Durante todo el tiempo que dura su cautiverio no tiene contacto directo con ninguna persona. Nunca supo lo que sucedía en el exterior debido a que de un parlante salía música estridente a toda hora, y cada vez que alguien ingresaba a la habitación, un foco luminoso encandilaba su visión. Tres semanas antes de ser dejado en libertad, a Cristián le comunican que pronto volverá a su casa, y un día antes de terminar su secuestro le confirman la noticia. A eso de las 22 horas del 1 de febrero de 1992, Cristián es transportado a la altura del paradero 10 de Vicuña Mackenna, donde es liberado. Se habló de un millón de dólares en efectivo por el rescate y que el dinero sería rápidamente detectado porque los números de serie habían sido registrados. Hasta hoy, nadie ha sabido nunca qué fue de esos billetes". Una fotografía de gran tamaño en El Mercurio mostraba a la familia Edwards con Cristián al centro, rodeado por Agustín y Malú. Nadie sonreía. En el noticiero de esa mañana apareció Belisario Velasco, ministro del Interior subrogante, anunciando públicamente que después de 145 días de cautiverio había sido liberado el hijo de Agustín Edwards.

Los medios de comunicación comenzaron, poco más tarde, a dar a conocer la instalación de "La oficina", creada bajo la tutela del Ministerio del Interior de Patricio Aylwin, días después del asesinato de Jaime Guzmán, con el fin de infiltrar a los grupos denominados terroristas. La ciudadanía debe estar tranquila -indicaban los medios -, porque gracias a varios delatores de estos movimientos subversivos que ahora colaboran con nosotros hemos adquirido los datos necesarios para conocer sus maniobras y aniquilarlos. Tras ocho semanas de la liberación de Cristián fueron detenidos y declarados culpables los guardianes en cuya casa se mantuvo escondido a Cristián. De los secuestradores propiamente tal se ignora hasta hoy su paradero, aunque se asegura que corresponden a miembros del Frente Patriótico Autónomo, brazo armado disidente del Partido Comunista. Tampoco se ha sabido del futuro de Cristián, se dice que vive en Estados Unidos y que rara vez visita a sus padres. Nunca quiso dar una entrevista.

Son los meses de vacaciones en Chile. El Presidente de la República reposa en el Palacio Cerro Castillo; el Congreso y los tribunales de justicia están en receso, los artículos de El Mercurio se concentran en el Festival de la Canción de Viña del Mar. La mayoría de la gente, sobre todo los pudientes, están veraneando. Me iré a un lugar tranquilo, no quiero que me molesten -le indica Agustín a su mujer. Nadie parece conocer su paradero. Allí, en su lugar de retiro, sumido en la vergüenza y humillación de los meses pasados y de las cuales no logra desprenderse, le pide auxilio a su abuelo, ese abuelo de cuyo ejemplo se ha nutrido. El "granpá" acude a socorrerlo y durante sus noches de insomnio le dicta las normas de la estrategia a seguir.

Sí, la mirada de mi abuelo me atraviesa el corazón y lentamente trepa hasta mi cerebro e irradia ira, despecho, y comprendo que debo tramar mi venganza. Lo haré y pronto, y mi puño golpeará por largo tiempo, con astucia por supuesto, donde más mal y dolor pueda causarles: será el fracaso de su revolución, el aniquilamiento de sus organizaciones de base. El miedo que me mantuvo paralizado durante cinco meses se los contagiaré, doblegándolos por años.

Nada se supo durante dos meses de Agustín V. También, el pobre, después de lo que pasó, debe estar reponiéndose, navegando en su yate, cabalgando montado en alguno de sus caballos -conjeturan sus cercanos. Se equivocan: Agustín está diseñando y planeando su nueva criatura: Paz Ciudadana.

Al regresar a Santiago, con el fin del verano, Agustín cita en el edificio de El Mercurio a un grupo heterogéneo de incondicionales servidores: deseo exponerles las estrategias y objetivos de la Fundación Paz Ciudadana, como he denominado mi nuevo proyecto -le indica a la silenciosa concurrencia de colaboradores -, con el objetivo de enfrentar a los peligrosos enemigos que no trepidarán en continuar sus asesinatos y extorsiones si no los detenemos a tiempo. Esto que les expondré -agrega - es para ustedes, nadie más debe sospecharlo, pero tiene una finalidad que no sólo va dirigida contra ellos, sino también contra toda posible nueva fuerza o partido revolucionario que pretenda destruir el libre mercado, el capitalismo, el neoliberalismo o como ustedes quieran denominarlo. Paz Ciudadana será un centro de pensamiento sobre la delincuencia y su objetivo: combatirla. No obstante, su verdadero fin será impactar a la opinión pública a través de los medios de comunicación sobre la inseguridad reinante, creando entre la población una sensación de miedo generalizado que paralice todo intento de movilización tras la justicia social. Para ello comenzaremos por publicar mensualmente una estadística sobre el aumento acelerado de delitos contra personas y propiedades privadas y comerciales. Frente a hechos criminales o delictuales -considerados propios de cualquier país-, ustedes deben darles gran publicidad y prioridad para que la gente se sienta afectada y desplace a un segundo lugar cualquier otra reivindicación. Debemos culpar al Estado por su incapacidad policial en contener estos delitos y a los tribunales por no sancionar efectivamente a sus autores. Una vez que se haya creado una política del terror, exigiremos la construcción de cárceles de alta seguridad y una reforma penal adecuada a estos nuevos tiempos. Ante el asombro de los presentes, para darle más fuerza a su planteamiento, Agustín declara que este no ha nacido por su reciente situación personal, sino que luego de largas meditaciones encontró el modelo a seguir, inspirado por dos capos de la CIA: Antony Fisher (asesor de Margaret Thatcher) y William Casey (su director), promotores del Manhattan Institute de los años 80 durante el gobierno de Reagan.

Tras servirse café o té acompañado de galletas diversas, Agustín continuó su clase magistral al grupo de incondicionales que colaborarían en hacer de su fundación el gran proyecto de Chile con el fin de acabar definitivamente con todos los focos de rebeldía contra el libre mercado, hijo putativo del capitalismo. El ejemplo exitoso de mi proposición reside en el imperio norteamericano. Hagamos algo de historia: Estados Unidos, con la desintegración de su enemigo, la Unión Soviética, debía crear rápidamente otro adversario que le permitiera continuar la guerra interna que tan buenos resultados le había reportado. ¿Cuál sería este? ¿Cómo convencer al habitante corriente de que ahora se alzaba otro enemigo tan temible como el anterior, pues cada día podía ser víctima de él? ¿Debía continuar el ciudadano satisfecho compartiendo su país, sus calles, sus espacios públicos con los indocumentados, los marginados, ese inmenso conglomerado de inadaptados que alteraban su tranquila y programada existencia, siendo un potencial germen revolucionario contra el Estado? Para demostrar el éxito de sus planes se elegiría a Nueva York como la ciudad emblemática de ese conflicto. El Manhattan Institute decidió, entonces, aplicar en 1991 su primer experimento en esa ciudad y entregarle al alcalde Rudolph Giuliani todas las herramientas para llevar a cabo lo que denominaron el plan Tolerancia Cero. Se llenaron las calles con policías y ese enorme

Contingente operó sin contemplaciones, no hubo tregua ni amnistía en este cruento combate urbano. Tras dos años se redujeron a la mitad las téticas cifras de delincuencia que exhibía Nueva York. ¿Comprenden ustedes -guardando las proporciones - de qué estamos hablando? Los participantes inclinan la cabeza en señal de aprobación y el silencio reina en la sala. Ahora -indica Agustín con voz autoritaria -, a actuar: convencer al gobierno, hacerlo partícipe de esta idea y sensibilizar a la opinión pública para que exija mano dura. Si logramos nuestro objetivo habremos triunfado. Y con un palmoteo a la espalda de cada uno de los asistentes, Agustín V da por terminada la reunión.

Al subirse a su automóvil, Alfredo González, uno de los más hábiles y perspicaces periodistas de El Mercurio, le dice a su colega: ¿no crees, pelan Julio, que el único triunfador de esta odisea será Agustín V y sus compadres, y que nosotros, como siempre, mascaremos lauchas? Más bien, diría yo -agrega Julio-, no seremos más que las bestias que arrear la carreta, castrados y cagados, como lo hemos hecho desde hace años ese corazón podrido. Creímos que después del rapto de su hijo nuestro poderoso e intocable patrón sería otro, desgarrado, de corazón sangrante, pero no, no. Se le pudrió el corazón -concluye Alfredo -, se le secaron las criadillas y a nosotros también.

El Mercurio -según opina el periodista Rafael Otano - "fue, poco a poco, como sin sentirlo, poblándose de noticias de gente enemiga de la dictadura y la familia mercurial sigue creciendo y consolidándose. Más de dos mil empleados trabajan en la sede del bunker de Lo Curro. Los sueldos son los mejores del mercado periodístico. Muchos profesionales acarician la idea de llegar a esta empresa que ofrece seguridad, viajes, cierta fama. Por eso quizá tan pocas veces se critica a El Mercurio, por el deseo oculto de llegar a trabajar en él. Incluso los escritores y artistas procuran no entrar en fricción con sus redactores, porque el silencio de El Mercurio, empleado con fría premeditación, resulta nefasto. Y este diario siguió y sigue siendo imprescindible. Y los lectores persisten en su lealtad casi patológica. Las ventas del matutino son las mismas cualesquiera sean las noticias que ofrecen. Casi la mitad de la actividad del diario se focaliza en la edición dominical, la cual vende más de 450 mil ejemplares. Por encima de todo este poder está el pater familia Agustín Edwards. Lleva fama de arrogante y un tanto déspota. Un antiguo funcionario lo describe como 'un paquete de dinero, poder y miedo'.

Otros le critican su afición a los viajes y a la vida cómoda y a un cierto despilfarro. Pero gente que lo conoce de cerca acepta que es un hombre de tremenda habilidad en los negocios, de un dominio profundo de la realidad internacional, de una gran autoridad, y todos admiten que la cadena de El Mercurio ha llegado al cenit de su éxito".

Sonia no se ha sentido bien durante este último tiempo, y sus pérdidas de memoria y su dificultad para ubicarse y reconocer lugares que antes formaban parte de su cotidianidad la tienen sumida en una gran depresión. Esa tarde gris, mientras contempla desde el ventanal de su habitación un Santiago envuelto en esmog, se llena de imágenes y sensaciones que no logra apartar. Sí, vuelvo a revivir los largos meses que para mí se transformaron en años del rapto del sobrino Cristián, el de ojos tristes y mirada ausente, tan opuesto física y moralmente a su padre, mi hermano Dunny, el poderoso Agustín V, tan seguro de sí mismo y autoritario. Paso entonces los días y a veces las noches acompañando a Malú, pero nada parece reconfortarla. Creo, sin embargo, que la llegada de sus íntimas amigas, católicas y muy creyentes, le trae alguna calma, algo que hacer, en qué refugiarse, una esperanza. Ellas se ponen a rezar y mientras deslizan sus manos por el rosario las voces se elevan pidiéndole a Dios y a la Virgen que intercedan por Cristián, que lo alivien en su encierro, en su soledad, que Ellos lo pueden todo, que no abandonen a su madre, a sus hermanos y les den fe. Yo, que nunca he sido practicante, me pongo también a orar y nuestras letanías que se suceden horas tras horas transforman nuestra desesperación en esperanza. También hemos ido los sábados a la parroquia de Schoenstatt y allí, de rodillas, junto a mucha más gente, las plegarias adquieren una fuerza insospechada, capaces de derribar montañas. Por primera vez en mi larga existencia logro entender por qué las religiones son importantes y continuarán siéndolo, pese a que la razón no logra descifrar sus misterios.

Dunny nos observa, pero sigue su camino y vuelve a encerrarse en su escritorio o parte en helicóptero a El Mercurio, donde se reúne con otra gente que no conocemos y tampoco pretendemos averiguar quiénes son. El padre Poblete ha venido varias veces y al partir nos da su bendición, pero no se queda con nosotras.

Así transcurrieron esos largos meses, hasta el día en que Cristián llegó de regreso a su casa y yo retorné a la mía, a mi labor con los niños enfermos del hospital, a mis perros y a mis hijos,

Aunque ellos ya han emprendido vuelo solos, hasta mi pequeña Carolina, que de pequeña ya no tiene nada.

Esta es la primera aparición pública de Agustín Edwards desde los duros meses del secuestro, cuando sus días transcurrían entre fármacos, crudas conversaciones con la policía y el convencimiento de que recuperar a su hijo con vida era apenas una probabilidad. La tarde del 3 de abril de 1992, el auditorio repleto del Centro de Extensión de la Universidad Católica se pone de pie cuando lentamente ingresa a la sala, camino al proscenio, rodeado por la escolta del equipo de guardaespaldas del almirante José Toribio Medina. ¡Qué destruido está! - susurran todos -; parece que los años se le han venido encima, el pelo se le puso completamente blanco, se ha dejado barba, camina encorvado, pareciera que la huella del miedo lo marcó -indica uno que otro insidioso. Un asesor le va señalando a un personero conspicuo que lo saluda y él apenas identifica, respondiendo con un seco hola y una leve sonrisa. No soporta los eventos masivos y odia hablar en público. Pese a que lleva escrito su discurso, las palabras se le enredan y termina su intervención a la carrera. Sin embargo, una ovación cerrada, con toda la concurrencia de pie, pinochetista y antipinochetista, demuestra que su nuevo proyecto tendrá éxito.

La explicación es fácil: la burguesía y los empresarios se han sentido vulnerables, como no lo estaban desde la Unidad Popular. No es que el régimen militar careciera de tensiones, pero en la mayor parte de esos 17 años nunca sintieron que su seguridad personal estaba en riesgo. La democracia, en cambio, pone la amenaza ad portas. No sólo los uniformados están en la mira de los terroristas, sino también ellos. Los editoriales de El Mercurio comienzan a hablar de los peligros de una "colombianización", reflejando lo que todos intuyen: que el secuestro de sus familiares se hará frecuente. Como lo indica Ascanio Cavallo en su libro La historia oculta de la transición, la misma idea le transmite en una conversación Pinochet al Presidente Aylwin: "Presidente, las estimaciones de inteligencia dicen que hemos entrado en la Tase D". "¿Fase D? ¿Qué es eso?" "Terrorismo selectivo. Víctimas escogidas para crear conmoción. Es la previa a la guerrilla urbana". El miedo le corroe el alma a los que poseen el poder económico. En su libro La Guerra y la Paz Ciudadana, los periodistas Marcela Ramos y Juan Guzmán de Luigi describen en detalle este acto fundacional: "El público, formado por líderes de derecha e izquierda, representantes de la policía, del mundo de la cultura, de pinochetistas y antipinochetistas lo logra este plagio clasificado de terrorista que nunca imaginaron posible los que festejaron el regreso a la democracia y que los tiene aterrados, pues escapa a su control". Los mismos periodistas agregan que "en esta cruzada lo acompañan seis personas cuidadosamente seleccionadas para formar el directorio: Bernardo Matte, el menor de los hermanos Matte, amigo de Agustín y con quien comparte la pasión por los yates. Junto a Luksic y los Angellini, los Matte integran el grupo de billonarios chilenos; contar con Bernardo en la fundación es un gancho para los empresarios y Matte será, además, el encargado de conseguir recursos a través de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, propiedad de su familia, que proveerá el papel para los afiches y publicaciones. Edmundo Pérez Yoma, también capitán de yates, ha sido elegido por sus privilegiadas relaciones con el Partido Demócratacristiano y en particular con la familia Frei. Carlos Cáceres, ex ministro del Interior del gobierno militar, empresario, fundador del Instituto Libertad y Desarrollo, y en contacto con miembros de centros de pensamiento estadounidenses. Nemesio Antúnez, pintor, premio nacional de Arte, conoce a Agustín desde niño y es el aporte cultural; tras su muerte será reemplazado por José Joaquín Brunner, un renovado ex MAPU que se ha ganado la confianza de la derecha liberal, fue secretario general del gobierno de Frei Ruiz-Tagle y ahora es vicerrector de la Universidad Adolfo Ibáñez. Mónica Jiménez de la Jara, la única mujer, con contactos privilegiados con la Iglesia y la DC. Sergio Bitar, ex ministro de Allende, prisionero en Dawson, exiliado, posteriormente senador y actualmente ministro de Educación, quien confesó que si entró a Paz Ciudadana no fue porque pensara que podía hacer algo contra el terrorismo y la delincuencia, sino porque veía un espacio de diálogo interesante de explotar con dirigentes de la oposición. Junto a ellos, tres expertos comunicacionales: el publicista Martín Subercaseaux, el experto en opinión pública Roberto Méndez y el número dos de El Mercurio en ese entonces, y ahora su director, Juan Pablo Illanes". Con el tiempo, Eugenio Tironi y su empresa asumirán un rol central en la campaña comunicacional.

El proyecto de Paz Ciudadana comienza a funcionar a fines de 1993, cuando mensualmente se difunde a través de todos los medios de comunicación el índice del "temor ciudadano", como lo llaman de acuerdo a la propaganda que destaca robos, asaltos y agresiones sexuales que parecieran ser los únicos acontecimientos notorios del país. El pánico comienza a cundir y exige que se impongan medidas drásticas al respecto. Aparece un spot televisivo y una revista

Cuyo protagonista es un perro guardián con facha de detective, Don Graf, que se entrega gratuitamente junto a El Mercurio y que recomienda ciertas formas de protección: disponer de policías municipales, abandono de espacios abiertos públicos y su reemplazo por complejos habitacionales o malls herméticamente cerrados y custodiados por guardias, alarmas y cámaras de televisión que no sólo resguardarán los hogares, sino también los comercios, bancos y empresas. Tras la propugnación de estas medidas se desarrolla simultáneamente un negocio lucrativo para quienes otorgan esos beneficios al que, por supuesto, Don Graf no hace alusión, quien demanda castigar en forma ejemplar a los delincuentes a través de un sistema penal eficiente, administrado por el sector privado. El Estado y sus fuerzas policiales, proclama don Graf, se han demostrado incapaces: hay que reemplazarlos. Agustín V, mientras tanto, despliega sus dotes de seducción por medio de almuerzos y cenas y eventos en los que son invitados de honor funcionarios de gobierno y políticos. Soledad Alvear, como ministra de Justicia, participa en varios almuerzos en El Mercurio, donde se trata la conveniencia de impulsar una reforma penal y la necesidad de multiplicar las construcciones de cárceles de alta seguridad, ojalá privadas. Así, la primera cárcel de alta seguridad se edifica a fines del gobierno de Patricio Aylwin, bajo la responsabilidad de Francisco Cumplido, ministro de Justicia, siendo una reproducción del sistema carcelario alemán. Estos establecimientos se irían extendiendo a lo largo del país, pese a las voces opuestas de abogados, académicos y religiosos que las cuestionan por deshumanizadas. Por otra parte, la Reforma Procesal se establece gradualmente en todo Chile, discrepando en lo medular a lo aspirado por Paz Ciudadana, que no cesa de criticarla públicamente. Durante los años siguientes, varias de las proposiciones de Don Graf se llevan a cabo, pero ¿qué dicen las estadísticas sobre el resultado de la aplicación de este modelo en Estados Unidos? Según la Corporación Ciudadanía y Justicia, creada en la Escuela de Sociología de la Universidad de Humanismo Cristiano, encabezada por Loreto Hoecker, José Bengoa y Juan Bustos, con el fin de reflexionar sobre el proyecto de Paz Ciudadana, se llega a la conclusión de que este sistema es el que ha generado los más altos índices de encarcelados en la historia de la humanidad, más que en Sudáfrica durante el apartheid, más que los soviéticos en Gulag o los chinos en plena Revolución Cultural. Según estimaciones del Departamento de Justicia norteamericano, en sus cárceles habita el 25 por ciento de los presos del mundo y pese a ello el 50 por ciento de los que llegan a prisión vuelven a cometer delitos, y ni la calidad de los penales ni las sanciones más duras ni el aporte de la inversión privada han logrado dar a la sociedad norteamericana la seguridad a que aspiran. El filósofo Martín Hopenhayn, en una entrevista del periodista Gabriel Agosín del diario La Nación, da también su opinión respecto de algunos de los objetivos de Paz Ciudadana: "El uso político a través del cual la delincuencia y la droga pasan a ocupar un lugar tan importante en el escenario público, coloca como interés principal los problemas penales. Estos, si bien no todos, tienen su origen en mecanismos de exclusión social, por lo que en vez de atacarse la causa se enfoca en el síntoma, que es otra de las estrategias de la derecha". Sin embargo, a Fundación Paz Ciudadana poco le importan las voces disidentes y continúa inmutable su campaña del miedo y en su objetivo de quitarle al Estado su tuición sobre las cárceles. Ya ha logrado la concesión de la construcción de los nuevos presidios que para sus miembros significa un excelente negocio. Don Graf y Agustín V, su padre putativo, se sienten triunfadores: el Estado está en retirada, mientras la fuerza del capital ocupa su lugar. Paz Ciudadana es un éxito.

X

Sonia está rodeada de niños, niños con leucemia, de caras pálidas, de cabezas peladas, cuyos ojos hundidos pero brillantes son el único rasgo que parece indicar que todavía pertenecen al mundo de los vivos. Han sido sometidos a varios tratamientos de quimio y la enfermedad persiste; se ha perdido toda esperanza de recuperación. Ella les extiende los brazos, pero los

Niños no reaccionan y poco a poco van desapareciendo, y una nube oscura y un viento tormentoso los arrastra fuera de su alcance. Es una pesadilla –exclama desesperada Sonia, pero por desgracia es verdad. Estos niños, cuyo único porvenir es la muerte y que yo consideraba míos, a quienes he dedicado gran parte del día en este último tiempo y a los cuales les entrego mi experiencia de psicóloga para hacer menos duro su trayecto hacia el otro mundo, me han sido arrancados, no podré verlos nunca más, guardaré mis títeres y despediré a los actores que con sus piruetas y caras pintadas los hacían reír y olvidar su amarga situación. Niños de extrema pobreza, la mayoría abandonados o con madres tan pobres o sobrecargadas de otros hijos que poco o nada podían dedicarle a ellos... No puedo creer que no los veré jamás, me niego a aceptarlo. Y todo por un error mío.

Sí, fue sólo ayer, cuando al llegar al hospital Calvo Mackenna, como a las diez de la mañana, al dirigirme a la sala de los niños con leucemia, un inspector con delantal blanco me cerró el paso y me dijo que el director deseaba hablar conmigo. Un doctor de pelo canoso, alto y de lentes se puso de pie al entrar yo. Siéntese, señora Sonia –me dijo –, pues debo comunicarle algo que posiblemente no será de su agrado: usted no podrá seguir viniendo al hospital. Lo siento mucho –agregó –, pero usted parece no darse cuenta de que su tarea de entretener a estos niños, como fue convenido, debe ser controlada por nosotros, que somos sus médicos. Es la segunda vez que usted los saca de aquí sin nuestra autorización y regresa con ellos a avanzadas horas, cuando todos debieran estar ya en cama y durmiendo. ¡Y en qué estado vuelven! Lamentable: sucios, llenos de moretones, algunos con dolor de vientre o diarrea y muy excitados. Las enfermeras no logran calmarlos y se quejan porque su tarea de lavarlos, darles de comer y acostarlos se torna casi imposible.

Traté de disculparme y explicarle por qué lo había hecho: era el cumpleaños del Pedrito y me pidió que fuéramos a Fantasilandia. No se imagina, doctor, cómo gozaron y después los llevé al Tavelli a tomar once y ellos, que nunca quieren comer, se sirvieron helados, torta y cantamos y nos reímos tanto... La primera vez que salimos fuimos a mi casa en La Reina y allí jugaron con los perros y algunos hasta dieron una vuelta en el pony. Sólo les serví unos jugos y galletas, no creo que eso les haya hecho daño. Parecían tan contentos. Sé que la mayoría está condenada a morir, pero, ¿no piensa, por tanto, que darles un rato de felicidad, es importante?

Le agradecemos su preocupación por estos niños –me replicó en tono autoritario el director–, pero nosotros somos responsables de su salud ante sus familiares y el hecho es que la mayoría de ellos tuvo que guardar cama después de esta última aventura, y aún no logra recuperarse, si es que se recupera. Usted ha acelerado el deceso de varios y eso es imperdonable. Tuvimos una reunión con los médicos a cargo y por unanimidad resolvimos cancelar sus servicios. Sí, ya sé que no ha recibido remuneración y que los niños parecen quererla mucho, pero nuestra decisión es definitiva. Yo insistí en disculparme, en que no volvería a suceder, que por favor me dejaran continuar con mi labor. Todo fue inútil. El doctor, con rostro impasible, me estrechó la mano y me indicó que fuera a buscar mis cosas y me retirara.

Al atravesar por última vez la sala donde mis niños yacían acostados en camitas con barrotes, varios asomaron sus caritas por encima o entre ellos. Buenos días, tía So –murmuraron–, y yo: no podré venir a verlos por un tiempo, pórtense bien, los quiero tanto... Los sollozos no me dejaron continuar. ¡Tía So, tía So!, gritaron, ¿por qué está llorando? No se vaya, hoy nos toca jugar con el payaso nariz de pelota, ¡tía So, tía So!... Recogí mi delantal y metí dentro de una bolsa los títeres y disfraces; al irme eché una última mirada a esas manitas que se agitaban. Lo sé, esta es mi última derrota, la última de las muchas de mi vida. Mis perros se han subido a mi cama, les paso desgadamente la mano por la cabeza; el más pequeño, que acabo de bautizar como Rinrín, tiene metido medio hocico en mi taza de chocolate con leche. Otras veces le celebraba esta diablura, pero ahora estoy demasiado triste. He perdido todo interés en la vida.

No obstante, con gran esfuerzo llegué el domingo a la capilla de Andacollo, que queda en la población Villa La Reina, cuyos habitantes son gente muy pobre que ha construido con mucha voluntad sus propias casas. Un cura joven está a cargo de la misa y allí soy la única burguesa. Sé que mi auto conducido por Gerardo, mi chofer, causa expectación. Trato de pasar desapercibida, me siento en la tercera o cuarta fila y cuando llega el momento de darse la mano y pedir la paz recorro todos los bancos y a cada feligrés le doy un abrazo. Esto causa extrañeza, pero los siento tan desvalidos y deseo expresarles mi solidaridad. Yo nací con tantas ventajas, fui una privilegiada, aunque sé que esta mujer vieja de larga falda y poncho mapuche no representa a la mujer rica que con su influencia y poder podrá ayudarlos en la desventura que padecen. A lo largo de mi vida he tratado muchas veces de ser una más entre

Ustedes -pienso -, pero parece que en general mis esfuerzos han sido en vano, siempre terminan por descubrir mi origen y rechazarme.

Estos últimos meses he girado de mi cuenta bancaria más de lo necesario con la idea de construir en ese lugar una guardería infantil para que las mujeres puedan dejar a sus niños pequeños y salir a trabajar más tranquilas, pero Dunny me llamó la atención y temo que se haya puesto de acuerdo con Robin para declararme enferma e incapaz. Es cierto que el martes pasado salí a caminar por los alrededores y me perdí, y sólo entrada la noche una patrulla de carabineros me encontró y llevó de vuelta a mi casa. Dodó también está preocupada por mi estado. Este último tiempo me ha invitado a su casa a participar de reuniones con sus amigas; me pide que les cuente sobre mi evolución religiosa, de mi poco apego al dinero y a esta vida terrenal y de mi aceptación de la muerte como un paso necesario y feliz. Sus amigas me escuchan en silencio y yo les cuento de la importancia del dolor y de cómo aliviar esa sensación de la nada que provoca y cómo tiene un sentido y puedes convivir con él mirando más allá; en síntesis, les hablo del buen morir. Me abrazan y dan las gracias, y creo que son sinceras. Después de esos encuentros duermo tranquila, me hacen sentir que todavía sirvo para algo; Dodó me quiere y me admira.

Nunca he sido un hombre religioso, como tampoco lo fueron la mayoría de mis antepasados, con excepción, claro está, de esa bisabuela que casi fue santificada por sus innumerables obras de caridad, misia Juana -le comenta Agustín V a sus amigos batistas

Bernardo y Edmundo, mientras navegan -, pero después de ver el papel que desempeñó la Iglesia contra el gobierno de Pinochet, he comenzado a preocuparme y a estudiarla. ¿Te refieres a este cardenal rojo que tanto escándalo armó en defensa de los llamados derechos humanos? -inquiere Bernardo desde la popa, maniobrando el timón. Agustín esboza una sonrisa: la Iglesia chilena, y no sólo la chilena, porque el Papa desde el Vaticano harta influencia ha tenido en la dirección política que rige el mundo como para que no la tomemos en cuenta...

Ahora los tres amigos se han refugiado en la cabina para tomarse un café, mientras esperan que el viento aumente y la navegación continúe su rumbo. Agustín prosigue: deseo contarles a ustedes, mis amigos más cercanos, que el año 83 conocí por casualidad a Marcial Maciel Degollado, un mexicano algo mayor que yo, formado por los jesuitas, pero ahora decepcionado de sus antiguos maestros, que dirige una congregación religiosa llamada Legionarios de Cristo, cuyo propósito es preservar los valores tradicionales de la Iglesia católica. ¿Algo semejante al Opus Dei? - interrumpe Edmundo. En cierto sentido, sí -responde Agustín-, pero en un estilo no tan europeo, sino más cercano a América y cuya característica es ser -como su nombre lo indica- más guerrera. El Opus Dei, Edmundo, al cual tanto pareces admirar, me recuerda a los antiguos partidos conservadores, en cambio los legionarios son de nuestro tiempo. Hace poco, el primer ministro español, José Miguel Aznar, contó con dos de ellos en su ministerio y el actual Presidente mexicano, Vicente Fox, pertenece a sus filas. Pero volvamos a la génesis de los Legionarios que, según el documentado libro de Mario Iriguéño Los Legionarios de Cristo, nace en forma clandestina durante la persecución religiosa por parte del Estado mexicano, después del levantamiento armado de los cristeros (laicos católicos) que ensangrentó al país entre 1926 y 1929, y cuyos dirigentes mártires fueron santificados medio siglo más tarde por el Vaticano. El Papa Pío XII, alarmado porque México - uno de los países más católicos del mundo - se hundía progresivamente en el ateísmo, aplaudido internacionalmente por los racionalistas y, lo que es aun más peligroso, por los masones, recibe como un milagro en 1941 la constitución, aunque insignificante, de este grupo de católicos fanáticos que están dispuestos a entregar sus vidas para que no sucumban los dogmas y prácticas de la Iglesia católica conservadora. Cinco años después, los recibe personalmente Pío XII en el Vaticano, indicándoles: "ustedes, la Legión, deben ser fuertes como un ejército en posición de combate. Preparad y ganad para la causa de Cristo a los líderes de América y de todo el mundo".

Comienza a soplar una suave brisa y pronto se alza el viento. Antes de que emprendamos el retorno a puerto seguro -les indica Agustín -, deseo contarles el final de esta historia. Desde entonces y sorteando toda clase de dificultades, Maciel no ha cejado en congregar más adeptos en América Latina, Estados Unidos y Europa, donde España desempeña un papel estratégico, introduciéndose en los círculos más poderosos e influyentes de la economía y la comunicación, y penetrando en lo más alto del ámbito financiero y empresarial. Escuché hablar de este movimiento en mi último viaje a España -le dice Bernardo -, pero me parece que allí se los denomina Misioneros del Sagrado Corazón y de la Virgen de los Dolores. Sí, tienes razón, pero son los mismos -le contesta Agustín -; la razón de esa diferencia de nombre

Es que la palabra "legionarios" levanta recelos en España y en otros países europeos por sus connotaciones militaristas, fascistas o de carácter paramilitar, ¿entiendes? Agustín continúa su perorata, entusiasmado por el interés que le prestan sus amigos. Según me ha explicado el sacerdote John O'Reilly, a cargo de la dirección religiosa de los Legionarios, la educación, desde la básica hasta la universitaria, y los fundamentos de la familia son la clave de su éxito, pues ningún partido político se atreve a cuestionar los temas de la educación y la familia, considerados el núcleo por el cual se transmitirán sus valores y donde jugará un rol central la formación de futuros líderes. Entre los Legionarios de Cristo es de gran importancia la orden laica Regnum Christi, su brazo secular, que ha conseguido cada día más adeptos entre estudiantes y sectores populares, especialmente de México y Centro América. ¿No se dan cuenta ustedes, mis amigos, que comparten junto a mí los temores de un nuevo alzamiento popular contra nuestros intereses, la importancia de este nuevo movimiento silencioso, amparado por la más alta jerarquía eclesiástica, hoy también en abierto combate contra las reformas del Concilio Vaticano II y sus seguidores, la teología de la liberación, proclive a usar esquemas marxistas para resolver las injusticias sociales y que captó a tanto cura obrero y movimiento izquierdista cristiano? A ellos, ordenan los legionarios, hay que combatirlos debido a su equivocada lucha contra el régimen capitalista, proclamando un retorno a la moral tradicional y condenando toda apertura hacia la liberalización de la sociedad actual. Si ustedes me acompañan en esta nueva tarea como los laicos de Regnum Christi de los Legionarios de Cristo cumpliremos allí una labor callada y discreta, infiltrándonos en los círculos del poder y la educación. La discusión continúa por un rato, mientras aumenta la ventisca que alza las velas y permite retomar la navegación.

Poco tiempo después, Agustín y sus amigos pidieron su incorporación oficial a los Legionarios de Cristo y son considerados hoy activos colaboradores. En Chile manejan los exclusivos colegios del barrio alto en Santiago: Cumbres, en San Carlos de Apoquindo; Everest, en La Dehesa, y San Isidro, en Chicureo, con alrededor de cinco mil alumnos y asesoran en materia religiosa a The Grange, Santa Úrsula y Mackay. En barrios más populares, dirigen: Zambrano, en Estación Central; San Juan, en la ciudad de Linderos, y La Cruz, en Rancagua. Cuentan también con un Centro de Asesoría Pedagógica para la creación de currículos escolares y con un completo sistema de formación espiritual para los alumnos y sus padres. Controlan igualmente la Universidad Finis Terrae, tras una pugna con sus fundadores del Opus Dei cuando desplazaron al rector, y de la cual Agustín Edwards es miembro del actual directorio, y del preuniversitario Alonso de Ovalle. El hecho de que sólo en 20 años los Legionarios de Cristo adquirieran tanto poder en Chile se debe al apoyo incondicional que les brinda un grupo de empresarios encabezado por Agustín Edwards.

¡Qué difícil es definir en pocas palabras a un hombre como Agustín V!, exclama el periodista Gato Gamboa: "Debe ser uno de los personajes públicos más privados, pese a ser director de uno de los periódicos más importantes de Chile. Extravagante, multifacético, hosco en apariencias, pero muy ameno en confianza, erudito en temas tan variados como la botánica y la ornitología, navega en yates y barcos propios, pilotea su propio helicóptero, cría caballos chilenos, camina a sus anchas vestido de marino (es reservista de la Armada) y también de huaso. Viajero permanente, tan pronto está en su casa santiaguina de Lo Curro, como en Reñaca en su jardín botánico, en sus campos de la isla Illeifa en el lago Ranco o en su casa de veraneo en Maine, Estados Unidos".

Fui, como de costumbre, a misa en la capilla de Andacollo. Al terminar la ceremonia, el padre Andrés me pidió que pasara a la sacristía, pues quería hablar en privado conmigo. Señora Sonia, traté de cambiar el cheque que usted me había dado para la guardería infantil y el cajero me dijo que había orden de no pagarlo. No sé si usted se arrepintió de su acto de caridad o cometió algún error al redactar el cheque. Aquí está, se lo devuelvo. ¡No puede ser! - exclamé-. Perdóneme, padre, pero no entiendo, nunca me había pasado algo semejante y nunca dejo de cumplir un compromiso, sobre todo cuando se trata de algo tan urgente para los niños de esta comuna. Me despedí apresuradamente del cura y regresé a casa. Llamé varias veces al banco, pero no me dieron una explicación clara, sólo respondieron vaguedades hasta que ante mi enojo terminaron por confesarme que Agustín, el Dunny, había dado orden de cerrar mi cuenta. Quiero hablar con él -insistí. Usted sabe -me explicó el agente -, que don Agustín no habla por teléfono, está cada vez más sordo y no escucha bien; para probar que usted estaba mal mostró el certificado de un médico que la declaraba enferma -concluyó el agente, dando por terminada la conversación. Un sudor frío comenzó a invadirme. Es el final, el final -musitaba, mientras acariciaba a mis perros.

Al día siguiente llegaron Gerardo y Carlitos temprano. Venimos a trasladarla a un departamento en Providencia -me dijeron algo alterados. No quiero irme -les contesté a mis fieles empleados. Don Agustín dice que usted estará más cómoda y protegida, nosotros cumplimos órdenes. Y sin otra explicación comenzaron a subir al camión de mudanza mi cama y algunos muebles, los esenciales. Yo permanecí de pie, muda y sin habla. Y aquí estoy, dándome vueltas entre estas paredes blancas; yo, que odio el blanco. El departamento -que es de Robin, según me informaron -, está muy limpio, pero carece de calor humano. Todos los souvenirs que por años acumulé, comprados a lo largo de tantos viajes, cada uno con su historia, desaparecieron, eran parte de mí y ahora no existen. ¿Y mis libros y mis cuadros? ¡Qué fue de ellos! ¿Y mis perros, el Nerón, el Lobito, la Sopaipilla, La Morocha, el Blacky?... Por favor, señora Sonia, si ellos murieron hace años. ¡No importa! -grito desesperada -, es lo mismo, son el Orejas Largas, el Porcky, la Lady, Batman, mis grandes y fieles amigos. ¡Con quién dormiré en las noches! ¡Qué leeré durante mis largos desvelos! ¡Con quién compartiré mi desayuno! Traigan por lo menos mi jaula con los canarios -les digo a Gerardo y Carlitos, que me observan consternados, y parten apresuradamente. Golpeo con mis puños las lisas paredes blancas, pero mi ira y desolación caen en el vacío, mientras dos enfermeras de toca y delantal almidonado me custodian en silencio. El médico me aseguró que el Alzheimer que padezco se había detenido y que si progresaba lo haría lentamente. Ahora nadie podrá detenerlo y ojalá me invada por entero y ya no sepa quién soy, quién fui, a quién amé y a quién desprecié.

Hoy domingo pasaremos a buscar a Sonia para que nos acompañe a la misa de los benedictinos -le indica el Dunny a Malú. Sí, según me dijeron ella se ha puesto muy religiosa ahora último -le expresa Malú- y así se distraerá un poco, aunque creo que debemos internarla en una clínica, pues las enfermeras me dijeron que tiene crisis violentas y se les hace difícil dominarla. Bájate tú y ayúdala a vestirse decentemente -le ordena Dunny. Los tres llegan a la iglesia y se sientan en silencio en las primeras filas. Sonia, con los ojos sin mirada, no pronuncia palabra hasta que el coro de los monjes invade el recinto. Entonces ella alza la cabeza y parece seguir la música aunque sumergida en su propio mundo. Cuando llega el momento de darse la mano y Malú y Agustín estrechan las de sus vecinos, Sonia se alza de su asiento, levanta los brazos y camina resueltamente por el medio de la capilla gritando: ¡la paz, la paz, la paz! Agustín y Malú corren para detenerla, la misa se interrumpe y todos los fieles se miran desconcertados. Salgamos rápidamente de aquí -le murmura Agustín a su mujer -y ambos empujan a Sonia hasta el auto. Está cada vez peor, no tiene remedio, está completamente loca, aunque siempre lo fue. Los dos permanecen en silencio. Debemos internarla en una clínica, lo más pronto posible -determina Agustín.

A los pocos días, Sonia es trasladada a una casa de reposo, el hotel Senior Citizen, en la calle Paul Harris 9578, exclusivo para gente rica, con grandes salones de estar y toda clase de comodidades.

Ha llegado para Agustín un aniversario emblemático, el centenario de El Mercurio de Santiago, fundado por su "granpá", su maestro y abuelo, Agustín Edwards Mac-Clure. La celebración se llevará a efecto en Casa Piedra, de su propiedad, el 1 de junio de 2000, y en los salones se servirá una cena de gala. Asistirán a tan importante evento, políticos, empresarios y diplomáticos, pero lo que tiene a Agustín más satisfecho es que se contará con la presencia del Presidente de la República, y no uno precisamente de su agrado, pues es un socialista, del mismo partido que su peor enemigo: Salvador Allende. Han transcurrido ya dos gobiernos democráticos desde que Pinochet perdió el plebiscito, con presidentes demócratacristianos, menos peligrosos, y ahora acaba de iniciar un nuevo período Ricardo Lagos, socialista. Sin embargo, los tiempos han cambiado y estos nuevos socialistas se han renovado y El Mercurio les da la bienvenida.

Agustín V, consciente de la importancia que tendrán sus palabras, prepara el discurso con sus asesores más confiables. Por desgracia, piensa, no podrá eludir ciertos hechos que son de conocimiento público. Haré hincapié en la libertad de prensa y en el derecho a expresar disidencia. Pero esa libertad de prensa, ¿no fue acaso suprimida con la fuerza de las armas durante 17 años? ¿Pidió alguna vez El Mercurio que volviera a restaurarse? Los atropellos a los derechos humanos ¿fueron alguna vez mencionados en algún editorial? ¿Le causó algún problema a la sociedad chilena la carencia de justicia? Agustín, con su habilidad de siempre -la que llevo en la sangre por mi gloriosa herencia, - medita -, sorteará omisiones, silencios, provocaciones, mentiras y El Mercurio será aplaudido por moros y cristianos como un periódico ejemplar, símbolo de la libertad de prensa veraz.

Ricardo Lagos tampoco considera fácil su papel de orador. No puedo simplemente llenar de elogios a El Mercurio -piensa. La historia, las víctimas, mi conciencia me lo impiden, pero no puedo enemistarme con un enemigo tan poderoso y al que debo seducir -concluye. Llega el día del centenario y Agustín, con más aplomo que lo corriente y dichas las palabras de rigor, inicia lo medular: "nuestro periódico mantiene el espíritu que le dio su fundador, manteniéndose en manos de nuestra familia, que le da una orientación bien definida...". Hará hincapié a continuación en el pluralismo que siempre mantuvo el diario a lo largo de estos cien años, "pese a que se podría observar que El Mercurio de hecho aceptó y aun apoyó gobiernos surgidos de la fuerza, como en 1891, 1924, 1925 y 1973. (...) en cada uno de estos momentos históricos actuó considerando las circunstancias excepcionales que afectaban a la sociedad chilena, impulsando, dentro de sus posibilidades, el retorno a la institucionalidad democrática del país (...) El Mercurio ha convivido -prosigue en su discurso - con todos los regímenes, sin renunciar a sus principios, y bajo la premisa de que aquellos de facto eran consecuencia de los errores de la política civil, y serían transitorios. Creemos en la empresa libre y competitiva, en el Estado pequeño, subsidiario y eficiente, en los equilibrios económicos (partiendo por el presupuestario, la desregulación y la apertura a los mercados exteriores o de libre comercio). Igualmente sostenemos que la libertad de la economía es requisito necesario para que, también, las personas sean verdaderamente libres y para una auténtica democracia". Más adelante, se refiere a "la lucha constante que asociados a Paz Ciudadana libramos con muchos otros medios de comunicación para mejorar las condiciones de seguridad de los chilenos y en la cual hemos encontrado gran acogida en las máximas autoridades del país...". Concluye su discurso con un homenaje a su abuelo, evocando "sus mismas enseñanzas como un código que nos señala sabias reglas de prudencia y rectitud" y, por último, con el agradecimiento a todos los colaboradores, que forman la extensa "familia mercurial".

Toma enseguida la palabra el Presidente Lagos, quien comienza por recordar la historia del periódico. En lo sustancial dice: "El Mercurio, como tantos otros medios de prensa, se alineó con una de las partes en conflicto. Y fue, como todos los protagonistas de la vida nacional, tanto objeto como responsable de aquella división que culminó con el derrumbe de nuestra democracia". Habla después "de la época de las confrontaciones de las grandes corrientes que se sentían excluyentes y que terminaron en sucesivos antagonismos políticos, ideológicos y sociales, cada vez más agudos. (...) Quiero decirlo francamente: en el Chile herido y dividido de esos años era muy difícil mantener una perspectiva nacional como la definió en su proyecto fundacional Agustín Edwards Mac-Clure (...) La crisis del 73 fue la tragedia de la desunión", y concluye, "por eso mi gobierno está comprometido con la reconciliación". Después de la cena de gala, Agustín y Ricardo se dan la mano, ambos se consideran ganadores en este enfrentamiento. Pero ¿quién será el perdedor?

Fui una o dos veces a ver a Sonia a ese hotel cinco estrellas -cuenta Isabel -, una casa de reposo lujosa para discapacitados mentales o simplemente para aquellos que por su avanzada edad sobran en los hogares de los hijos pirulos de este país. Tiene pequeños departamentos amoblados, enfermeras y un médico a sus órdenes. En la gran sala de estar hay varias mesas de juegos, cómodos sillones, linda vista. Allí pasan el día los pacientes, donde los que están en mejor estado juegan a los naipes, leen o conversan. Sonia suele atravesar la sala del brazo de Garlitos y Gerardo, pero no se detiene a saludar a nadie. Todos la miran: ahí va la Sonia Edwards -murmura alguno -, tan orgullosa como siempre; ella nos mira en menos, esa familia se cree el hoyo del queque, siempre ha sido así. No sospechan que tras ese tamaño de reina no existe más que un pobre ser perdido que nunca se ha sentido a sus anchas entre sus pares. Comprendí entonces -agrega Isabel -, que lo único que podría traerle alguna felicidad en su estado actual era llevarla al campo. Muchas veces la invité a mi fundo, que queda a unos pocos kilómetros de Santiago, y allí, rodeada por los perros, su rostro se transformaba y entre sonrisas y suspiros balbuceaba algunas palabras. Otros días -los mejores - se quedaba algún rato en casa de algunos de los inquilinos que conocía desde hacía tiempo y acariciaba a sus hijos y sentaba a los más pequeños en su falda, cantando alguna canción infantil. Su linda voz la conservó hasta el final. Sírvase una cazuela con nosotros -le decía Bernardino, el dueño del rancho - o qué le parecen unas ricas sopaipillas pasadas, la Clementina tiene tan buena mano... Al escuchar la palabra sopaipilla, Sonia se descontrolaba: ¡Sopaipilla, my darling, dónde te has escondido todo este tiempo, ven, ven mi chiquita adorada, te he echado tanto de menos! Y sus manos se agitaban como abanico alrededor de una perra imaginaria. Entonces comprendíamos que Sonia había perdido el

sentido del tiempo. Pero esos paseos no eran frecuentes, para ella los días transcurrían sólo con Gerardo y Carlitos que la sacaban en Auto a dar una vuelta o a tomar helados de chocolate al Tavelli de Manuel Montt. No creo que Agustín perdiera su tiempo en visitarla, su tiempo que valía oro; él odiaba los hospitales y los enfermos le irritaban. Robín me dijo que le daba demasiada pena verla en ese estado y prefería no ir. Es posible que Dodó y Nico fueran, pero yo nunca los vi. Carolina se había instalado definitivamente en Inglaterra junto a su marido y dicen que al comienzo de su mal le escribió a su madre una o dos cartas, pero ante su silencio dejó de hacerlo y prefirió enterarse de su salud por medio de Dodó. Los demás habitantes del Senior House formaban una familia a la que Sonia no pertenecía. La realidad es que si no hubiera sido por Carlitos y Gerardo, que no se separaban de ella y estaban pendientes de todos sus caprichos, Sonia, el huésped más rico y poderoso del lujoso lugar, hubiese sido el más solitario y carente de ternura.

Hugo Fazio, en Mapa actual de la riqueza de Chile, dice: "En Chile, Intercom, formada por Agustín V, inicia las transmisiones de TV por cable en mayo de 1987, considerándose el pionero. Era una manera de reforzar su presencia en los medios de comunicación, buscando tomar delantera en sectores en desarrollo. Sin embargo, el mal momento económico por el cual pasaba lo obligó a entrar en alianza con Metrópolis, controlada por Ricardo Claro, quedando su participación reducida a un segundo plano". Más adelante, Fazio agrega: "En la actualidad la importancia económica de Agustín Edwards es secundaria. La empresa editorial Lord Cochrane -que desarrolló una fuerte presencia en Argentina y Brasil - pasó a tener mayoría accionaria de capital norteamericano. No obstante, al comienzo del 1997, la empresa El Mercurio adquirió el control de CasaPiedra". Como imagen, CasaPiedra es el lugar más selecto y lujoso de eventos nacionales e internacionales, el símbolo del poder capitalista. Y lo que Fazio podría agregar ahora es que aparentemente Agustín perdió el control de las casas editoras, pero la realidad es que ha ido comprando, poco a poco, acciones en las empresas editoras más importantes de Chile, en el presente convertidas en multinacionales. No obstante, desde el rapto de su hijo Cristián, la vida pública de Agustín contempla actividades de hombre cristiano: va a misa los domingos y, frecuentemente, con su amigo Carlos Bombal, aperados de sacos de dormir, se dirigen a la población La Pincoya, donde pasan la noche en casa de algún poblador. Los niños desamparados también le preocupan, les trae juguetes importados de sus viajes y suele llevar consigo a veranear a uno que otro a su isla del lago Ranco, donde esos niños gozan de todos los privilegios de ese maravilloso oasis. ¡Cómo ha cambiado Agustín, se ha vuelto religioso y preocupado de la pobreza! -proclama la sociedad. Pero no todos se demuestran de acuerdo con esta imagen. En un editorial de febrero de 2005, de la revista Reflexión, dirigida por teólogos y católicos de avanzada, se le acusa de sedición por la crítica que le hace al Ejército, ante la condena al general Manuel Contreras y otros generales, que clasifica de débil ante este vejamen: "Cómo es posible -indica Reflexión - que el diario El Mercurio, clave en el silencio de los atropellos a los derechos humanos y que no ha pedido perdón por su grave omisión, diga que las FF.AA. y de Orden han terminado viendo cómo la historia la escriben sus adversarios y quienes, por conveniencia o pusilanimidad, cambiaron de bando". También el general en jefe del Ejército Cheyre ha enviado una carta al director del diario, donde pregunta: "¿Qué espera El Mercurio del actuar del Ejército de Chile? Avalar el irrespeto a las decisiones judiciales. Aceptar presiones indebidas. Emplear los medios del Ejército, entregados por la sociedad para la defensa de Chile, en acciones de fuerza. Aceptar y promover actos internos de rebeldía castrense". Cheyre concluye: "No, señor director, mi responsabilidad es que cada chileno tenga la seguridad de contar con un Ejército fiel al mandato del orden constitucional vigente". El ministro Insulta declara: "Es un juicio político lamentable que me parece peligroso y yo espero que El Mercurio explicité a qué se refiere cuando dice que hay una actitud débil, blanda o tibia". Los senadores Cristián Piñera y Sergio Páez también clasifican de peligrosa, grave, al borde de la sedición, la posición de El Mercurio.

No todos, al parecer, coinciden en que Agustín Edwards ha cambiado mucho. Es el mismo y siempre será el mismo, aunque en su juventud -recuerda uno de los viejos tíos Edwards - pretendió escapar a su destino, partió a recorrer Italia y Yugoslavia con un grupo de amigos aventureros. Pero la muerte prematura de su padre y el poder de la familia, pronto recobraron al hijo pródigo y lo colocaron en el lugar que el destino y sus ancestros le tenían reservado. Con su padre fue lo mismo, aunque él era un débil que no se impuso en su hogar ni supo sacarle partido al bienestar que le deparó la diosa fortuna. Pero a ese Edwards no le raptaron ningún hijo y es posible que Dios le guarde un lugar en el cielo, le replicó una dama anónima al tío viejo.

El hecho es que Agustín V, pese a que su sordera y calvicie aumentan, no detiene su quehacer y –escribe Fazio – "Entre el año 2000 al 2002, Agustín forma una empresa y fundación 'Ciencia de la Vida', cuyo objetivo es realizar ingeniería genética y cuyos socios, entre otros, son Hernán Larraín y Fernando Flores.

También 'País Digital', cuyo propósito es desarrollar una cultura digital en nuestra sociedad en conjunto con los sectores empresariales, gubernamentales y educacionales. Sus socios son: Fernando Flores, Alejandro Foxley, Cristián Piñera, Blas Tomic, Gonzalo Rivas y Pedro Rosso". No obstante, un traspie le causa alguna irritación entre estos éxitos: uno de los directores del Colegio de Periodistas, Manuel Cabieses, presenta la solicitud de expulsión contra Agustín Edwards; se lo acusa de transgredir la ética periodística al promover el golpe de Estado. Pero eso fue sólo una molestia –declara Agustín V–, un rasguño en el tobillo propinado por un gato callejero que no pasó a mayores.

XI

Junto a un grupo selecto de amistades, Agustín ha partido a navegar en su yate a las idílicas islas de Oceanía, esos parajes de aguas transparentes y extensas playas de arenas doradas. Lo acompañan expertos en pesca submarina, pues a él le agrada ese deporte. También va Malú y las comidas en el yate son exquisitas. Malú es tan refinada y sibarita, tan buena anfitriona, confiesan sus amigas. Los yates son dos, uno a motor, donde se alojan los sirvientes; y otro a vela, exclusivo para Agustín y sus invitados. Sus hijos no lo acompañan. Para nadie es un secreto que su padre no mantiene una estrecha relación familiar con ellos. Los dos hombres que viven en Chile: Agustín, el mayor, y Felipe, el menor, tienen cargos de cierta responsabilidad en El Mercurio, viven a sus expensas y aprovechan de veranear en la hermosa casa de lago Ranco, adonde van con sus propias amistades cuando el padre está ausente, pero, ¿le tienen afecto? ¿Y qué fue de Cristián, el hijo raptado, tras la angustiada experiencia de su cautiverio? Él ha rehecho su vida en Estados Unidos, al margen de la familia y sus problemas, y poco se sabe de él.

En los diarios y revistas aparecen numerosas fotografías de Agustín V, en especial cuando se trata de alguna celebración de la Federación de Criadores de Caballos Chilenos que él preside, luciendo su elegante tenida de huaso. Pero, ¿cuándo se ha visto alguna foto de Agustín junto a su heredero u otro de sus hijos, compartiendo actividades, entregando algún premio? Por cierto, viven de lo que reciben por sus cargos en El Mercurio y se trasladan de un lugar a otro en autos blindados, protegidos por guardaespaldas, pero da la impresión –dicen quienes los conocen – de que no existieran. Un amigo íntimo, que prefiere no ser nombrado, me cuenta que los hijos lo consideran un padre autoritario y frío, que nunca les entregó cariño –ni de pequeños ni ahora –, un padre ausente; si no fuera por Malú, poco o nada pasarían a verlo, y más de una vez le he escuchado a Agustín V exclamar: ¡mi hijo mayor, Agustín, no ha sido capaz de darme un heredero que continúe el mayorazgo, la historia de siglos de los Edwards! Este último Agustín, que sería Agustín VI, tan reservado, casado con una gringa que no se aviene con los suegros, ¿no puede o no quiere continuar la tradición de la dinastía? Agustín, el Dunny, recostado en la terraza de su bella casa de Lo Curro, recuerda sus últimas actividades y piensa en el futuro, pero los versos de su infancia, de aquella niñez en que la nurse, no, no era la nurse –recalca Dunny –, sino miss Jenny, la de cara lavada que les leía y releía Alicia en el país de las maravillas, algunos de sus versos, de tanto escucharlos, se sabía de memoria: "Humpty Dumpty sat on the wall/ Humpty Dumpty had a great fall./ All the King's horses/ and all the King's men/ couldn't put Humpty Dumpty in his place again".* Y como un sonsonete los versos golpean suavemente, casi como la caricia de una amante, una y otra vez, su viejo cerebro. ¡Detente, ya está bueno! –murmura –, comprendí perfectamente. Ese Dumpty soy yo, sentado en el muro de mi fortaleza, como estoy ahora en la chaise longue, meditando sobre el futuro de la inmensa fortuna y poder que he sabido conservar y acrecentar, pero que por alguna extraña y misteriosa razón, como sucede a ese mirador del cuento, ese muro que parecía tan firme comienza a trastabillar y yo, pierdo el equilibrio y caigo al precipicio que me rodea y de tumbo en tumbo me despeño hacia el vacío.

Humpty Dumpty se sentó en el muro./ Humpty Dumpty de un gran porrazo se cayó muy duro/ Todos los guardias del rey con sus caballos/ no pudieron recomponer a Humpty Dumpty de nuevo otra vez... (Traducción de Armando Uribe Arce.)Trastabillar y yo, repentinamente, pierdo el equilibrio y caigo al precipicio que me rodea y de tumbo en tumbo me despeño hacia el vacío.

Llega Malú: Dunny, ¿qué te pasa?, estás hablando incoherencias y en inglés. Pero Agustín parece no escucharla y continúa ahora canturreando: "Humpty, Dumpty had a great fall/ and all the Kings horses/ and all the King's men... 35, y ahora la canción adquiere un tono operático: "couldnt put/ Humpty, Dumpty together again". Agustín corre bruscamente a Malú de su lado, se pone de pie y con una gran reverencia, en espera de los aplausos, indica el fin del solo del drama.

Al día siguiente, alarmada por la extraña actitud de su marido la tarde anterior, Malú llama al médico. Este examina a Agustín y declara: lo encuentro muy bien, su presión normal, su pulso tranquilo. Debe haber comido algo pesado al almuerzo y tomado más tragos de lo conveniente, los que le provocaron ese sopor incoherente. A veces, dormidos, hablamos demás; ¿el inglés no ha sido acaso su segundo idioma? No se inquiete, no hay de qué preocuparse, a don Agustín le quedan muchos años de vida.

Según indican los pronósticos del tiempo, ese verano de 2003 será más caluroso que nunca y todos los que pueden se marchan fuera de la capital. La familia Edwards ha partido a diferentes lugares, lo más lejos posible y aislados de sus actividades y preocupaciones diarias. ¡Ojalá -piensan ellos - nada ni nadie perturbe nuestro descanso; se acabó por un mes la política, la empresa, el Congreso, las universidades y colegios!

La mayoría de los pacientes del Senior Hotel tratan de paliar el sofocante calor en los jardines que rodean el lugar. Pero Sonia no se pasea entre ellos. Desde hace dos días no ha sido capaz de levantarse de su cama, pues padece un estado febril. El médico pasó a examinarla en la mañana: sólo denle a beber agua, mucha agua y nada más -indica a la enfermera -; estos estados de decaimiento con fiebre son corrientes en estos enfermos. Debe haber sido pasado el mediodía. Carlitos y Gerardo se sientan a cada lado de Sonia, le acarician suavemente sus largos brazos y observan cómo su entrecortada respiración, poco a poco, se vuelve más lenta, casi imperceptible y deja, por último, de ser. Se ha ido nuestra señora -murmura Gerardo -, ya no quería más con esta tierra -susurra Carlitos -; es lo mejor para ella, que Dios se la lleve al paraíso, que descanse. Y ambos le juntan las manos en el pecho, le besan respetuosamente la frente, como si fuera la Virgen María, y se retiran a dar cuenta de su fallecimiento.

El velatorio se realizará con una misa solemne al día siguiente, a las 15 horas, en la iglesia Santa María en Las Condes; los funerales se efectuarán enseguida, en el Cementerio General. Los parientes más cercanos de Sonia han interrumpido sus vacaciones y comenzado a llegar a la iglesia. El ataúd, frente al altar, está rodeado de ramos de flores. Una de sus amigas, Regina, viuda del doctor Patricio Montalva, psicoanalista de su época de juventud y a los que Sonia frecuentaba, relata: "Yo fui muy amiga de ella alrededor de los años 60, mi marido la consideraba una buena psicóloga, especialmente en relación con los niños y ancianos. Fuimos varias veces, durante esa década, a su casa en la calle Vasco de Gama, nuestros hijos compartían con los suyos sus juguetes, que eran importados y maravillosos. Sonia era acogedora, simpática y muy sencilla. Después tuvimos que exiliarnos y al regresar a Chile sólo la vi una vez, en una librería. Estaba acompañada de dos guardaespaldas, casi no la reconocí, había perdido toda su belleza, su pelo estaba canoso y una cicatriz y el ojo algo caído le desfiguraban el rostro, vestía unos vaqueros y un gran poncho. Yo había escuchado de su apoyo a Allende y de su ayuda a los perseguidos por la dictadura. Le hice una seña amistosa, pero ella no se dio por aludida, creo que no me reconoció. No obstante, quizá por nostalgia de esos años lejanos, cuando supe de su deceso fui a darle un último adiós.

Me acerqué a mirarla al ataúd y ante mi asombro el bello rostro de Sonia lucía tan hermoso como antes y en sus manos sostenía dos camelias, sus flores preferidas, que parecía aspirar con deleite. Era la Sonia de mis recuerdos en la plenitud de su existencia, llena de vida y optimismo en sus proyectos.

En la iglesia no había mucha gente, eché de menos a Mariana, a Vilma, a Isabel y a tantos amigos suyos de esos tiempos. Es cierto -pensé -, deben haber estado veraneando o ya la ol- v *daron, o no quisieron familia, quisieron mezclarse con su familia, sufrir algún gesto de desprecio por parte de esos Edwards: Vicente, que les había declarado la guerra; Carlos, que los odiaba; Alfredo, Max, Joan, Gladys, Sergio, Lucía, todos quienes pertenecían a otra clase y habían sido acusados de pervertirla, de perseguir su fortuna.

La misa demoraba en comenzar y los asistentes nos mirábamos preocupados..., las misas son tan puntuales. Es que no ha llegado Agustín, me dijo mi vecina, hasta que por fin apareció, acompañado de su mujer. Se sentaron en la primera fila, donde estaban los hijos Dominique, Nicolás, los nietos y, un poco más atrás, Gerardo y Garlitos, vestidos con ternos oscuros. Carolina no pudo venir, pero mandó un inmenso ramo de flores. Yo decidí irme, tampoco pertenecía a ese mundo de los Edwards.

Luz María, amiga de Dodó, sí se quedó. Ella me contó que fue una hermosa ceremonia, con música sacra y coro de gran calidad. Lo único que me pareció extraño, y que hasta hoy no logro entender, fue que Agustín no cargara el ataúd de Sonia al término de la liturgia. Era el hermano mayor, el más importante miembro de la familia y no estaba lisiado. Se puso de pie cuando el párroco, como despedida, echó el agua bendita y el incienso sobre el cuerpo de la difunta, y dio unos pasos, alargando su brazo como para tomar la manilla del féretro, pero se detuvo. Malú y él se retiraron furtivamente de la iglesia. Sus espesas cejas negras, que le daban un aire de Mefistófeles, se habían tornado blancas y la V de la victoria que ostentaban se dio vuelta de carneros y se convirtió en una V de los vencidos. ¿A qué se debía esa insólita transformación, esa secreta actitud?

Yo puedo explicar ese secreto -responde Sonia -, aunque a mí ya no me permiten hablar en voz alta con los mortales, pero sé que muchos, en especial aquellos privilegiados que se comunican con los espíritus, recibirán mi mensaje. Cuando reposaba en mi lecho mortuario, rodeada de flores y con mis camelias entre las manos, por primera vez logré entablar un diálogo con Dunny, ese hermano cuya mirada de acero me paralizaba, cuya voz de mando me convertía en un animalito a sus órdenes, incapaz de hacerle frente, de ser yo. A ratos, cuando él no estaba, logré rebelarme, pero fue por tan corto tiempo, muy a trastabillones, con muchos prejuicios e inseguridades. Ahora me sentía libre y podía emprender el vuelo, y cuando lo vi hincado en la iglesia me puse a sobrevolar alrededor de él y mis palabras le caían encima como una catarata incontenible de agua hirviendo. Se puso a transpirar y Malú le alcanzó un pañuelo para que se secara, pero el pañuelo pronto se empapaba y el sudor volvía a cubrirlo por entero y sólo me interrumpía con breves palabras: fue por tu bien, estabas descarriada, yo era el mayor, debía preservar la dignidad de la familia, era por tu bien... y me clavaba la vista, pero yo era un espíritu sin cuerpo que lastimar y continuaba vertiendo mis resentimientos, esos que me habían malherido desde pequeña y después de joven, como mujer, como madre, como luchadora, hasta que me convertí en una vieja solitaria entregada al bien morir, refugiada en la demencia. Por primera vez, aunque fuera desde el más allá, había logrado decirle a mi hermano todo lo que nunca en mi vida mortal me atreví, y no sé si sería porque ahora era un alma en pena, pero comprendí que Dunny estaba convencido de que su actuación despiadada respondía para él a un bien mayor: preservar la dinastía heredada de sus antepasados y ojalá hacerla crecer. No se trataba, pues, de destruirme, sino sólo de acallar mi rebeldía, aunque fuera a costa de mi felicidad y la muerte de muchos otros. Ese es el secreto de la actitud insólita de Agustín V. ¡Cómo pretendían que actuara de otra manera!

Al día siguiente de su muerte apareció publicado en El Mercurio un artículo de cuatro columnas sobre su vida; más bien, diríamos, sobre las facetas de su existencia que correspondían a una Sonia del clan de los Edwards, que ocultaban a la Sonia rebelde, la que nació en cuna de oro y trató, contra viento y marea, de romper con las reglas de una mujer atada a las normas de su clase social, al poder de la dinastía y al bienestar que ofrecía su poderosa familia, involucrándose, por el contrario, con la izquierda que luchaba por un cambio social en Chile, con los niños desvalidos y, en sus últimos años, con una religión que abarcaba todas las creencias desprendidas de los bienes terrenales. El camino señalado para la niña de la cuna de oro era fácil, cómodo, pero ella prefirió no claudicar de sus principios, pese a los dolores y dificultades con que se enfrentó.

EPILOGO

Agustín y Malú regresan a su casa en Lo Curro. En la tarde llegarán familiares y amigos a darles el pésame. Agustín se sienta en la terraza. Malú se ha puesto a cortar algunas flores de color: moradas o lilas -piensa -, pues debo arreglar los floreros para un día de duelo. Está triste. En realidad, nunca fue amiga de Sonia, pero a pesar de su distanciamiento, la estimaba y le tenía lástima. ¡Qué vida tan llena de sinsabores! Una sirvienta interrumpe en su quehacer. El caballero pregunta por usted -le dice -, parece que la necesita. Ya voy -responde Malú-, y luego de entregar las flores para que sean colocadas en los vasos de porcelana, en la sala de estar, toma una manta y acude junto a su marido. En la tarde refresca y vas a tener frío -le dice mientras le coloca el chal alrededor de las piernas. Ella sabe que Agustín la necesita. Son un matrimonio tan unido, él la trata con tanto cariño, no podría vivir sin ella. Él le acaricia las manos, distraídamente, sumido en sus pensamientos. Se acabaron las conquistas fáciles, las innumerables mujeres seducidas, la lucha por mantener la riqueza y el poder de los Edwards, el país está en orden, sin atisbos de revueltas ni revoluciones; soy un triunfador, piensa. Sin embargo, no logra disipar el sabor amargo que lo atraganta. Tanto éxito, ¿no estará señalándole el fin de la dinastía?, ¿será capaz ese hijo Agustín, tan diferente a él, tan poco ambicioso y luchador, de mantener la tradición de sus antepasados?

Además, no logra apartar de sí la imagen de Sonia, el puño en alto, desfilando frente al edificio del Mercurio junto a esa multitud que lo llena de oprobios, los vencidos, cuyos cadáveres siguen apareciendo, como si nunca fueran a acabarse. Él no ha sido acusado de violar los derechos humanos, su prestigio de hombre honorable se mantiene intacto. Como el de mi abuelo, el "granpá" -medita-, pero ese Dios en el que ahora creo y ve más allá que los mortales me señala con un dedo acusador, y aunque trato de esquivarlo y pedirle perdón en la misa dominical, permanece implacable y pronuncia mi sentencia: todos los pecadores, más temprano que tarde, pagan sus culpas y la historia no tardará en colocarte en el lugar que te mereces. Y los Edwards, la poderosa dinastía que durante dos siglos hemos creado, ¿qué será de ella? Me parece que tu pregunta no responde a la de un hombre culto, que ha leído tanto libro sobre el acontecer del pasado. Ha llegado el momento de su fin, como el de todos los grandes reinos y dinastías, bastante más poderosas que la tuya. Ahora entonas el canto del cisne. Pero al hermoso cisne no le queda mucha vida -pronuncia con voz categórica la Voz que todo lo sabe.

Han comenzado a llegar las visitas que vienen a dar el pésame. Malú -le dice en voz baja Agustín V-, recíbelos tú, diles que yo no me siento bien, que tuve que ir a acostarme, no tengo ningún interés en conversar con esos pateros, una tropa de hipócritas. Ella, como la gran dama que es, hace las veces de anfitriona. La casa está más linda que nunca, exclaman en coro, y Malú sonríe, da las gracias y el tapiz persa y las valiosas pinturas que cuelgan de los muros permanecen inmutables.

BIBLIOGRAFÍA

PARA LA ETAPA COMPRENDIDA ENTRE 1804 Y 1848

LIBROS y TESIS

- Alvear, Eduardo, "El caso Skorpio". Tesis de grado, Universidad de Talca, Talca, 1978.
- Amunátegui, Domingo, Crónicas de la Independencia. Santiago, Editorial La Patria, 1837.
- Archivo de Bernardo O'Higgins, tomo 46. Santiago, editorial Universidad Católica, s/a.
- Barrera, Cecilia, "El Skorpio y la Independencia de Chile". Tesis de grado, Universidad La Serena, La Serena, 1981.
- Cáceres, Marco, "El Norte Chico y su minería". Tesis de grado, Universidad de Copiapó, Copiapó, 1977.
- Costa, Claudio, Precursores médicos. Editorial Arancibia, 1972, s/1.
- Darwin, Charles, Diario de Darwin en Chile (1832-1835). Viaje de un naturalista alrededor del mundo. Santiago, Editorial Universitaria, 1995.
- Encina, Francisco Antonio, Historia de Chile, tomo X. Santiago, Editorial Ervill, 1983.
- Illanes, María Angélica, La dominación silenciosa (Productores y prestamistas en la minería de Atacama. Chile, 1830-1860). Santiago, Editorial Blas Caña, 1990.
- Keller, Carlos. Chile en 1830. Valparaíso, Editorial Valparaíso, s/a.
- Medina Castro, José Toribio, Antecedentes sobre la Independencia de Chile. Santiago, s/e, 1884.
- Olave, Carlos, "Skorpios, contrabando e independencia". Tesis de grado, Universidad Austral de Valdivia, Valdivia, 1975.
- Orrego Luco, Agustín, 1810. Santiago, Editorial del Pacífico, 1936. Rosales, Abel, Copiapó bella. Valparaíso, Editorial El Imparcial, s/a.
- San Román, Francisco, Reseña industrial e histórica de la minería y la metalurgia en Chile. Editorial Vanguardia, 1883, s/1.
- Treutler, Paul, Andanzas de un alemán en Chile, 1851-1863. Santiago, Editorial del Pacífico, 1955.
- Uribe Arce, Armando, Carta abierta a Agustín Edwards. Santiago, Editorial Lom, 2001.
- Vallejos, José Joaquín, Escritos de Jotabeche, Primera Edición, Lito Buen Pastor, 1903.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, Semblanzas. Artículos. Editorial Franciscano, Valparaíso, 1874.

REVISTAS

Barrios Barth, Eduardo, "Extranjeros Ilegados a La Serena durante el siglo pasado". Economía e Historia, 1993.

Merino, Roberto. "La saga de los Agustinas". Capital, mayo de 2000.

Munizaga, Carlos, "¿Corresponde a la familia Edwards el apellido Edwards? Pacific Magazine, 30 de agosto de 1935.

Nazer Ahumada, Ricardo, "La fortuna de Agustín Edwards Ossandón, 1815 a 1878". Apartado, del N° 33 de Revista Historia, 2000, Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile.

Nazer Ahumada, Ricardo; Juan Ricardo Couyoumdjian, "Un patrimonio familiar: la fortuna de Agustín Edwards y sus herederos". Boletín de la Academia Chilena de Historia, año LXVIII, N° 111, correspondiente 202, Santiago de Chile (separata de 30 ejemplares).

O'Brian, Thomas, "The Antofagast Company: A Case Study of Penipheral Capitalism". Hispanic American Historical Review, Washington, 1980.

DOCUMENTOS

Edwards Bello, Joaquín. "Archivos", Caja 49. Biblioteca Nacional.

"Archivo Nacional", Índice de oficios, Intendencia de Copiapó, 1835 a 1845.

"Archivo Nacional", Ministerio de Guerra, Índice de Oficio. Ejército de Chile, 1835 a 1845.

PERIÓDICOS

El Mercurio, Santiago, 31 de mayo de 2005: "El Mercurio 105 años (Edición Especial).

PARA LA ETAPA COMPRENDIDA ENTRE 1815 Y 1878

LIBROS Y TESIS

Castilla, Patricia, "Edwards, la minería y los trabajadores". Tesis de grado, Universidad Técnica del Estado, Santiago, 1971.

Letelier, Gonzalo, "El tren de Copiapó a Caldera". Tesis de grado, Universidad de Concepción, Concepción, 1948.

Opinión de la prensa de Santiago y Valparaíso, Crónicas con motivo de la muerte del señor don Agustín Edwards Ossandón, acaecida en Limache. Valparaíso, Imprenta El Independiente, 1878.

Querejazu, Carlos Roberto, Guano, salitre, sangre. La Paz, Editorial "Los amigos del libro", 1979.

Ross, Agustín, Reminiscencias históricas sobre don Agustín Edwards Ossandón y sobre el origen de sus negocios. S/I, Imprenta Universo, 1926.

Sombart, Werner, El burgués. Introducción a la historia espiritual del hombre de negocios. Barcelona, Editorial Alianza, 1972.

Uribe Arce, Armando, Carta abierta a Agustín Edwards. Santiago, Editorial Lom, 2001.

Valdés, Rafael, "Copiapó y su banco". Tesis de grado, Universidad Técnica del Estado, Santiago, 1972.

DOCUMENTOS

Edwads Bello, Joaquín, "Agustín Edwards Ossandón". Archivo de Joaquín Edwads Bello, Caja 49, Biblioteca Nacional.

"Archivo notarial de Valparaíso", 1866.

"Archivo notarial de Copiapó", 1847.

PARA LA ETAPA COMPRENDIDA ENTRE 1852 Y 1897

LIBROS

Biografías, Compañía de Teléfonos de Chile. Inédito.

De Ramón, Armando y otros. Biografías de chilenos, tomo II. Santiago, Universidad Católica de Chile, Salesianos, 1929

Figuroa, Virgilio, Diccionario histórico, biográfico y bibliográfico de Chile. Tomo III. Santiago, Imprenta y Litografía La Ilustración, 1925 a 1931.

Orrego Luco, Luís, Memorias del tiempo viejo. Santiago, editorial Universitaria, 1984.

Peláez y Tapia, José, Historia del diario El Mercurio. Santiago, Talleres de El Mercurio, 1927.

Ramírez Necochea, Hernán. Balmaceda y la contrarrevolución de 1891, Segunda edición. Santiago, Editorial Universitaria, 1969.

Valdés Subercaseaux, Blanca. Una alma cumbre: Juana Ross de Edwards, Padre de Las Casas, 1944, Impresora Padre de las Casas-San Francisco.

Velasco, Fanor, La revolución de 1891: memorias. Segunda edición póstuma, Santiago, Dirección General de Talleres de Prisiones, 1925.

PERIÓDICOS

La Gaceta. Santiago, 9 de julio de 1953.

DOCUMENTOS

"Juana Ross", Archivo Joaquín Edwards Bello, Caja 49, Biblioteca Nacional.

"Agustín III", Archivo Joaquín Edwards Bello, Caja 49, Biblioteca Nacional.

"El Mercurio de Valparaíso", Archivo de Joaquín Edwards Bello, Caja 45, Biblioteca Nacional.

"Memorias (1872-76-80)", Superintendencia de Sociedades Anónimas, Compañía de Seguros y Bolsas de Comercio.

"Memorias (1870-74-78)", Superintendencia de Valores.

"Memorias (1874-1880)", Superintendencia de Compañías de Seguros.

PARA LA ETAPA COMPRENDIDA ENTRE 1878 Y 1941

LIBROS

Aldunate Phillips, Raúl, La revolución de los tenientes, 1924-1927. Santiago, Litografía Gratiud Nacional. 1971.

Alland, Jorge, Cien años de la Compañía Sudamericana de Vapores, 1872-1972. Santiago, s/e, 1973.

Budge, Olga, La buena mesa. Santiago, Editorial Lord Cochrane, 1998.

Calvo, Ana María, "Agustín Edwards Mac-Clure, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Italia, España y Suiza". Tesis de grado, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2000.

Chilena Consolidada, Reseña Histórica de noventa años de vida: 1852-1943. Santiago, s/e, 1945.

Compañía de Seguros la Chilena Consolidada, Valparaíso, s/e, 1931.

Durán, Fernando, "Don Agustín Edwards Mac-Clure", Academia chilena de la Lengua, Santiago, Ediciones Rumbo, 2003.

Edwards Mac-Clure, Agustín, Recuerdos de mi persecución, Santiago, Editorial Ercilla, 1932.

Edwards Mac-Clure, Agustín, Aventuras de Juan Esparraguito o el niño casi legumbre, París, s/e, 1932.

Edwards Mac-Clure, Agustín, Cuatro presidentes de Chile, 2 vols. Valparaíso, Imprenta y Litografía, Universo, 1932.

Edwards Mac-Clure, Agustín, Fundación Santa María en beneficio de la clase obrera. Santiago, Imprenta El Mercurio, 1933.

Edwards Mac-Clure, Agustín, Período de zozobras, Santiago, Editorial Universitaria, 1935.

Edwards Mac-Clure, Agustín, La Universidad Técnica Federico Santa María: su plan de enseñanza, Washington DC, Unión Panamericana, 1936.

Feliú Cruz, Guillermo, Agustín Edwards Mac-Clure: la bibliografía colonial de Chile. Santiago, Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, 1969.

Feliú Cruz, Guillermo, 1801-1924: Chile visto a través de Agustín Ross: ensayo de interpretación. Santiago, Encuadernación Pino, 1950.

Gómez Palacios, A., Aportes biográficos de don Francisco Santa María. Breves noticias de la Fundación que lleva su nombre. Valparaíso, Universidad Federico Santa María, 1975.

Homenaje de El Mercurio al enterarse un año de su fallecimiento de Agustín Edwards Mac-Clure. Santiago, Imprenta Universitaria, 1942.

Homenaje del Congreso Nacional a don Agustín Edwards Mac-Clure, Santiago, s/e, 1941.

Millar Carvallo, René, Significados y antecedentes del movimiento militar de 1924, Santiago, s/e, 2000.

Rodríguez Mendoza, Emilio, El golpe de Estado de 1924: ambiente y actores. Santiago, Editorial Ercilla, 1938.

Silva Castro, Raúl, El Mercurio de Santiago. 1900-1960. Santiago, Editorial El Mercurio, 1960.

Vicuña Fuentes, Carlos. La tiranía en Chile: libro escrito en el destierro en 1928. Santiago, Editorial Lom, 2002.

REVISTAS

Zig-Zag, Número especial, 50 años.

Análisis Especial, Santiago de Chile, mayo de 1984.

Cánepa, Mario, "Perfil cultural de don Agustín Edwards Mac-Clure". Occidente, Santiago, 1978.

PERIÓDICOS

Frente Popular, Santiago, 1937-1939.

El Trabajo, Santiago, 1935-1939.

La Unión de Valparaíso, 5 de julio de 1963.

El Mercurio, Santiago, 5 de enero de 1947.

ARCHIVOS

"Fondo bibliográfico", de Raúl Silva Castro.

"La Universidad Santa María", 29 de julio de 1945. "La vida de Federico Santa María."

"Oficio del Ministerio de Relaciones Exteriores", Londres, 1915-1920.

"Edwards Mac-Clure", Archivo Joaquín Edwards Bello, Caja 49, Biblioteca Nacional.

DOCUMENTOS

"Memorias, 1905-1910", Superintendencia de Valores.

"Memorias, 1935-1940", Superintendencia de Sociedades Anónimas y Compañías de Seguros.

Santa María, Carlos, "Epistolario a Agustín Edwards Mac-Clure, 1898-1902".

Villanueva, Manuel, "Don Agustín Edwards Mac-Clure 1941". Cartas.

PARA LA ETAPA COMPRENDIDA ENTRE 1899 Y 1956

LIBROS

Correa Sutil, Sofía, Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX. Santiago, Editorial Sudamericana, 2005.

REVISTAS

Ervilla, Santiago, 12 de septiembre de 1956.

Revista Musical, partitura del Benedictus y del Agnus Dei, por Agustín Edwards Budge. Santiago, septiembre, 1976.

Cáceres, Gonzalo, "El neoliberalismo en Chile (1956-1980)", Revista Mapocho, N° 36, Santiago, 1994.

ARCHIVOS

Edwards Bello, Joaquín, "Agustín Edwards Budge", Caja 49, Biblioteca Nacional.

DOCUMENTOS

"Memorias, 1949-1950", Superintendencia de Sociedades Anónimas, Compañías de Seguros y Bolsas de Comercio.

"Memorias, 1947-1952", Superintendencia de Valores.

PARA LA ETAPA COMPRENDIDA DE 1927 EN ADELANTE

LIBROS

- Álvarez Miravalles, Roberto, CORFO presenta el camino de Chile. Santiago, Editorial Corfo-Chile, 1972.
- Barros, Álvaro, Las apariciones de Peñablanca. Santiago, s/e, 1998.
- Boye, Otto, El hermano Bernardo. Santiago, Ediciones Chile-América, 1999.
- Carmona, Ernesto, Los nuevos dueños de Chile. Ediciones La Huella, 2002, Santiago.
- Cavallo, Ascanio y otros, La historia oculta del régimen militar. Santiago, Editorial Grijalbo, 1999.
- Dahse, Fernando, El mapa de la extrema riqueza. Santiago, Editorial Aconcagua, 1979.
- Dahse, Fernando, El poder de los grandes grupos económicos nacionales, Programa Flacso, N° 918. Santiago, 1983, mimeografiado.
- Davis, Nathaniel, Los dos últimos años de Salvador Allende. Barcelona, Editorial Plaza & Janés, 1986.
- De Luigi, Juan y Ramos, Marcela, La Guerra y la Paz Ciudadana. Santiago, Editorial Lom, 2001.
- Documento de El Mercurio, "Breve historia de la Unidad Popular». Santiago, Editorial Lord Cochrane, 1974.
- Documentos secretos de la ITT Santiago, Editorial Quimantú, 1972.
- Dooner, Patricio, Periodismo y política: la prensa política en Chile, 1970-1973. Santiago, Editorial Andante-Antártica, 1989.
- Farreras Sanz, Leonor, Operación (Swaps): el caso Bardón: escándalos en el Banco del Estado. Santiago, Editorial La Noria, 1993.
- Fazio, Hugo, Mapa actual de la extrema riqueza en Chile. Santiago, Editorial Lom-Arcis, 1997.
- Fontaine, Arturo, Apuntes políticos. Santiago, Universidad Santo Tomás, 2003.
- Huneus, Carlos, El régimen de Pinochet. Santiago, Editorial Sudamericana, 2005.
- Irigueño, Mario, Los Legionarios de Cristo. Madrid, Editorial Emisión, 2002.
- Kissinger, Henry, Mis memorias. Buenos Aires, Editorial Atlántida, 1980. Kornbluth Peter (ed.,) National Security Archive. Washington DC, Universidad George Washington DC, 2004.
- Novoa Monreal, Eduardo. Vía legal hacia el socialismo: el caso de Chile. Caracas, Editorial Jurídica Venezolana, 1978.
- Petras, James, La conspiración yanqui para derrocar a Allende. México DF, Editorial Nuestro Tiempo, 1974.
- Programa de la Unidad Popular. Santiago, Editorial Prensa Latinoamericana, 1970.

Santibáñez, Abraham, Entre el horror y la esperanza. Editorial Edebé, 2003, Santiago, Chile.

Selser, Gregorio, Los días del Presidente Allende: cronología. México DF, Universidad Metropolitana Azcapotztleo, 1991.

Selser, Gregorio, Salvador Allende y Estados Unidos: la CIA y el golpe militar de 1973. Centro de Estudios Latinoamericanos Salvador Allende, Universidad de Guadalajara, 1989.

Silva Cimma, Enrique, Memorias privadas de un hombre público. Santiago, Editorial Andrés Bello, 2000.

Silva Espejo, René, El Mercurio y su lucha contra el marxismo. Santiago, Editora El Mercurio, 1975.

Soto, Ángel (ed.), Entre tintas y plumas. Santiago, Universidad de los Andes, 2004.

Soto, Ángel, El Mercurio y la difusión político- económico liberal. 2a edición, Santiago, Universidad de Los Andes, , 2003.

Otano, Rafael, Crónica de la transición. Santiago, Editorial Planeta-Antártica, 1995.

Reyes Matta, Fernando, Investigación sobre la prensa en Chile. Santiago, ILET, 1988.

Rozas, Patricio, El mapa de la extrema pobreza: diez años después. Santiago, Ediciones Cesoc, 1989.

Uribe, Armando y Opató, Cristián, Intervención norteamericana en Chile, Santiago, Editorial Sudamericana, 2000.

Verdugo, Patricia, Allende. Cómo la Casa Blanca provocó su muerte. Santiago, Editorial Catalonia, 2003.

Vial, Gonzalo, Historia de Chile, tomo II. Santiago, Editorial Santillana, 1981.

Vuskovic, Pedro, Obras escogidas sobre Chile (1964-1992). Santiago, Editorial Centro Político Latinoamericano Simón Bolívar, 1993.

REVISTAS

Apsi, N° 464, 1 de diciembre de 1990.

Edwards, Sonia. "Reflexiones psicológicas sobre el decaimiento psíquico de la gente de edad", Revista Chilena de Neuropsiquiatría, Santiago, 2° semestre, 1968.

Entretelones, 6 enero de 1961, N° 223, año 5.

Qué Pasa, Santiago, 13 de abril de 1996.

Reflexión, N° 64, diciembre y enero de 2005.

Vistazo, 28 diciembre de 1970.

PERIÓDICOS

La Nación, Santiago, 12 de septiembre de 1971.

La Nación, Santiago, 16 de septiembre de 1971.

La Nación, Santiago, 28 de agosto de 2005.

Puro Chile, Santiago, 11 de septiembre de 1971.

El Mercurio, Santiago, 1 de junio de 2000.

ARCHIVOS

"Documentos desclasificados de la CIA sobre Chile", 1968-1988. Biblioteca Nacional.

Edwards Bello, Joaquín, "Agustín III contra Sonia asunto", Caja 49, Biblioteca Nacional.

DOCUMENTOS

"Memorias, 1962-1965". Superintendencia de Valores. Santiago, s/e, 1966.

"Memorias, 1959-1963-1969. Superintendencia de Sociedades Anónimas, Compañías de Seguros y Bolsas de Comercio, Santiago, s/e, 1970.

"Memorias, 1965-1970". Superintendencia de Compañías de Seguros y Superintendencia de Bancos. Santiago, s/e, 1971.